

# CUANDO LAS INSURRECCIONES MUEREN



**Gilles Dauvé**



# CUANDO LAS INSURRECCIONES MUEREN



**Cuando las insurrecciones mueren**  
**Gilles Dauvé - 1979**  
**1a ed- Proyecto Espartaco, México 2019.**  
**2a ed- Proyecto Espartaco, México 2023.**

1º Edición a cargo de **Mariposas del Caos**,  
en Junio del 2008 en el estado argentino.  
Traducción realizada por el  
*Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques*

Este texto y las demás ediciones:  
[www.edicionesmariposadelcaos.blogspot.com](http://www.edicionesmariposadelcaos.blogspot.com)

*Si sientes que estos materiales deben ser difundidos... ¡A  
reproducirlos, imprimirlos, copiarlos, discutirlos! No son  
propiedad de nadie, son parte del arsenal dispuesto a nues-  
tras necesidades y deseos, son la experiencia histórica de  
personas que llevan adelante el combate a esta realidad  
impuesta.*

# CUANDO LAS INSURRECCIONES MUEREN

Gilles Dauvé





## Introducción

*“Si la revolución rusa es la señal para la revolución obrera de Occidente y ambas se completan formando una unidad, podría ocurrir que ese régimen comunal ruso fuese el punto de partida para la implantación de una nueva forma comunista de la tierra.”*

**Marx y Engels, Prefacio a la edición rusa del manifiesto comunista, 1882**

Esta perspectiva no fue realizada. El proletariado industrial europeo perdió su cita con una revitalizada comuna campesina rusa.

Brest-Litovsk, Polonia, diciembre de 1917: los bolcheviques proponen la paz sin anexaciones a una Alemania con la intención de tomar para sí una gran porción del viejo Imperio Zarista, desde Finlandia hasta el Cáucaso. Pero en febrero de 1918, los soldados alemanes, los “proletarios en uniforme”, obedecen a sus oficiales y reanudan la ofensiva contra una Rusia todavía gobernada por los soviets. Ninguna fraternización tiene lugar, y la guerra revolucionaria abogada por la izquierda bolchevique se demuestra imposible. En marzo, Trotsky tiene que firmar un tratado de paz dictado por los generales del Kaiser. "Intercambiamos espacio por tiempo", dijo Lenin, y de hecho, en noviembre, la derrota alemana transforma el tratado en un simple pedazo de papel. Sin embargo, la prueba práctica de la conexión internacional de los explotados no se materializó.

Unos meses más tarde, volviendo a la vida civil con el final de la guerra, estos mismos proletarios enfrentan la alianza del movimiento obrero oficial y los Freikorps<sup>1</sup>. La derrota

---

<sup>1</sup> Del alemán “cuerpos libres”. Organizaciones paramilitares de extrema derecha de la República de Weimar, formadas principalmente por veteranos de guerra. El gobierno socialdemócrata de Noske los utilizó como fuerza de choque contra la izquierda comunista. Su golpe

sigue a la derrota: en Berlín, Baviera y luego en Hungría en 1919; el Ejército Rojo del Ruhr en 1920; la Acción de Marzo en 1921...

Septiembre de 1939. Hitler y Stalin acaban de repartirse Polonia. En el puente fronterizo de Brest-Litovsk, varios cientos de miembros del KPD<sup>2</sup>, refugiados en la URSS son posteriormente arrestados como “contrarrevolucionarios” o “fascistas”, son sacados de las prisiones estalinistas y entregados a la Gestapo.

1917-1937, veinte años que sacudieron el mundo. La sucesión de horrores representados por el fascismo, luego por la Segunda Guerra Mundial y los subsecuentes levantamientos, son los efectos de una crisis social gigantesca abierta con los motines de 1917 y cerrada por la Guerra Civil Española<sup>3</sup>.

## **No es “fascismo o democracia”, sino fascismo y democracia**

De acuerdo a la actual sabiduría izquierdista, el fascismo es el poder estatal y del capital en su crudeza y en su brutalidad, sin máscara alguna, de manera que la única manera de liquidar al fascismo es terminar con el capitalismo.

Hasta ahí, vamos bien. Desafortunadamente, tal análisis suele volverse contra sí mismo: como el fascismo es el capitalismo en su peor forma, debemos prevenir que éste llegue a esa forma luchando, por ejemplo, por un capitalismo “nor-

---

más conocido fue el asesinato de los jefes comunistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. (Nota del traductor al español)

<sup>2</sup> Partido Comunista de Alemania.

<sup>3</sup> Esta es una versión más corta, completamente reconcebida del prefacio a la colección de *Bilan/Contre-révolution en Espagne 1936-1939*, París, 1979 (ahora agotado). Algunos capítulos de este prefacio han sido traducidos al inglés como *Fascism and Anti-fascism* por varios editores, entre ellos Unpopular books. Disponible en el sitio de John Gray For Communism:

<http://www.geocities.com/~johngray/fasant.htm>



mal”, no fascista, e inclusive apoyar a capitalistas no fascistas.

Además, como el fascismo es el capitalismo en su forma más reaccionaria, tal visión significa intentar promover al capitalismo en su forma más moderna, no feudal, no militarista, no racista, no represiva, no reaccionaria; un capitalismo más liberal, en otras palabras, un capitalismo más capitalista.

Si bien sería más que extenso detallar cómo el fascismo sirve a los intereses del gran capital<sup>4</sup>, el antifascismo mantiene que el fascismo podría haber sido evitado en 1922 o 1933, o sea sin destruir el gran capital, si tan solo el movimiento obrero y/o los demócratas hubieran puesto bastante presión para mantener a Mussolini y a Hitler lejos del poder. El antifascismo es una comedia de lamentos sin fin: si sólo, en 1921, el Partido Socialista Italiano y el recién fundado Partido Comunista Italiano se hubieran aliado con las fuerzas republicanas para detener a Mussolini... sí sólo, a principios de los años treinta, el KPD no hubiera lanzado una lucha fratricida contra el SPD, Europa se habría salvado de una de las dictaduras más feroces en la historia, una segunda guerra mundial, un imperio nazi de dimensiones casi continentales, los campos de concentración, y la exterminación de los judíos. Por encima y más allá de sus observaciones muy certeras sobre las clases, el Estado, y los lazos entre el fascismo y la gran industria, esta visión no tiene en cuenta que el fascismo provino de un doble fracaso: el fracaso de los revolucionarios después de la Primera Guerra Mundial, aplastados por la socialdemocracia y la democracia parlamentaria, y luego, en el curso de los años 20, el fracaso de los demócratas y los socialdemócratas en gestionar el capital. Sin una comprensión efectiva del período precedente así como de la fase previa de la lucha de clases y sus límites, no puede entenderse ni la naturaleza del fascismo ni su ascenso al poder.

¿Cuál es el verdadero motor del fascismo, si no la unificación política y económica del capital, una tendencia que se

---

<sup>4</sup> Por ejemplo, Daniel Guérin, *Fascismo y Gran Capital*, New York, 1973

ha vuelto general desde 1914? El fascismo fue un modo particular de llevar a cabo aquella unidad en países - Italia y Alemania - donde, aunque la revolución había sido derrotada, el Estado era incapaz de imponer orden, incluso en las filas de la burguesía. Mussolini no era ningún Thiers, con una sólida base de poder, ordenando a fuerzas armadas regulares masacrar a los comuneros. Un aspecto esencial del fascismo es su nacimiento en las calles, su uso del desorden para imponer orden, su movilización de las viejas clases medias semi-enloquecidas por su propia decadencia, y su regeneración, desde afuera, de un Estado incapaz de tratar con la crisis de capitalismo. El fascismo fue un esfuerzo de la burguesía para resolver por la fuerza sus propias contradicciones, para usar los métodos de la clase obrera de movilización de masas a su favor, y desplegar todos los recursos del Estado moderno, primero contra un enemigo interno, luego contra uno externo.

Esta fue en efecto una crisis del Estado durante la transición a la dominación total de la sociedad por el capital. Primero, las organizaciones obreras habían sido necesarias para enfrentar el levantamiento proletario; entonces se requirió que el fascismo acabara con el desorden consiguiente. Este desorden no era, por supuesto, revolucionario, pero era paralizante, y fue un obstáculo a las soluciones que, como resultado, sólo podrían ser violentas. La crisis sólo fue erráticamente vencida en aquel entonces; el Estado fascista era eficiente sólo en apariencia, porque integró a los golpes a la fuerza de trabajo asalariada, y sepultó conflictos de manera artificial proyectándolos en aventuras militaristas. Pero la crisis fue superada, relativamente, por el Estado democrático multitentacular establecido en 1945, que potencialmente se apropió de todos los métodos del fascismo, y añadió algunos propios, ya que neutralizó las organizaciones de obreros asalariados sin destruirlas. Los parlamentos han perdido el control sobre el ejecutivo. Mediante la asistencia social o políticas laborales, mediante técnicas modernas de vigilancia o mediante la ayuda estatal extendida a millones de individuos, en resumen por un sistema que hace a todos cada vez más dependientes, la unificación social va más allá de lo conseguido por el terror fascista, pero el fascismo como movimiento específico ha desaparecido. Corresponde a la disciplina forzada de la burguesía, bajo la presión del Estado, en

el contexto particular de Estados recién creados apremiados para constituirse también como naciones.

La burguesía incluso tomó la palabra "fascismo" de las organizaciones obreras en Italia, que a menudo eran llamadas fasci. Es significativo que el fascismo se definió antes que nada como una forma de organización y no como un programa. La palabra se refería tanto a un símbolo de poder estatal (los fascios vieron la luz antes que los cónsules de la Antigua Roma), como a la voluntad de reunir al pueblo en grupos. El único programa del fascismo es organizar, hacer converger por la fuerza a los componentes que conforman la sociedad.

La dictadura no es un arma del capital (como si el capital pudiera sustituirla por otras armas menos brutales); la dictadura es una de sus tendencias, una tendencia efectiviza siempre que se la juzgue necesaria. Un "regreso" a la democracia parlamentaria, como ocurrió (por ejemplo) en Alemania después de 1945, indica que la dictadura es inútil para integrar a las masas en el Estado (al menos hasta la próxima vez). El problema no es por lo tanto el hecho que la democracia asegura una dominación más flexible que la dictadura; cualquiera preferiría ser explotado al modo sueco a ser secuestrado por los ezbirros de Pinochet. ¿Pero acaso uno tiene opción? Incluso la suave democracia escandinava sería transformada en dictadura si las circunstancias lo exigieran. El Estado sólo puede tener una función, que puede ser llevada a cabo democráticamente o dictatorialmente. El hecho de que la primera es menos áspera no significa que es posible reorientar al Estado para prescindir de la última. Las formas del capitalismo no dependen de las preferencias de los obreros asalariados más que de las intenciones de la burguesía. Weimar capituló ante Hitler con los brazos abiertos. El Frente Popular de Leon Blum no "detuvo al fascismo", porque en 1936 Francia no requirió ni una unificación autoritaria del capital ni un encogimiento de sus clases medias.

No hay ninguna "opción" política a la cual los proletarios podrían ser atraídos o que ellos podrían imponer por la fuerza. La democracia no es la dictadura, pero la democracia prepara el terreno para la dictadura, y se prepara a sí misma para la dictadura.

La esencia del antifascismo consiste en resistir al fascismo defendiendo a la democracia; ya no se trata de luchar contra el capitalismo, sino de presionar al capitalismo para que renuncie a la opción totalitaria. Ya que el socialismo es identificado con la democracia total, y el capitalismo con una tendencia acelerada al fascismo, los antagonismos entre proletariado y capital, comunismo y trabajo asalariado, proletariado y Estado, son rechazados por una contraposición entre democracia y fascismo presentada como la quintaesencia de la perspectiva revolucionaria. La izquierda y la extrema izquierda oficiales nos dicen que un verdadero cambio sería la realización, por fin, de los ideales de 1789, traicionados una y otra vez por la burguesía. ¿Un nuevo mundo? Para qué, ya está aquí, hasta cierto punto, en embriones que deben ser preservados, en pequeños brotes que deben ser sembrados: los derechos democráticos ya existentes deben ser impulsados una y otra vez dentro de una sociedad infinitamente perfectible, con dosis diarias cada vez mayores de democracia, hasta el logro de la democracia completa, o socialismo.

De esta manera, reducida a la resistencia antifascista, la crítica social es llevada al terreno de todo lo que una vez denunció, y renuncia a nada menos que a aquel artículo deteriorado, la revolución, y abraza el gradualismo, una variante de la "transición pacífica al socialismo" como fue alguna vez defendida por los Partidos Comunistas, y objeto de burla, antes de 1968, por cualquier persona seria que quisiera cambiar el mundo. El retroceso es palpable.

No vamos a caer en el ridículo de acusar a la izquierda y a la extrema izquierda de haber abandonado una perspectiva comunista que sólo conocían en la realidad desde la oposición. Es demasiado obvio que el antifascismo renuncia a la revolución. Pero el antifascismo falla exactamente donde su "realismo" afirma ser efectivo: en prevenir una posible mutación dictatorial de la sociedad.

La democracia burguesa es una fase de la toma del poder por el capital, y su extensión en el siglo veinte completa la dominación del capital mediante la intensificación del aislamiento de los individuos. Propuesta como solución a la separación entre los hombres y la comunidad, entre la actividad humana y la sociedad, y entre las clases, la democracia nunca será capaz de solucionar el problema de la sociedad

más separada de la historia. Como forma eternamente incapaz de modificar su contenido, la democracia es sólo una parte del problema del cual afirma ser la solución. Cada vez que dice fortalecer el “vínculo social”, la democracia aporta a su disolución. Cada vez que trata sobre las contradicciones de la mercancía, lo hace fortaleciendo la red que el Estado ha tejido a través de las relaciones sociales.

Incluso en sus propios términos desesperadamente resignados, los antifascistas, para ser creíbles, tienen que explicarnos como la democracia local es compatible con la colonización de la mercancía que vacía de contenido el espacio público y llena los centros comerciales. Ellos tienen que explicar como un Estado omnipresente al cual la gente constantemente se vuelve para pedir protección y ayuda, esta verdadera máquina para producir lo socialmente "bueno", no se volverá hacia el "mal" cuando contradicciones extraordinarias lo requieran para restaurar el orden. El fascismo es la adulación del monstruo estatista, mientras que el antifascismo es su apología más sutil. La lucha por un Estado democrático es inevitablemente una lucha para consolidar el Estado, y lejos de herir al totalitarismo, tal lucha fortalece el estrangulamiento de la sociedad por el totalitarismo.

## **Roma, 1919-1922**

Los países donde el fascismo triunfó son los mismos países en los cuales el asalto revolucionario posterior a la primera guerra mundial maduró en una serie de insurrecciones armadas. En Italia, una parte importante del proletariado, con sus propios métodos y objetivos, enfrentó directamente al fascismo. No había nada específicamente antifascista sobre su lucha: luchar contra el capital obligaba a los obreros a enfrentar tanto a los Camisas Negras como a los policías de la democracia parlamentaria<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> A. Tasca, *El Ascenso del Fascismo Italiano*, New York, 1966. La Izquierda Comunista Italiana 1927-45, por P. Bourrinet, ICC, Londres, 1992.

La originalidad del fascismo consiste en dar a la contrarrevolución una base de masas e imitar a la revolución. El fascismo dirige el llamado a "transformar la guerra imperialista en guerra civil" contra el movimiento de los obreros, y aparece como una reacción de los veteranos desmovilizados que vuelven a la vida civil, donde no son nada, mantenidos juntos por nada más que la violencia colectiva, y dispuestos a destruir todo lo que ellos imaginan como la causa de su desposeimiento: alborotadores, subversivos, enemigos de la nación, etc. En Julio de 1918, el periódico de Mussolini, *Il Popolo d'Italia*, agregó a su título el slogan "Diario de los veteranos y los productores".

Así, desde el comienzo, el fascismo se convirtió en una fuerza auxiliar de la policía en las áreas rurales, reprimiendo al proletariado agrícola con balas, pero al mismo tiempo llevando adelante una frenética demagogia anticapitalista. En 1919 no representaba nada: en Milán, en las elecciones generales de Noviembre, obtuvo menos de 5.000 votos, mientras que los socialistas obtuvieron 170.000. Aun así exigió la abolición de la monarquía, del Senado y de todos los títulos de la nobleza, el voto para las mujeres, la confiscación de la propiedad del clero, y la expropiación de los grandes industriales y terratenientes. Luchando contra el obrero en nombre del "productor", Mussolini exaltó la memoria de la Semana Roja de 1914 (que había visto una ola de disturbios, en particular en Ancona y Nápoles), y aclamó el papel positivo de los sindicatos en vincular al obrero con la nación. El objetivo del fascismo era la restauración autoritaria del Estado, a fin de crear una nueva estructura estatal capaz (a diferencia de la democracia, decía Mussolini), de poner límites al gran capital y controlar la lógica mercantil que erosionaba los valores, los lazos sociales y el trabajo.

Por décadas, la burguesía había negado la realidad de las contradicciones sociales; el fascismo, por el contrario, las proclamó con violencia, negando su existencia entre las clases y transportándolas a la lucha entre naciones, denunciando el destino de Italia como una "nación proletaria". Mussolini era arcaico en la medida en que ensalzaba valores tradicionales arruinados por el capital, y era moderno en la medida en que afirmaba defender los derechos sociales del pueblo.

La represión fascista fue desencadenada luego de una intentona proletaria fallida tramada principalmente por la democracia y sus principales alternativas de retaguardia: los partidos y los sindicatos, que por sí mismos pueden derrotar a los obreros empleando sucesivamente métodos directos e indirectos. La llegada al poder del fascismo no fue la culminación de batallas callejeras. Los proletarios alemanes e italianos habían sido aplastados antes, tanto por las urnas como por las balas.

En 1919, confederando elementos preexistentes con otros elementos cercanos políticamente, Mussolini fundó su fasci. Para contrarrestar a los bastones y los revólveres, mientras Italia explotaba junto con el resto de Europa, la democracia... llamó a elecciones, de las cuales emergió una mayoría socialista y moderada.

"La victoria, la elección de 150 diputados socialistas, fue ganada a costa del reflujo del movimiento insurreccional y la huelga general política, y la pérdida de las conquistas que habían sido logradas anteriormente", comentó Bordiga 40 años más tarde.

En el momento de las ocupaciones de fábrica de 1920, el Estado, conteniéndose de realizar un asalto frontal, dejó que el proletariado se agotara, con el apoyo del C.G.L. (un sindicato de mayoría socialista), que empleó una política de desgaste hacia las huelgas, cuando no las rompió abiertamente.

Tan pronto como el fasci apareció, saqueando el Case di Popolo, la policía hizo la vista gorda o confiscó las armas de los obreros. Los tribunales mostraron al fasci la mayor indulgencia, y el ejército toleró sus exacciones, cuando no las asistió. Este apoyo abierto pero no oficial se hizo cuasi oficial con la circular Bonomi del 20 de octubre de 1921, proporcionando a 60.000 oficiales desmovilizados para asumir el comando de los grupos de asalto de Mussolini. ¿Qué hicieron los partidos? Aquellos liberales aliados con la derecha no vacilaron en formar un "bloque nacional", incluyendo a los fascistas, para las elecciones de mayo de 1921. En junio-julio del mismo año, enfrentando a un adversario sin el escrúpulo más leve, el PSI concluyó un insignificante "pacto de pacificación" cuyo único efecto concreto fue desorientar a los obreros.

Enfrentado a una reacción obviamente política, el C.G.L. se declaró apolítico. Sintiendo que Mussolini tenía el poder en la palma de su mano, los líderes sindicales soñaron con un acuerdo tácito de tolerancia mutua con los fascistas, y llamaron al proletariado a abstenerse de la confrontación entre el Partido "Comunista"<sup>6</sup> (PC) y el Partido Fascista Nacional.

Hasta agosto de 1922, el fascismo apenas existió fuera de los regímenes agrarios, principalmente en el norte, donde erradicó cualquier rastro de sindicalismo autónomo de los obreros agrícolas. En 1919, los fascistas incendiaron la oficina central del diario socialista, pero se contuvieron de jugar el papel de esquiroles en 1920, y hasta dieron apoyo verbal a las demandas de los obreros. En las áreas urbanas, los fascis raramente eran dominantes. Su "Marcha en Ravenna" (septiembre de 1921) fue fácilmente derrotada. En noviembre de 1921, en Roma, una huelga general impidió la celebración de un congreso fascista. En mayo de 1922, los fascistas intentaron otra vez, y otra vez fueron detenidos.

El escenario varió poco. Un ataque fascista localizado sería respondido por un contraataque de la clase obrera, que se ablandaría (después de los llamados a la moderación del movimiento obrero reformista) tan pronto como la presión reaccionaria rescindiera; los proletarios confiaron en los demócratas para desmontar a las bandas armadas. La amenaza fascista se retiraría, se reagruparía y se iría a otra parte, con el tiempo haciéndose creíble ante el mismo Estado del cual las masas esperaban una solución. Los proletarios fueron más rápidos para reconocer al enemigo en la camisa negra del matón de la calle que en la forma "normal" del policía o el soldado, cubierto por una legalidad sancionada por el hábito, la ley y el sufragio universal.

A principios de julio de 1922, el C.G.L., por una mayoría de dos terceras partes (contra el tercio minoritario comunista), declaró su apoyo a "cualquier gobierno que garantiza la restauración de las libertades básicas". En el mismo mes, los fascistas aumentaron seriamente sus tentativas de penetrar en las ciudades del norte...

---

<sup>6</sup> Las comillas son nuestras (Mariposas del Caos)



El 1 de agosto, la Alianza del Trabajo, que incluyó el sindicato de obreros del ferrocarril, el C.G.L. y el anarquista U.S.I., llamaron a una huelga general. A pesar de la amplia respuesta, la Alianza suspendió la huelga oficialmente el día tercero. En numerosas ciudades, sin embargo, continuó en forma insurreccional, la cual fue finalmente contenida sólo por un esfuerzo combinado de la policía y los militares, apoyados por el cañón naval, y, por supuesto, reforzado por los fascistas.

¿Quién derrotó esta energía proletaria? La huelga general fue rota por el Estado y el fasci pero también fue sofocada por la democracia, y su fracaso abrió el camino a una solución fascista para la crisis.

Lo que siguió no fue un golpe de Estado sino una transferencia de poder con el apoyo de un amplio abanico de fuerzas. La "Marcha sobre Roma" del Duce (quién en realidad tomó el tren) fue menos un enfrentamiento que un gesto teatral: los fascistas ejecutaron los movimientos de asaltar el Estado, el Estado ejecutó los movimientos de defensa sí mismo, y Mussolini asumió el poder. Su ultimátum de octubre del 24 ("¡Queremos Convertirnos en el Estado!") no era una amenaza de guerra civil, sino una señal a la clase dirigente que el Partido Fascista Nacional representaba la única fuerza capaz de restaurar la autoridad estatal y de asegurar la unidad política del país. El ejército todavía podría haber contenido a los grupos fascistas reunidos en Roma, que estaban mal equipados y eran notoriamente inferiores a nivel militar, y el Estado podría haber resistido la presión sediciosa. Pero el juego no estaba siendo jugado en el nivel militar. Bajo la influencia de Badoglio (el comandante en jefe en 1919-1921) las autoridades legítimas se replegaron. El rey rechazó proclamar un estado de emergencia, y en el día 30 pidió al Duce formar un nuevo gobierno. Los liberales - la misma gente con la que el antifascismo cuenta para detener al fascismo - se unieron al gobierno. A excepción de los socialistas y los comunistas, todos los partidos buscaron un acercamiento con el PNF y votaron a favor de Mussolini: el parlamento, con sólo 35 diputados fascistas, apoyó la investidura 306-116 de Mussolini. El mismo Giolitti, el gran icono liberal de aquellos tiempos, un reformador autoritario que varias veces presidió el consejo estatal antes de la guerra y

quién había sido otra vez jefe de Estado en 1920-1921, con quien el pensamiento de moda todavía fantasea retrospectivamente como el único político capaz de oponerse a Mussolini, le apoyó hasta 1924. El dictador no sólo recibió el poder de la democracia; sino que la democracia se lo ratificó.

Podríamos añadir que en los meses siguientes, varios sindicatos, incluso (entre otros) los de los obreros de ferrocarril y los marineros, se declararon "nacionales", pro-patrióticos y por lo tanto no hostiles al régimen; la represión no los perdonó.

### **Turín, 1943**

Si la democracia italiana prácticamente se entregó al fascismo sin lucha, este último engendró nuevamente a la democracia cuando dejó de corresponder al equilibrio de fuerzas sociales y políticas.

La cuestión central después de 1943, como en 1919, era cómo controlar a la clase obrera. En Italia más que en otros países, el final de la Segunda Guerra Mundial muestra la dimensión de clase del conflicto internacional, que nunca puede ser explicada solamente por la lógica militar. Una huelga general hizo erupción en FIAT en octubre de 1942. En marzo de 1943, una ola de huelgas estremeció a Turín y a Milán, incluyendo tentativas de formar consejos obreros. En 1943-1945, surgieron grupos obreros, a veces independientes del PC, a veces llamándose "bordiguistas", a menudo simultáneamente antifascistas, rojos, y armados. El régimen ya no pudo mantener el equilibrio social, así como la alianza con Alemania se hacía insostenible con el ascenso de los anglo-americanos, que fueron vistos en todos los cuadrantes como los futuros amos de Europa occidental. Cambiar de bandos significaba aliarse a los futuros ganadores, pero también significaba reconducir a las revueltas obreras y a los grupos partisanos hacia un objetivo patriótico con un contenido social. El 10 de julio de 1943, los Aliados aterrizaron en Sicilia. En el día 24, encontrándose en una minoría de 19-17 en el Gran Consejo Fascista, Mussolini dimitió. Raramente un dictador se ha apartado del poder por una mayoría de voto.

El Mariscal Badoglio, que había sido un dignatario del régimen desde su apoyo a la Marcha sobre Roma, y que quería prevenir, en sus propias palabras, "el colapso del régimen por desviarse demasiado a la izquierda", formó un gobierno que todavía era fascista, pero que ya no incluyó al Duce, y se volvió hacia la oposición democrática. Los demócratas rechazaron participar, poniendo como condición la salida del rey. Luego de un segundo gobierno de transición, Badoglio formó un tercero en abril de 1944, que incluyó al líder del Partido Comunista, Togliatti. Bajo la presión de los Aliados y del PC, los demócratas consintieron en aceptar al rey (la República sería proclamada por referéndum en 1946). Pero Badoglio despertó demasiados malos recuerdos. En junio, Bonomi, quién 23 años antes había ordenado que los oficiales se apoderaran del *fasci*, formó el primer ministerio que excluyó a los fascistas, y la situación fue reorientada alrededor de la fórmula tripartita (PC+PS+Democracia Cristiana) que asumiría un rol dominante tanto en Italia como en Francia en los primeros años después de la guerra.

Este juego, a menudo jugado por la mismísima clase política, era el puntal del teatro detrás del cual la democracia se metamorfoseó dentro de la dictadura, y viceversa, mientras las fases de equilibrio y desequilibrio en los conflictos de clases y naciones desencadenaron una sucesión y recombinación de formas políticas destinadas al mantenimiento del mismo Estado, asegurando el mismo contenido. Nadie estuvo más calificado para decirlo que el PC español, cuando éste declaró, ya sea por cinismo o por ingenuidad, durante la transición del franquismo a la monarquía democrática a mediados de los años 70:

*"La sociedad española quiere que todo sea transformado de modo que el funcionamiento normal del Estado pueda ser asegurado, sin desvíos o convulsiones sociales. La continuidad del Estado requiere la no continuidad del régimen."*

## Volksgemeinschaft versus gemeinwesen<sup>7</sup>

La contrarrevolución inevitablemente triunfa en el terreno de la revolución. A través de su “comunidad del pueblo”, el Nacionalsocialismo afirmaría haber eliminado el parlamentarismo y la democracia burguesa contra los cuales el proletariado se había rebelado después de 1917. Pero la revolución conservadora también se apoderó de viejas tendencias anti-capitalistas (la vuelta a la naturaleza, la huida de las ciudades...) que los partidos obreros, aun los extremistas, habían negado o desestimado por su incapacidad de integrar la dimensión aclasista y comunitaria del proletariado, por su incapacidad para criticar la economía, y por su incapacidad para pensar en el mundo del futuro como algo más que una mera extensión de la industria pesada. En la primera mitad del siglo diecinueve, estos temas estaban en el centro de las preocupaciones del movimiento socialista, antes de ser abandonados por el "marxismo" en nombre del progreso y la Ciencia, y sobrevivieran sólo en el anarquismo y en sectas.

*Volksgemeinschaft* versus *Gemeinwesen*: la comunidad del pueblo o la comunidad humana... 1933 no fue la derrota, sino la consumación de la derrota. El nazismo surgió y triunfó para desactivar, resolver y cerrar una crisis social tan profunda que todavía no apreciamos totalmente su magnitud. Alemania, la cuna de la socialdemocracia más grande del mundo, también dio lugar al movimiento más fuertemente radical, antiparlamentario, y antisindicalista, que aspiraba a un “mundo obrero” pero que también era capaz de atraer a muchas otras individualidades y corrientes que se rebelaban contra la burguesía y el capitalismo. La presencia de artistas de vanguardia en las filas de la “izquierda radical alemana” no es ningún accidente. Era un síntoma del ataque contra el

---

<sup>7</sup> Nota de Mariposas del Caos: El ser humano es la verdadera "Gemeinwesen" del hombre. *Gemeinwesen* significa en alemán algo así como “comunidad humana”, “ser colectivo”, en oposición también a la *Staatswesen* (comunidad del Estado).

Se recomienda profundizar en este término con el texto *Notas críticas al artículo 'El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano'*. (K. Marx - 1844).

capital como "civilización" en la manera en que Fourier lo criticó. La pérdida de la comunidad, el individualismo y la falta de gregarismo, la miseria sexual, la familia desarticulada y al mismo tiempo convertida en refugio, el alejamiento de la naturaleza, la comida industrializada, la artificialidad incrementada, la "protesitización" del hombre, la regimentación mediante el tiempo, las relaciones sociales cada vez más mediadas por el dinero y la técnica: todas estas alienaciones pasaron por el fuego de una crítica difusa y pluriforme. Sólo una superficial mirada hacia atrás ve este fermento solamente por el prisma de su recuperación inevitable.

La contrarrevolución triunfó en los años 20 sólo mediante la puesta de los cimientos, en Alemania y en los Estados Unidos, de una sociedad de consumo y de fordismo, y atrayendo a millones de alemanes, incluso obreros, hacia una modernidad industrial y mercantilizada. Diez años de gobierno frágil, como demuestra la alocada hiperinflación de 1923. A esto le siguió un enorme terremoto en 1929, en el cual no fue la práctica proletaria sino la misma práctica capitalista la que rechazó la ideología del progreso y del consumo creciente de objetos y signos.

El extremismo nazi, y la violencia que desencadenó, fueron adecuados a la profundidad del movimiento revolucionario del cual se apoderó y negó, y a estas dos rebeliones, separadas por 10 años, contra la modernidad capitalista, primero por los proletarios, luego por el capital. Como los radicales de 1919-1921, el Nazismo propuso una comunidad de obreros asalariados, pero una que era autoritaria, cerrada, nacional, y racial, y por 12 años tuvo éxito en transformar a los proletarios en obreros asalariados y soldados.

### **Berlín, 1919-1933**

La dictadura siempre llega después del fracaso de los movimientos sociales, una vez que han sido anestesiados y masacrados por la democracia, los partidos izquierdistas y los sindicatos. En Italia, hubo varios meses de distancia entre los últimos fracasos del proletariado y el nombramiento del líder fascista como jefe de Estado. En Alemania, un hueco de

una docena de años rompió la continuidad e hizo que el 30 de enero de 1933 apareciera como un fenómeno esencialmente político o ideológico, no como el efecto de un previo terremoto social. La base popular del Nacionalsocialismo y la energía asesina que desencadenó resulta un misterio si uno ignora la cuestión de la sumisión, la rebelión, y el control del trabajo, y de su posición en la sociedad.

La derrota alemana de 1918 y la caída del Imperio puso en movimiento un asalto proletario lo bastante fuerte para sacudir los cimientos de la sociedad, pero impotente para revolucionarla, de esta manera poniendo en la escena central a la socialdemocracia y a los sindicatos como la clave para el equilibrio político. Los líderes socialdemócratas y sindicales surgieron como hombres de orden, y no tuvieron ningunos escrúpulos en llamar a los Freikorps, agrupaciones totalmente fascistas que contaron con muchos futuros nazis en sus filas, a reprimir a una minoría obrera radical en nombre de los intereses de la mayoría reformista. Primero derrotados por las reglas de la democracia burguesa, los comunistas también fueron derrotados por la democracia de la clase obrera: los “consejos obreros” pusieron su confianza en las organizaciones tradicionales, no en los revolucionarios fácilmente denunciados como anti-democráticos.

En esta coyuntura, la democracia y la socialdemocracia eran indispensables para el capitalismo alemán para reglamentar a los obreros, liquidando al espíritu de rebelión en las urnas, para ganar una serie de reformas por parte de los jefes, y dispersar a los revolucionarios<sup>8</sup>.

Después de 1929, por otra parte, el capitalismo necesitaba eliminar a parte de las clases medias, y disciplinar a los proletarios, incluso a la burguesía. El movimiento obrero, con su defensa del pluralismo político y los intereses obreros inmediatos, se había vuelto un obstáculo. Como mediadores entre el capital y el trabajo, las organizaciones obreras derivan su función de los dos, pero también tratan de permanecer autónomas de ambos, y del Estado. La socialdemocracia sólo tiene sentido como una fuerza que enfrenta a los patrones y

---

<sup>8</sup> Anton Pannekoek y los Consejos Obreros, S. Bricianer, Telos. y La Izquierda Holandesa de Phillipe Bourrinet.

al Estado, no como una fuerza absorbida en ellos. Su vocación es la dirección de una enorme red política, municipal, social, mutualista y cultural, junto con todo lo que hoy sería llamado "asociativo". El KPD había constituido rápidamente su propia red, más pequeña pero sin embargo enorme. Pero a medida que el capital se vuelve más y más organizado, tiende a asir todos sus diferentes tejidos, llevando un elemento estatista a la empresa, un elemento burgués a la burocracia sindical, y un elemento social a la administración. El peso del reformismo obrero, que termina por penetrar el Estado, y su existencia como una "contra-sociedad" lo hace un factor de conservación social y malthusianismo que el capital en crisis tiene que eliminar. Mediante su defensa del trabajo asalariado como componente del capital, el SPD y los sindicatos realizaron una indispensable función anticomunista en 1918-1921, pero esta misma función más tarde los condujo a poner el interés de la fuerza de trabajo asalariada delante de todo lo demás, en perjuicio de la reorganización del capital en su conjunto.

Un Estado burgués estable habría tratado de solucionar este problema mediante una legislación antisindical, recapturando las "fortalezas obreras", y picando las clases medias, en nombre de la modernidad, contra el arcaísmo de los proles, como la Inglaterra de Thatcher hizo mucho más tarde. Pero tal ofensiva asume que el capital se encuentra relativamente unido bajo el control de unas pocas facciones dominantes. La burguesía alemana de 1930 estaba profundamente dividida, las clases medias habían colapsado, y el Estado-nación estaba sumido en el caos.

Ya sea mediante la negociación o la fuerza, la democracia moderna representa y reconcilia – hasta el grado en que le resulta posible – los intereses antagónicos. Las interminables crisis parlamentarias y los complots verdaderos o imaginados (para los cuales Alemania era el escenario luego de la caída del último canciller socialista en 1930) en una democracia son el signo invariable de la desorganización a largo plazo en círculos dirigentes. A principios de los años 30, la crisis vapuleó a la burguesía entre estrategias sociales y geopolíticas irreconciliables: o la integración aumentada o la eliminación del movimiento obrero; o una política pacifista y de comercio internacional, o una autarquía que pondría los

cimientos para una expansión militar. La solución no necesariamente implicaba un Hitler, pero sí presupuso una concentración de fuerza y violencia en las manos del gobierno central. Una vez que el compromiso centrista-reformista se había agotado, la única opción que quedaba era estatista, proteccionista y represiva.

Un programa de este tipo requirió el violento desmantelamiento de la socialdemocracia, que en su domesticación de los obreros había llegado a ejercer una influencia excesiva, mientras todavía era incapaz de unificar a toda Alemania detrás de sí. Esta unificación fue la tarea del Nazismo, que era capaz de apelar a todas las clases, de los desempleados a los capitanes de industria, con una demagogia que superaba incluso a la de los políticos burgueses, y un antisemitismo cuya intención era construir cohesión mediante exclusión.

¿Cómo podrían los partidos de la clase obrera haberse convertido en un obstáculo a tal locura xenofóbica y racista, después de haber jugado tan a menudo el papel de compañeros de viaje del nacionalismo? Para el SPD, este papel había sido claro desde principios de siglo, obvio en 1914, y firmado con sangre en el pacto de 1919 con los Freikorps, quiénes fueron contruidos con el mismo material bélico que sus contemporáneos, el fasci. El KPD, por su parte, no había vacilado en aliarse con los nacionalistas en contra de la ocupación francesa del Ruhr en 1923, y había hablado abiertamente de una “revolución nacional” al punto de servir de inspiración al folleto de Trotsky *Contra el Comunismo nacional* de 1931.

En enero de 1933, la suerte fue echada. Nadie puede negar que la República de Weimar se entregó voluntariamente a Hitler. Tanto la derecha como el centro habían coincidido en verlo como una solución viable para sacar al país de su impasse, o como un mal menor temporal. El “gran capital”, reticente ante cualquier agitación incontrolable, no había sido, hasta el momento, más generoso con el NSDAP que con las otras formaciones derechistas y nacionalistas. Sólo en 1932 Schacht, un consejero íntimo de la burguesía, convenció a los círculos empresariales de apoyar a Hitler (quién acababa de ver, además, una ligera disminución de su apoyo electoral) porque él vio en Hitler una fuerza capaz de unificar el Estado y la sociedad. El hecho de que la gran burguesía ni



previó, ni menos aun apreció lo que apoyó entonces, lo que condujo a la guerra y luego a la derrota, es otra cuestión, y de cualquier modo su presencia no se notó en la resistencia clandestina al régimen.

El 30 de enero de 1933, Hitler fue designado canciller, con total legalidad, por Hindenberg, quién había sido elegido constitucionalmente como presidente un año antes, con el apoyo de los socialistas, que vieron en él un muro contra ... Hitler. Los Nazis eran una minoría en el primer gobierno formado por el líder del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores).

En las semanas siguientes, las máscaras se cayeron: los militantes obreros fueron perseguidos, sus oficinas fueron saqueadas, y se impuso un régimen de terror. En las elecciones de marzo de 1933, que tuvieron lugar en un telón de fondo de violencia tanto por los tropas de asalto<sup>9</sup> como por la policía, 288 diputados del NSDAP fueron enviados al Reichstag (mientras el KPD todavía retenía 80 y el SPD 120). Los ingenuos expresan sorpresa por la docilidad con la cual el aparato represivo se acerca a los dictadores, pero la máquina estatal no hace otra cosa que obedecer a las autoridades que la dirigen. ¿Acaso los nuevos líderes no gozaron de plena legitimidad? ¿Acaso eminentes juristas no escribieron sus decretos en conformidad con las leyes más altas del país? En un “Estado democrático” - y Weimar era uno - si hay conflicto entre los dos componentes del binomio, no es la democracia la que ganará. En un “Estado cimentado en leyes” - y Weimar también era uno - si hay una contradicción, es la ley la que debe ser doblada para servir al Estado, y nunca al revés.

¿Durante estos pocos meses, qué hicieron los demócratas? Aquellos a la derecha aceptaron la nueva administración. El Zentrum, el partido católico del centro, que incluso había visto su apoyo incrementado en las elecciones de marzo de 1933, votó para darle cuatro años de plenos poderes extraor-

---

<sup>9</sup> La Sturmabteilung (también conocidas como SA), que se puede traducir del alemán como División de Asalto, funcionó como organización paramilitar del partido nazi alemán.

dinarios a Hitler, poderes que se convirtieron en la base legal de la dictadura nazi.

Los socialistas, por su parte, intentaron escapar del destino del KPD, que había sido proscrito el 28 de febrero como consecuencia del incendio del Reichstag. El 30 de marzo de 1933, abandonaron la Segunda Internacional para demostrar su carácter nacional alemán. El 17 de mayo, su grupo parlamentario votó a favor de la política exterior de Hitler.

Aun así, el 22 de junio, el SPD fue disuelto como "enemigo del pueblo y el Estado". El Zentrum fue obligado a disolverse en julio.

Los sindicatos siguieron los pasos del CGL italiano, y depositaron sus esperanzas en salvar lo que pudieran insistiendo en su apoliticismo. En 1932, los líderes sindicales habían proclamado su independencia de todos los partidos y su indiferencia a la forma del Estado. Esto no los detuvo de buscar un acuerdo con Schleicher, quien había sido el canciller desde noviembre de 1932 a enero de 1933, y quién por lo tanto buscaba una base de poder y una demagogia obrera con cierta credibilidad. Una vez que los Nazis habían formado un gobierno, los líderes sindicales se convencieron de que si reconocían el Nacionalsocialismo, el régimen les dejaría algún pequeño espacio. Esta estrategia culminó en la farsa de miembros de los sindicatos marchando bajo la esvástica el 1º de mayo de 1933, que había sido renombrado como "Festival del Trabajo Alemán". Fue un esfuerzo tirado a la basura. En los días siguientes, los Nazis liquidaron el sindicato y detuvieron a los militantes.

Habiendo sido entrenada en contener a las masas y negociar en su nombre, o, si esto fallaba, para reprimirlas, la burocracia obrera todavía luchaba su última batalla. Los burócratas del trabajo no estaban siendo atacados por su falta de patriotismo. Lo que molestaba a la burguesía no era el moribunda salud a la bandera de los burócratas al internacionalismo anterior a 1914, sino la existencia de los sindicatos que, aunque serviles, retenían una cierta independencia en una era en la cual el capital ya no toleraba cualquier otra comunidad que no fuera la suya, y en la que incluso una institución de colaboración de clases era superflua si el Estado no lo controlaba completamente.

## Barcelona, 1936

En Italia y en Alemania, el fascismo asumió el poder del Estado por medios legales. La democracia capituló ante la dictadura, o peor aún, le dio la bienvenida con los brazos abiertos. ¿Pero y España? Lejos de ser el caso excepcional de una acción resuelta que fue sin embargo, y lamentablemente, derrotada, España fue el caso extremo de la confrontación armada entre la democracia y el fascismo en el cual la naturaleza de la lucha todavía permanecía siendo la misma, el choque de dos formas del desarrollo capitalista, dos formas políticas del Estado capitalista, dos estructuras estatales que luchaban por la legitimidad en el mismo país.

¡Objeción!

¿"Así que, en tu opinión, Franco y una milicia obrera son la misma cosa? ¿Los grandes terratenientes y los campesinos empobrecidos colectivizando la tierra están del mismo lado?"

En primer lugar, la confrontación sólo tuvo lugar porque los obreros se levantaron contra el fascismo. Todo el poder y todas las contradicciones del movimiento se manifestaron en sus primeras semanas de vida: una indiscutible guerra de clase fue transformada en una guerra civil capitalista (aunque no hubiera, por supuesto, ningún acuerdo explícito y ninguna asignación de papeles en la cual las dos facciones burguesas orquestaron cada acción de las masas: la historia no es una obra de teatro)<sup>10</sup>.

La historia de una sociedad dividida en clases se constituye en última instancia por la necesidad de unificar esas clases. Cuando, como pasó en España, una explosión popular se combina con la desorganización de los grupos dirigentes, una crisis social se convierte en una crisis del Estado. Mussolini y Hitler triunfaron en países con débiles y recientemente

---

<sup>10</sup> Vernon Richards, *Lecciones de la Revolución Española*, Londres, 1953. M. Seidman, *Los Obreros contra el Trabajo durante el Frente Popular*, UCLA, 1993.

unificados Estados-naciones y poderosas corrientes regionalistas. En España, desde el Renacimiento hasta los tiempos modernos, el Estado era la fuerza armada colonial de una sociedad comercial que terminó en la ruina, ahogando a una de las condiciones previas de la expansión industrial, la reforma agraria. De hecho, la industrialización tuvo que hacer su camino entre los monopolios, la malversación de fondos públicos, y el parasitismo.

Carecemos de espacio aquí para hacer un resumen del siglo XIX y su alocada sucesión de innumerables reformas y callejones sin salida liberales, facciones dinásticas, las guerras Carlistas, la sucesión tragicómica de regímenes y partidos después de la primera guerra mundial, y el ciclo de insurrecciones y represión que siguió al establecimiento de la República en 1931. Bajo todos estos sacudimientos estaba la debilidad de la burguesía ascendente, atrapada entre su rivalidad con la oligarquía hacendada y la necesidad absoluta de contener las rebeliones obreras y campesinas. En 1936, la cuestión de la tierra no había sido resuelta; a diferencia de Francia después de 1789, la liquidación de las tierras del clero español de mediados del siglo 19 terminó reforzando a una burguesía latifundista. Incluso en los años posteriores a 1931, el Instituto para la Reforma Agraria sólo utilizó un tercio de los fondos a su disposición para comprar grandes extensiones de tierra. La conflagración de 1936-1939 nunca habría alcanzado tales extremos políticos, incluyendo la explosión del Estado en dos facciones que pelearon una guerra civil de tres años, sin los temblores que habían estado acumulándose en las profundidades sociales durante un siglo.

En el verano de 1936, después de dar a los militares rebeldes todas las posibilidades de prepararse, el Frente Popular elegido en febrero estaba listo para negociar y quizás hasta para rendirse. Los políticos habrían hecho su paz con los rebeldes, como habían hecho durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1931), la cual fue apoyada por eminentes socialistas (Caballero lo había servido como un consejero técnico, antes de convertirse en Ministro de trabajo en 1931, y luego la cabeza del gobierno Republicano desde septiembre de 1936 a mayo de 1937). Además, el general que había obedecido órdenes republicanas dos años antes y aplastado la insurrección de Asturias - Franco - no podía ser tan malo.

Pero el proletariado se levantó, bloqueó el golpe de estado en la mitad del país, y se aferró a sus armas. Actuando de esta manera, los obreros obviamente luchaban contra el fascismo, pero no actuaban como antifascistas porque sus acciones fueron dirigidas tanto contra Franco como contra un Estado democrático más preocupado por la iniciativa de los obreros que por la rebelión militar. Tres primeros ministros entraron y salieron en 24 horas antes de que el hecho consumado del armamento popular fuera aceptado.

Una vez más, el desenvolvimiento de la insurrección demostró que el problema de la violencia no es principalmente técnico. La victoria no pertenece al lado con la ventaja en armamento (los militares) o en números (el pueblo), sino al que se atreve a tomar la iniciativa. Donde los obreros confían en el Estado, éste permanece pasivo o promete la luna, como pasó en Zaragoza. Cuando su lucha es enfocada y aguda (como en Málaga), los obreros triunfan; si esta carece de vigor, es ahogada en sangre (20.000 asesinados en Sevilla).

La Guerra Civil Española comenzó como una auténtica insurrección, pero tal caracterización es incompleta. Sólo es verdadera para el momento inicial de la lucha: un levantamiento proletario efectivo. Luego de derrotar a las fuerzas de la reacción en un gran número de ciudades, los obreros tenían el poder. ¿Pero qué iban a hacer con él? ¿Debían devolverlo al Estado republicano, o debían usarlo para avanzar en una dirección comunista?

El Comité Central de Milicias Antifascistas, creado inmediatamente después de la insurrección, incluyó a delegados de la CNT, la FAI, la UGT, el POUM, el PSUC (producto de la fusión reciente del PC y el PS en Cataluña<sup>11</sup>), y cuatro representantes de la Generalitat, el gobierno regional catalán<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> Nota del traductor: En realidad el Partido Socialista Unificado de Catalunya (PSUC) provino de la fusión entre los partidos obreros catalanes del Frente Popular: el Partido Comunista de Catalunya (PCC), la Federación Catalana del PSOE, la Unió Socialista de Catalunya (USC) y el Partit Català Proletari (PCP).

<sup>12</sup> CNT: Confederación Nacional del Trabajo. De tendencia anarcosindicalista.

FAI: Federación Anarquista Ibérica.

Como un verdadero puente entre el movimiento obrero y el Estado, y, además, vinculado si no integrado al Ministerio de Defensa de la Generalitat por la presencia en su seno del consejero de defensa de este último, el comisario del orden público, etc. el Comité Central de las Milicias rápidamente comenzó a desenvolverse.

Por supuesto, al renunciar a su autonomía, la mayoría de los proletarios creyeron que estaban, a pesar de todo, aferrándose al verdadero poder, y dándole a los políticos sólo una fachada de autoridad, de la que desconfiaban, y la cual podrían controlar y orientar en una dirección favorable. ¿Acaso no estaban armados?

Este fue un error fatal. La cuestión no es quién tiene las armas, sino qué es lo que hace la gente con las armas. 10.000 o 100.000 proletarios armados hasta los dientes no son nada si colocan su confianza en cualquier cosa que no sea su propio poder para cambiar el mundo. De otra manera, el día siguiente, el próximo mes o el próximo año, el poder cuya autoridad reconocen les quitará las armas que no fueron usadas en su contra.

Los insurrectos no se enfrentaron al gobierno legal, es decir al Estado existente, y todas sus acciones subsecuentes ocurrieron bajo sus auspicios. Se trataba de "una revolución que había comenzado, pero que nunca se había consolidado", como escribió Orwell. Este es el quid de la cuestión que determinó el curso tanto de la derrota militar contra Franco como el agotamiento y la destrucción violenta en los dos campos de las colectivizaciones y las socializaciones. Después del verano de 1936, el verdadero poder en España fue ejercido por el Estado y no por las organizaciones, los sindicatos, las colectividades, los comités, etc. Incluso aunque Nin, la cabeza del POUM, fuera consejero del Ministerio de Justicia, "el POUM no pudo en ninguna parte tener influencia sobre la policía", como admitió un defensor de aquel par-

---

UGT: Unión General de Trabajadores. De tendencia socialdemócrata.

POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista. De tendencia trotskista.

PSUC: Partit Socialista Unificat de Catalunya.

tido<sup>13</sup>. Mientras las milicias obreras eran en efecto el grueso del ejército republicano, y pagaron un alto precio en combate, no tuvieron ningún peso en las decisiones del alto mando militar, que paulatinamente las integró en unidades regulares (un proceso completado hacia el principio de 1937), prefiriendo desgastarlas antes que tolerar su autonomía. En cuanto a la poderosa CNT, cedió terreno a un PC que había sido muy débil antes de julio de 1936 (habiendo logrado enviar 14 diputados al Frente Popular en febrero de 1936, a diferencia de 85 socialistas), pero que era capaz de infiltrarse como parte del aparato estatal y volver el Estado a su propia conveniencia contra los radicales, y en particular contra los militantes de la CNT. La pregunta era: ¿quién era el amo de la situación? Y la respuesta fue: el Estado puede ejercer un uso brutal de su fuerza cuando es necesario.

Si la burguesía republicana y los estalinistas perdieron un tiempo precioso en dismantelar las comunas campesinas, desarmar a las milicias del POUM, y perseguir a troskistas "saboteadores" y otros "agentes de Hitler" en el mismo momento en que se suponía que el antifascismo debía poner todo lo que tenía en la lucha contra Franco, no lo hicieron por algún impulso suicida. Para el Estado y para el PC, (que se iba convirtiendo en la columna vertebral del Estado a través de los militares y la policía) estas operaciones no eran una pérdida de tiempo. La dirigencia del PSUC decía: "Antes de tomar Zaragoza, tenemos que tomar Barcelona". Su objetivo principal nunca fue aplastar a Franco, sino retener el control de las masas, porque para esto es que sirven los Estados. Barcelona fue arrebatada a los proletarios. Zaragoza permaneció en las manos de los fascistas.

## **Barcelona, mayo de 1937**

La policía intentó ocupar la Central Telefónica, que estaba bajo el control de obreros anarquistas (y socialistas). En la metrópolis catalana, corazón y símbolo de la revolución, las

---

<sup>13</sup> Victor Alba, *Marxismo Español versus Comunismo Soviético: una Historia del POUM* (con S. Schwartz).

autoridades legales no se detuvieron ante nada a la hora de desarmar todo lo que permaneciera vivo, espontáneo y anti-burgués. La policía local, además, estaba en las manos del PSUC. Confrontados por un poder abiertamente hostil, los proletarios finalmente entendieron que este poder no era el suyo, que le habían regalado su insurrección diez meses antes, y que ahora su insurrección había sido vuelta contra ellos. En reacción a la intentona del Estado, una huelga general paralizó Barcelona. Era demasiado tarde. Los obreros todavía tenían la capacidad de levantarse contra el Estado (esta vez en su forma democrática) pero ya no podían llevar su lucha hasta el punto de una ruptura abierta.

Como siempre, la cuestión "social" predominó sobre la militar. Las autoridades legales no pueden imponerse mediante batallas callejeras. Luego de unas pocas horas, en vez de una guerra de guerrillas urbana, se estableció una guerra de posición, una confrontación de edificios contra edificios. Se trataba de una tregua defensiva en la cual nadie podía ganar porque nadie atacaba. Con su ofensiva atascada, la policía no arriesgaría sus fuerzas en ataques contra los edificios sostenidos por los anarquistas. En términos generales, el PC y el Estado retenían el centro de la ciudad, mientras la CNT y el POUM retenían los distritos obreros. El status quo terminó ganando por medios políticos. Las masas depositaron su confianza en las dos organizaciones bajo ataque, mientras éstas, temerosas de enajenar al Estado, consiguieron que la gente regresara al trabajo (aunque no sin dificultad) y así [el POUM y la CNT] minaron la única fuerza capaz de salvarlas políticamente y ... "físicamente". Tan pronto como la huelga se dio por finalizada, sabiendo que de aquí en adelante controlaba la situación, el gobierno hizo entrar a 6.000 Guardias de Asalto, la élite de la policía. Al aceptar la mediación de las "organizaciones representativas" y los consejos de moderación por parte del POUM y la CNT, el mismo pueblo que había derrotado a los militares fascistas en julio de 1936 se rindió sin lucha a la policía republicana en mayo de 1937.

En aquel punto, la represión podía comenzar. Sólo unas semanas fueron necesarias para proscribir al POUM, detener a sus líderes, asesinarlos legalmente o por otros medios, y desaparecer a Nin. Se estableció una policía paralela en locales secretos, organizados por el NKVD (Comisariado Popular



para asuntos internos, de la URSS) y el aparato secreto de la Internacional Comunista, que sólo respondía a Moscú. De aquel punto en adelante, cualquiera que mostrara la más leve oposición al Estado republicano y su aliado principal, la URSS, sería denunciado y perseguido como "fascista", y por todo el mundo un ejército de almas bien intencionadas repetiría la difamación, unos por ignorancia, otros por en función de sus intereses, pero cada uno de ellos convencidos de que ninguna denuncia era demasiado excesiva cuando el fascismo estaba en marcha. La furia desencadenada contra el POUM no fue ninguna aberración. Al oponerse a los procesos de Moscú, el POUM se condenó a ser destruido por un estalinismo enzarzado en una despiadada lucha mundial contra sus rivales por el control de las masas. En esa época, la mayoría de los partidos, los comentaristas y hasta la Liga para los Derechos del Hombre salieron a endorsar la culpa del acusado. Sesenta años más tarde, la ideología dominante denuncia estos procesos y los ve como un signo de la obsesión del Kremlin por el poder. ¡Como si los delitos estalinistas no tuvieran nada que ver con el antifascismo! La lógica antifascista siempre se alineará con las fuerzas más moderadas y siempre luchará contra las más radicales.

A un nivel puramente político, mayo de 1937 dio lugar a lo que, unos meses antes, habría sido impensable: un socialista aún más a la derecha que Caballero, Negrín, encabezando un gobierno con una política fuerte en cuando al orden público, incluyendo la represión contra los obreros. Orwell - quién casi perdió su vida en estos acontecimientos - comprendió que la guerra "por la democracia" obviamente había terminado. Lo que quedaba era una confrontación entre dos fascismos, con la diferencia de que uno era menos inhumano que su rival. Sin embargo, Orwell se aferró a la necesidad de evitar "un fascismo más desnudo y desarrollado como el de Franco y Hitler"<sup>14</sup>. De aquel punto en adelante, el único asunto era luchar por un fascismo menos malo que el contrario...

---

<sup>14</sup> Homenaje a Cataluña, Abril de 1938. En 1951, había vendido menos de 1500 copias. Fue traducido por primera vez recién en 1951, y publicado en los Estados Unidos el año siguiente.

## La guerra devora a la revolución<sup>15</sup>

El poder viene menos del barril de un arma que de una urna. Ninguna revolución es pacífica, pero la dimensión militar no es la central. La pregunta no es si los proles finalmente deciden irrumpir en las armerías, sino si revelan lo que son: seres mercantilizados que ya no pueden y ya no quieren existir como mercancías, y cuya rebelión hace explotar la lógica de capitalismo. Las barricadas y las ametralladoras fluyen de este "arma". Cuanto más vital sea el reino social, más disminuirá el uso de armas y el número de bajas. Una revolución comunista jamás se parecerá a una matanza: no por cualquier principio no violento, sino porque será una revolución más por subvertir que por destruir al ejército profesional. Imaginarse un frente proletario contra un frente burgués es concebir al proletariado en términos burgueses, sobre el modelo de una revolución política o una guerra (tomar el poder de alguien, ocupar su territorio). De esta manera, uno reintroduce todo lo que el movimiento insurreccional había sobrepasado: la jerarquía, el respeto por los especialistas, por el conocimiento "del que sabe", y por las técnicas para solucionar los problemas, en resumen por todo lo que disminuye al hombre común. Al servicio del Estado, el "militante" obrero invariablemente evoluciona en un "soldado". En España, desde el otoño del 1936 en adelante, la revolución se disolvió en el esfuerzo de guerra, y en una especie de combate típico de los Estados: la guerra de frentes.

Encuadrados en "columnas", los obreros dejaron Barcelona para derrotar a los fascistas en otras ciudades, empezando por Zaragoza. Llevar la revolución más allá de las áreas de control republicano, sin embargo, significaba completar la revolución en las áreas republicanas también. Pero incluso Durruti no pareció comprender que el Estado todavía se encontraba intacto por todas partes. Con el avance de la columna de Durruti (el 70 % de cuyos miembros eran anarquistas), se extendieron las colectivizaciones: las milicias

---

<sup>15</sup> Tomamos prestado este título del libro de H. Paechter, *Espagne 1936 / La guerre dévore la révolution*, Paris, 1986 (publicado por primera vez en 1938).

ayudaron a los campesinos y difundieron las ideas revolucionarias. Sin embargo Durruti declaró, "sólo tenemos un objetivo: aplastar a los fascistas". Por más que él reiterara que "estas milicias nunca defenderán a la burguesía", tampoco la atacaron. Dos semanas antes de su muerte (el 21 de noviembre de 1936), declaró: "tenemos sólo un pensamiento y un objetivo (...): aplastar al fascismo (...) Por el momento, nadie debería pensar en aumentos de salario o acortar la semana de trabajo... debemos sacrificarnos y trabajar tanto como sea necesario (...) debemos tener la solidez del granito. El momento ha llegado de exigir a los sindicatos y a las organizaciones políticas a terminar con sus altercados de una vez y para siempre. En la retaguardia, lo que necesitamos es administración (...) Después de esta guerra, no debemos, por nuestra incompetencia, provocar otra guerra civil entre nosotros (...) Contra la tiranía fascista, deberíamos ser uno; sólo debería existir una organización, con sólo una disciplina."

Durruti y sus compañeros encarnaron una energía que no había esperado a 1936 para asaltar al mundo existente. Pero toda la voluntad combativa del mundo no es suficiente cuando los obreros apuntan todos sus golpes hacia una forma particular del Estado, y no hacia el Estado como tal. A mediados de 1936, aceptar una guerra de frentes significó dejar las armas sociales y políticas en las manos de la burguesía en la retaguardia, y aun más significó privar a la misma acción militar del vigor inicial que extrajo de otro terreno, el único donde el proletariado tiene la ventaja.

En el verano de 1936, lejos de tener una superioridad militar decisiva, los nacionalistas no retuvieron ninguna de las ciudades principales. Su fuerza principal estaba en la Legión Extranjera y en los "moros" reclutados en Marruecos, que había estado bajo un protectorado español desde 1912 pero que se había rebelado hace mucho contra los sueños coloniales tanto de España como de Francia. El ejército real español había sufrido una gran derrota allí en 1921, en gran parte debido a la desertión de las tropas marroquíes. A pesar de la colaboración franco-española, la guerra Rif (en la que un general llamado Franco se había distinguido) sólo finalizó cuando Abd el-Krim se rindió en 1926. Diez años más tarde, el anuncio de la independencia inmediata e incondicional

para el Marruecos español, como mínimo, había creado intranquilidad en el seno de las tropas de choque de la reacción. Obviamente, la República dio un trato indiferente a esta solución, bajo una presión combinada de los sectores conservadores y de las democracias de Inglaterra y Francia, que tenían poco entusiasmo por la posible desintegración de sus propios Imperios. Al mismo tiempo, además, el Frente Popular francés no sólo rechazó conceder cualquier reforma digna del nombre a sus súbditos coloniales, sino que disolvió el Etoile Nord-Africaine, un movimiento proletario en Argelia.

Cualquiera sabe que la política de “no intervención” en España fue una farsa. Una semana después del golpe de Estado, Londres anunció su oposición a cualquier envío de armas para el gobierno español legal, y su neutralidad en caso de que Francia fuera arrastrada al conflicto. De esta manera, la Inglaterra democrática puso a la república y al fascismo en el mismo nivel. Como resultado, la Francia de Blum y Thorez envió algunos aviones, mientras Alemania e Italia enviaron ejércitos enteros y aprovisionados. En cuanto a las Brigadas Internacionales, controladas por la Unión Soviética y los Partidos Comunistas, su valor militar costó un caro precio, a saber la eliminación de cualquier oposición al estalinismo en las filas obreras. Fue a principios de 1937, después del primer embarque de armas ruso, que Cataluña quitó a Nin de su puesto como consejero del Ministerio de Justicia.

En pocas ocasiones la concepción estrecha de la historia como una lista de batallas y estrategias ha sido más inepta para explicar el curso de una guerra directamente “social”, que obtuvo su forma por la dinámica interna del antifascismo. El empuje revolucionario superó al principio el empuje de los nacionalistas. Entonces los obreros aceptaron la legalidad; el conflicto fue conducido a un punto muerto, y luego institucionalizado. A partir de finales de 1936 en adelante, las columnas milicianas quedaron atascadas en el sitio a Zaragoza. El Estado sólo armó a las unidades militares en las que confiaba, es decir aquellas que no confiscaran la propiedad. A principios de 1937, en las mal equipadas milicias del POUM que luchaban contra los franquistas con armas antiguas, un revólver era considerado un lujo. En las ciudades,

los milicianos se codeaban con soldados regulares perfectamente equipados. Los frentes se atascaron, como los proletarios de Barcelona contra la policía. El último estallido de energía fue la victoria republicana en Madrid. Poco después, el gobierno ordenó a los particulares que cedieran sus armas. El decreto tuvo escaso efecto en lo inmediato, pero demostró la voluntad descarada de desarmar a la gente. La desilusión y las sospechas minaron la moral. La guerra estaba cada vez más en las manos de los especialistas. Finalmente, la República perdió cada vez más terreno a medida que todo el contenido social y las apariencias revolucionarias se desvanecieron en el campo antifascista.

Reducir la revolución a la guerra simplifica y falsifica la cuestión social dentro de la alternativa de ganar o perder, y en ser "el más fuerte". Se vuelve, entonces, una cuestión de tener soldados disciplinados, una logística superior, oficiales competentes y el apoyo de aliados cuya propia naturaleza política es escrutada lo mínimo posible. Curiosamente, esto significa alejar el conflicto de la vida cotidiana. Es una cualidad peculiar de la guerra que, incluyendo a sus entusiastas, nadie quiere perder pero todos quieren que termine. En contraste con la revolución, excepto en caso de derrota, la guerra no cruza la puerta de mi casa. Transformada en un conflicto militar, la lucha contra Franco dejó de ser un compromiso personal, perdió su realidad inmediata, y se convirtió en una movilización desde arriba, como en cualquier otra situación de guerra. Luego de enero de 1937, los alistamientos voluntarios escasearon, y la guerra civil, en ambos campos, vino a depender principalmente del servicio militar obligatorio. Como resultado, un miliciano de julio de 1936 que abandonara su columna un año más tarde, repugnado con la política republicana, ¡podía ser detenido y fusilado por "desertor"!

En condiciones históricas diferentes, la evolución militar desde la insurrección a las milicias y luego a un ejército regular recuerda a la guerra de "guerrillas" antinapoleónica (el término fue tomado del español en esa época) descrita por Marx:

"Si uno compara los tres períodos de guerra de guerrillas con la historia política de España, se nota que representan los tres grados correspondientes a los cuales el gobierno contrarrevolucionario había reducido el espíritu del pueblo. Al

principio, la población entera se levantó, entonces las bandas de guerrilleros sostuvieron una guerra de desgaste apoyados por provincias enteras; y finalmente, había bandas sin cohesión alguna, siempre al borde de convertirse en bandidos o disolverse en regimientos regulares."

Tanto para 1936 como para 1808, la evolución de la situación militar no puede ser explicada exclusivamente o incluso principalmente por el arte de guerra, sino que fluye del balance de las fuerzas políticas y sociales y su modificación en una dirección antirevolucionaria. El compromiso evocado por Durruti, la necesidad de unidad a cualquier costo, sólo podía dar la victoria primero al Estado republicano (sobre el proletariado) y luego al Estado franquista (sobre la República).

Hubo un principio de revolución en España, pero se convirtió en su opuesto tan pronto como los proletarios, convencidos de tener el poder, confiaron en el Estado para luchar contra Franco. Sobre aquella base, la multiplicidad de iniciativas subversivas y medidas tomadas en la producción y en la vida diaria fueron condenadas por el simple y terrible hecho de que tuvieran lugar bajo la sombra de una estructura estatal absolutamente intacta, que inicialmente había sido puesta en suspenso, y luego revigorizada por las necesidades de la guerra contra Franco, una paradoja que permaneció oscura a los grupos más revolucionarios de entonces. A fin de ser consolidadas y ampliadas, las transformaciones sociales sin las cuales la revolución es una palabra vacía tuvieron que plantearse como antagonista a un Estado claramente designado como el adversario.

El problema fue que, después de julio de 1936, el poder dual existía sólo en apariencia. No sólo los instrumentos del poder proletario que surgieron de la insurrección, y aquellos que posteriormente supervisaron las socializaciones, toleraron al Estado, sino que acordaron con darle al Estado una primacía en la lucha anti-Franco, como si fuera tácticamente necesario pasar por el Estado a fin de derrotar a Franco. En términos de "realismo", el recurrir, en nombre de la eficacia, a métodos militares tradicionales aceptados por la extrema izquierda (incluyendo al POUM y a la CNT), casi siempre demostró ser ineficaz. Sesenta años más tarde, la gente todavía deplora el hecho. Pero el Estado democrático está tan

poco equipado para la lucha contra el fascismo como para detener su ascenso pacífico al poder. Los Estados normalmente aborrecen tratar con la guerra social, y normalmente temen antes que animan cualquier fraternización. Cuando en Guadalajara los antifascistas se presentaron a sí mismos como obreros ante los soldados italianos enviados por Mussolini, un grupo de italianos desertó. Pero tal episodio permaneció siendo una excepción.

Desde la batalla por Madrid (marzo de 1937) a la caída final de Cataluña (febrero de 1939), el cadáver de la revolución abortada se descompuso en el campo de batalla. Uno puede hablar de la guerra en España, no de la revolución. Esta guerra terminó teniendo como su primera función la resolución de un problema capitalista: la constitución en España de un Estado legítimo que tuviera éxito en desarrollar su capital nacional mientras mantenía bajo control a las masas populares. En febrero de 1939, el surrealista y (entonces) troskista Benjamin Peret analizó la consumación de la derrota como sigue:

*"La clase obrera (...), habiendo perdido de vista sus propias metas, ya no ve ninguna razón urgente para morir defendiendo al clan democrático burgués contra el clan fascista, es decir, en último análisis, por la defensa del capital anglo-francés contra el imperialismo ítalo-alemán. La guerra civil se vuelve cada vez más una guerra imperialista." (Clé, 2do número)*

El mismo año, Bruno Rizzi hizo un comentario similar en su ensayo sobre el "colectivismo burocrático" de la URSS:

"Las viejas democracias juegan a la política antifascista de no despertar al perro. Los proletarios deben ser calmados (...) todo el tiempo las viejas democracias alimentan a la clase obrera de antifascismo. (...) España se ha convertido en una carnicería de proletarios de todas las nacionalidades, con el propósito de calmar a los indomables obreros revolucionarios, y para vender los productos de la industria pesada."

Los dos campos innegablemente tenían composiciones sociológicas bastante diferentes. Si la burguesía estaba presente en ambos lados, la mayoría inmensa de los obreros y los campesinos pobres apoyaba a la República, mientras que los

estratos arcaicos y reaccionarios (terratenientes, pequeños propietarios, el clero) se alineaban detrás de Franco. Esta polarización de clase dio un aura progresiva al Estado republicano, pero no reveló el sentido histórico del conflicto, igual que el porcentaje de miembros obreros de los partidos socialistas y estalinistas no hace lo propio sobre la naturaleza de estos partidos. Tales hechos son verdaderos, pero secundarios en cuanto a la función social de estos partidos: de hecho, fue por estar compuestos por las capas populares que pudieron controlar y oponerse a los levantamientos proletarios. De la misma manera, el ejército republicano tenía un gran número de obreros, ¿pero para qué, con quien y bajo las órdenes de quién luchaban? Hacer la pregunta es responderla, a menos que uno considere posible luchar contra la burguesía en una alianza con la burguesía.

"La guerra civil es la expresión suprema de la lucha de clases", escribió Trotsky en *Su moral y la nuestra* (1938). Cierro... mientras se añade que, de las llamadas "Guerras de la Religión" a las convulsiones irlandesas o libanesas de nuestra época, la guerra civil es también, y de hecho más a menudo, la forma de una lucha social imposible o fallida: cuando las contradicciones de clase no pueden afirmarse como tales, hacen erupción como bloques ideológicos o étnicos, retrasando aun más cualquier emancipación humana.

## **Anarquistas en el Gobierno**

La socialdemocracia no "capituló" en agosto de 1914, como un boxeador que tira la toalla: siguió la trayectoria normal de un poderoso movimiento que era internacionalista en la retórica y que, en realidad, se había hecho profundamente nacional mucho antes. El SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania) puede haber sido la principal fuerza electoral en Alemania en 1912, pero era poderoso sólo para la reforma, dentro del marco del capitalismo y según sus leyes, que incluyeron, por ejemplo, la aceptación del colonialismo, y también de la guerra cuando la última se convirtió en la única solución a las contradicciones sociales y políticas.



Del mismo modo, la integración del anarquismo español en el Estado en 1936 es sólo sorprendente para quien olvida su naturaleza: la CNT era un sindicato, un sindicato original indudablemente, pero un sindicato al fin, y no hay tal cosa como un sindicato antisindicato. La función define al órgano. Cualesquiera que fueran sus ideales originales, todo organismo permanente de defensa de los obreros asalariados como tales se convierte en un mediador, y luego en un conciliador. Incluso cuando está en las manos de radicales, incluso cuando es reprimido, la institución está condenada a escapar del control de la base y a hacerse un instrumento de moderación. Aunque fuera un sindicato anarquista, la CNT era un sindicato antes que anarquista. Un mundo separaba al militante de base del líder sentado en la mesa de los jefes, pero la CNT como aparato era poco diferente de la UGT. Ambas trabajaron para modernizar y manejar racionalmente la economía: en pocas palabras, para socializar el capitalismo. Un mismo hilo conecta el voto socialista para los créditos de guerra en agosto de 1914 con la participación en el gobierno de los líderes anarquistas, primero en Cataluña (septiembre de 1936) y luego en la República (noviembre de 1936). Tan pronto como en 1914, Malatesta había denominado a aquellos de sus compañeros (incluso a Kropotkin) que habían aceptado la defensa nacional como "anarquistas de gobierno".

La CNT hacía tiempo que era a la vez institucionalizada y rebelde. La contradicción finalizó en las elecciones generales de 1931, cuando la CNT abandonó su postura antiparlamentaria, pidiendo a las masas que votaran a candidatos republicanos. La organización anarquista se estaba transformando en "un sindicato que aspiraba a la conquista del poder", lo cual "llevaría inevitablemente a la dictadura sobre el proletariado". (P.I.C., edición alemana, Diciembre de 1931)

De un compromiso al siguiente, la CNT terminaría renunciando al antiestatismo que había sido su razón de existencia, aun después de que la República y su aliado o amo ruso habían mostrado sus verdaderas caras en mayo de 1937, sin mencionar todo lo que siguió, en las cárceles y los sótanos secretos. Como el POUM, la CNT era eficaz en desarmar a los proletarios, llamándolos a abandonar su lucha contra la policía oficial y estalinista que quería liquidarlos. Como dijo

el GIK: "(...) la CNT se encuentra entre los máximos responsables del aplastamiento de la insurrección. Desmoralizó al proletariado cuando éste se estaba movilizándolo contra los reaccionarios demócratas." (Räte-Korrespondenz, Junio de 1937)

Algunos radicales tuvieron la sorpresa amarga de estar encerrados en una prisión administrada por un viejo camarada anarquista, despojado de cualquier verdadero poder sobre lo que sucedía en su cárcel. Añadiendo el insulto a la injuria, una delegación de la CNT que había ido a la Unión Soviética a solicitar ayuda material ni siquiera mencionó el asunto de los procesos de Moscú.

¡Todo por la lucha antifascista! ¡Todo por armas y cañones! Pero aún así, podrían oponer algunas personas, los anarquistas por su misma naturaleza están vacunados contra el virus estatista. ¿O acaso el anarquismo no es el archienemigo del Estado...?

Algunos marxistas pueden recitar páginas enteras de *La guerra civil en Francia* sobre la destrucción de la máquina estatal, y citar el pasaje de *El Estado y la revolución* donde Lenin dice que un día la sociedad será administrada por cocineros en vez de por políticos. Pero estos mismos marxistas pueden practicar la idolatría estatal más servil, una vez que contemplan al Estado como agente del progreso o de la necesidad histórica. Como ellos ven el futuro como una socialización capitalista sin capitalistas, como un mundo todavía basado en el trabajo asalariado pero igualitario, democratizado y planificado, todo los prepara para aceptar un Estado (de transición, seguramente) y marcharse a la guerra por un Estado capitalista que ven como mal, contra otro que ven como peor.

El anarquismo sobreestima el poder del Estado ya que ve a la autoridad como el enemigo principal, pero al mismo tiempo subestima la fuerza de inercia del Estado.

El Estado no es el creador sino el garante de las relaciones sociales. Representa y unifica al capital, pero no es ni el motor del capital, ni su constituyente principal. Del hecho indiscutible de que las masas estaban armadas después de julio de 1936, el anarquismo dedujo que el Estado perdía su sustancia. Pero la sustancia del Estado no reside en sus for-

mas institucionales, sino en su función de unificación. El Estado asegura el vínculo que los seres humanos no pueden o no se atreven a crear entre sí, y crea una red de servicios tanto parasitarios como verdaderos.

En el verano de 1936, el aparato del Estado pudo haber parecido un escombros en la España republicana, porque sólo subsistió como un marco capaz de recoger los pedazos de la sociedad capitalista y recomponerla algún día. Mientras tanto, continuó existiendo, en hibernación social. Fue cuando las relaciones sociales abiertas por la subversión fueron debilitadas o destrozadas que recobró sus fuerzas. Reanimó sus órganos, y, cuando se dio la ocasión, asumió el control de aquellos cuerpos que la subversión había dado a luz. Lo que había sido visto como una caparazón hueca demostró ser capaz no sólo de revivir, sino de vaciar de contenido las formas paralelas de poder en las cuales la revolución había pensado que estaba mejor encarnada.

La justificación última de la CNT sobre su papel se basa en la idea de que el gobierno legal ya no tenía realmente el poder, porque el movimiento obrero había asumido el poder de facto.

“De siempre, por principios y convicción, la CNT ha sido antiestatal y enemiga de toda forma de gobierno. Pero las circunstancias, superiores casi siempre a la voluntad humana, aunque determinadas por ella, han desfigurado la naturaleza del gobierno y del Estado español. El gobierno en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya el organismo que separa la sociedad en clases. Y ambos dejarán aún más de oprimir al pueblo con la intervención en ellos de la CNT.” (Solidaridad Obrera, noviembre de 1936)

No menos que el marxismo, el anarquismo fetichiza el Estado y lo imagina como encarnado en un determinado lugar. Blanqui había lanzado ya su pequeño ejército en ataques contra los ayuntamientos o cuarteles, pero por lo menos él nunca reclamó basar sus acciones en el movimiento proletario, sólo en una minoría que despertaría al pueblo. Un siglo más tarde, la CNT declaró que el Estado español era un fantasma en relación a la realidad tangible de las “organizacio-

nes sociales” (es decir milicias, sindicatos). Pero la existencia del Estado, su razón de existir, es cubrir los defectos de la sociedad “civil” mediante un sistema de relaciones, de eslabones, de concentración de fuerza, una red administrativa, policial, judicial, y militar que permanece "en suspenso", reservada para tiempos de crisis, esperando el momento en que los investigadores de la policía puedan ir a olisquear en las filas del obrero social. La revolución no tiene ninguna Bastilla, comisaría o mansión del gobernador por "tomar"; su tarea es hacer inofensivo o destruir todo aquello de lo que tales sitios consiguen su sustancia.

### **Ascenso y caída de las colectivizaciones**

La profundidad y la extensión de las socializaciones industriales y agrarias posteriores a julio de 1936 no fue ningún imprevisto histórico. Marx ya había notado la tradición española de la autonomía popular, y la distancia entre el pueblo y el Estado que se hizo manifiesta con la guerra antinapoleónica, y luego con las revoluciones del siglo XIX, que renovaron la resistencia comunal histórica hacia el poder de la dinastía. La monarquía absoluta, observó, no reorganizó varios estratos sociales para forjar un Estado moderno, más bien dejó intactas a las fuerzas vivas del país. Napoleón podía ver a España como un “cadáver”, "pero si el Estado español estaba efectivamente muerto, la sociedad española estaba llena de vida" y “lo que llamamos el Estado en el sentido moderno de la palabra sólo se encuentra materializado, en realidad, en el ejército, de acuerdo con la vida ‘exclusivamente provincial’ del pueblo”.

En la España de 1936, la revolución burguesa ya había sido hecha, y era en vano soñar con escenarios como 1917, por no mencionar 1848 o 1789. Pero si la burguesía dominaba políticamente, y el capital dominaba económicamente, estaban muy lejos de lograr la creación de un mercado interno unificado y de un aparato estatal moderno, la subyugación de la sociedad en su conjunto, y la dominación de la vida local y sus particularismos. Para Marx, en 1854, un gobierno "despótico" coexistió con una desunión que se extendió al punto de la existencia de diferentes monedas y diferentes

sistemas de impuestos: sus observaciones todavía tenían alguna validez 80 años más tarde. El Estado era incapaz de estimular a la industria o de realizar la reforma agraria; no podía extraer de la agricultura las ganancias necesarias para la acumulación de capital, ni unificar las provincias, menos aun contener a los proletarios de las ciudades y el campo.

Fue así casi naturalmente que la convulsión de julio de 1936 dio lugar, en los márgenes del poder político, a un movimiento social cuyas realizaciones con potencial comunista fueron reabsorbidas por un Estado al que se le permitió permanecer intacto. Los primeros meses de una revolución ya en baja, pero cuyo grado de extensión todavía ocultaba su fracaso, se pareció a un proceso de diseminación: cada región, comuna, empresa, colectividad y municipio escaparon del control de las autoridades centrales sin atacarlas, y se pusieron a vivir de manera diferente. El anarquismo, y aun el regionalismo del POUM, expresan esta originalidad española, que es incorrectamente comprendida si uno ve sólo el lado negativo de este desarrollo “tardío” del capitalismo. Incluso el reflujó de 1937 no erradicó el impulso de cientos de miles de obreros y campesinos que tomaron la tierra, las fábricas, los vecindarios, los pueblos, confiscando la propiedad y socializando la producción con una autonomía y una solidaridad en la vida diaria que impactó tanto a observadores como a participantes<sup>16</sup>. El comunismo es también la reapropiación de las condiciones de existencia.

Triste es decir que, a la vez que estos actos y hechos innumerables, a veces extendiéndose por varios años, atestiguan (como hacen, a su propio modo, las experiencias rusa y alemana) a un movimiento comunista que reconstruye a toda la sociedad, y a sus formidables capacidades subversivas cuando surge a gran escala, es igualmente verdadero que su destino fue sellado a partir del verano de 1936. La Guerra Civil Española demostró el vigor revolucionario de los lazos y las formas comunitarias que han sido penetradas por el capital, pero que no son todavía reproducidas diariamente por el capital, y también demostró su impotencia, por sí mismas, en lograr una revolución. La ausencia de un asalto contra el

---

<sup>16</sup> Entre otros, Orwell, y M. Low & J. Brea, *Red Spanish Notebook*, City Lights, San Francisco, 1979.

Estado condenó el establecimiento de relaciones diferentes a una autogestión fragmentaria que conservaba el contenido y a menudo las formas de capitalismo, especialmente el dinero y la división de actividades por empresa particular. Cualquier persistencia del trabajo asalariado perpetúa la jerarquía de funciones e ingresos.

Las medidas comunistas podrían haber minado las bases sociales de los dos Estados (republicano y nacionalista), aunque sea resolviendo la cuestión agraria: en los años treinta, más de la mitad de la población estaba desnutrida. Una fuerza subversiva hizo erupción, poniendo al frente a los estratos más oprimidos, aquellos más lejanos de la " vida política" (por ejemplo las mujeres), pero esto no llega hasta el fondo ni erradica la raíz del sistema y sus ramificaciones.

En ese entonces, el movimiento obrero en los principales países industriales correspondió a aquellas regiones del mundo que habían sido socializadas mediante una dominación total del capital sobre la sociedad, donde el comunismo estaba más cercano a consecuencia de esta socialización, y a la vez más lejos debido a la disolución de todas las relaciones en la forma mercancía. El nuevo mundo, en estos países, era comúnmente concebido como un mundo obrero, incluso como un mundo industrial.

El proletariado español, por el contrario, siguió siendo esculpido por una penetración capitalista de la sociedad que era más cuantitativa que cualitativa. De esta realidad extrajo tanto su fuerza como su debilidad, como atestigua la tradición y las demandas de autonomía representada por el anarquismo.

"En los últimos cien años, no hubo un solo levantamiento en Andalucía que no haya resultado en la creación de comunas, el compartimiento de la tierra, la abolición del dinero y una declaración de independencia (...) el anarquismo de los obreros no es muy diferente. Ellos también exigen, en primer lugar, la posibilidad de manejar ellos mismos su comunidad industrial o su sindicato, y luego la reducción de las horas de trabajo y del esfuerzo requerido de cada uno (...)"<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> G. Brenan, *The Spanish Labyrinth*, Cambridge, 1990.

Una de las principales debilidades fue la actitud hacia el dinero. La “desaparición del dinero” es significativa sólo si implica más que el reemplazo de un instrumento para medir el valor por otro (cupones de trabajo, por ejemplo). Como la mayoría de los grupos radicales, se llamen marxistas o anarquistas, los proletarios españoles no vieron el dinero como la expresión y la abstracción de las relaciones reales, sino como un instrumento de medición, un dispositivo de contabilidad, y de esta manera redujeron el socialismo a una gestión diferente de las mismas categorías y componentes fundamentales del capitalismo.

El fracaso de las medidas tomadas contra las relaciones mercantiles no se debió al poder de la UGT (que se oponía a las colectivizaciones) sobre los bancos. El cierre de los bancos privados y del banco central termina con las relaciones mercantiles sólo si la producción y la vida son organizadas de una manera ya no mediada por la mercancía, y si tal producción y vida comunal llegan gradualmente a dominar la totalidad de las relaciones sociales. El dinero no es el “mal” a ser eliminado de una producción “buena”, sino la manifestación (que hoy se torna cada vez más inmaterial) del carácter mercantil de todos los aspectos de la vida. No puede ser destruido mediante la eliminación de signos, sino sólo cuando el intercambio desaparece como relación social.

De hecho, sólo las colectividades agrarias lograron funcionar sin dinero, y a menudo lo hacían con la ayuda de monedas locales, con cupones que a menudo se usaban como “dinero interno”. A veces el dinero era entregado a las colectividades. A veces a los obreros se les entregaban cupones de acuerdo al tamaño de sus familias, y no al trabajo realizado (“a cada cual según sus necesidades”). A veces el dinero no jugaba ningún rol: los bienes eran compartidos. Prevalecía un espíritu igualitario, así como una actitud de rechazo hacia el “lujo”<sup>18</sup>. De todas maneras, al ser incapaz de extender la producción no-mercantil más allá de las distintas zonas autónomas, sin un alcance para la acción global, los soviets, las colectividades y los pueblos liberados se transformaron en comunidades precarias, y tarde o temprano fueron o destruidos desde adentro o violentamente suprimidos por los

---

<sup>18</sup> F. Borkenau, *The Spanish Cockpit*, 1937.

fascistas. En Aragón, la columna del estalinista Lister hizo de esto su especialidad. Entrando en el pueblo de Calanda, su primer acto fue escribir en una pared: "las colectivizaciones son robo".

## **¿Colectivizar o Comunizar?**

Desde los tiempos de la Primera Internacional, el anarquismo ha contrapuesto la apropiación colectiva de los medios de producción a la estatización socialdemócrata. Ambas visiones, sin embargo, comparten el mismo punto de partida: la necesidad de una gestión colectiva. Pero el problema es: ¿gestión de qué? Por supuesto, lo que la socialdemocracia llevaba a cabo desde arriba, y burocráticamente, los proletarios españoles lo practicaron desde la base, armados, con cada individuo responsable ante los demás, y de esta manera quitando la tierra y las fábricas de las manos de una minoría especializada en la organización y la explotación de otros. En resumen, lo opuesto a la co-gestión de la Junta de Carbón por parte de los sindicalistas socialistas o estalinistas. Sin embargo, el hecho de que una colectividad, en vez del Estado o una burocracia, tome la producción de su vida material en sus propias manos no suprime, por sí mismo, el carácter capitalista de aquella vida.

El trabajo asalariado significa el pasaje de una actividad, independientemente de la que sea, arar un campo o imprimir un periódico, por la forma del dinero. Este dinero, mientras hace posible a la actividad, también es expandido por ella. Igualar los salarios, decidir todo colectivamente, y sustituir el dinero por cupones nunca fue suficiente para erradicar el trabajo asalariado. Lo que está unido por el dinero no puede ser libre, y tarde o temprano el dinero se convierte en su amo.

La sustitución de la asociación por la competencia en una base local fue una receta garantizada para el desastre. Porque, si bien la colectividad abole realmente la propiedad privada dentro de sí misma, también se establece como una entidad distinta y como un elemento particular en la economía global, y por lo tanto como una colectividad privada,



obligada a comprar y vender, a comerciar con el mundo exterior, convirtiéndose de esta manera en una empresa que, guste o no, tiene que jugar su rol en la competencia regional, nacional y mundial, o desaparecer.

Uno sólo puede alegrarse de que una parte de España haya implionado: lo que la opinión dominante llama "anarquía" es la condición necesaria para la revolución, como escribió Marx en su propio tiempo. Pero estos movimientos hicieron su impacto subversivo sobre la base de una fuerza centrífuga. Los rejuvenecidos lazos comunitarios también sirvieron para encerrar a cada uno en su pueblo y su barrio, como si el punto fuera descubrir un mundo perdido y una humanidad degradada, contraponer el barrio obrero a la metrópoli, la comuna autogestionada a los vastos dominios capitalistas, el campo de la gente sencilla a la ciudad comercializada, en pocas palabras el pobre al rico, el pequeño al grande y lo local a lo internacional, olvidando que una cooperativa es a menudo el camino más largo al capitalismo.

No hay revolución sin la destrucción del Estado. ¿Pero cómo? Terminando con las bandas armadas, deshaciéndose de hábitos y estructuras estatales, estableciendo nuevas maneras de debatir y decidir – todas estas tareas son imposibles si no van de la mano con la comunización. No queremos el "poder"; queremos el poder de cambiar toda la vida. Como proceso histórico que se extiende por generaciones, ¿puede uno imaginar seguir pagando salarios para la comida y la vivienda todo ese tiempo? Si la revolución es supuesta como política antes que social, esto crearía un aparato cuya única función sería la lucha contra los partidarios del viejo mundo, es decir una función negativa de represión, un sistema de control que no descansaría en otro contenido que su "programa" y su voluntad para realizar el comunismo el día en que las condiciones finalmente lo permitan. Así es como una revolución se ideologiza a sí misma y legitima el nacimiento de un estrato especializado al que se le asigna la supervisión de la maduración y la expectativa del siempre radiante pasado mañana. La misma esencia de la política es la incapacidad y la falta de deseo para cambiar algo: reconcilia lo que es separado sin ir más lejos que eso. El poder está allí, gestiona, administra, supervisa, adormece, reprime: es.

La dominación política (en la cual una escuela entera de pensamiento ve el problema NÚMERO UNO) fluye de la incapacidad de los seres humanos para hacerse cargo de ellos mismos, y de organizar sus vidas y su actividad. Esta dominación persiste sólo a través del desposeimiento radical que caracteriza al proletario. Cuando cada uno participa en la producción de su existencia, la capacidad para la presión y la opresión ahora en las manos del Estado dejará de ser operativa. Es porque la sociedad del trabajo asalariado nos priva de nuestros medios de vida, de producción y de comunicación, faltando muy poco para la invasión del -alguna vez- espacio privado y de nuestras vidas emocionales, que el Estado es todopoderoso. La mejor garantía contra la reaparición de una nueva estructura de poder sobre nosotros es la apropiación más profunda posible de las condiciones de existencia, en cada nivel. Por ejemplo, aun si no queremos a cada uno generando su propia electricidad en sus sótanos, la dominación del Leviathan también viene del hecho de que la energía (un término significativo, pues 'power' en inglés también significa poder) nos hace dependientes de complejos industriales que, nucleares o no, inevitablemente permanecen externos a nosotros y fuera de cualquier control.

Concebir la destrucción del Estado como una lucha contra la policía y las fuerzas armadas es confundir la parte con el todo. El comunismo es primero que nada actividad. Un modo de vida en el cual los hombres y las mujeres producen su existencia social paraliza o reabsorbe el surgimiento de poderes separados.

La alternativa planteada por Bordiga: "¿Debemos tomar la fábrica o debemos tomar el poder?" (Il Soviet, 20 de Febrero de 1920) puede y debe ser superada. No decimos: no importa quién gestione la producción, sea un comité ejecutivo o un consejo, porque lo que cuenta es tener la producción sin valor. Decimos: mientras la producción de valor continúe, mientras esté separada del resto de la vida, mientras la humanidad no produzca colectivamente sus maneras y sus medios de existencia, mientras haya una "economía", cualquier consejo está condenado a perder su poder en las manos de un comité ejecutivo. Aquí es donde nos diferenciamos tanto de "consejistas" como de "bordiguistas", y el por qué los

primeros nos llaman bordiguistas y los segundos, consejistas.

## ¿Abandonando el siglo veinte?

El fracaso español de 1936-37 es simétrico al fracaso ruso de 1917-21. Los obreros rusos fueron capaces de tomar el poder, pero no de usarlo en pos de una transformación comunista. El atraso, la ruina económica y el aislamiento internacional por sí solos no explican la involución. La perspectiva dispuesta por Marx, y quizás aplicable de un modo diferente después de 1917, de un renacimiento bajo una nueva forma de las estructuras agrarias comunales, era en ese entonces impensable. Dejando de lado el elogio de Lenin al taylorismo, y la justificación de Trotsky del trabajo militarizado, para casi todos los bolcheviques y la mayoría aplastante de la Tercera Internacional, incluso la izquierda comunista, el socialismo significaba una socialización capitalista MÁS soviets, y la agricultura del futuro era concebida como grandes latifundios gestionados democráticamente. (La diferencia - y una diferencia fundamental! - entre la izquierda comunista germano- holandesa y la Internacional Comunista era que la izquierda tomaba a los soviets y a la democracia obrera en serio, mientras que los comunistas rusos, como su práctica demostraba, veían en ellas nada más que fórmulas tácticas.)

Los bolcheviques son el mejor ejemplo de lo que le pasa a un poder que es sólo un poder, y que tiene que sostenerse sin cambiar demasiado las condiciones reales.

Lo que distingue a la reforma de la revolución no es que la revolución es violenta, sino que vincula insurrección con comunización. La guerra civil rusa fue ganada en 1919, pero selló el destino de la revolución, en la medida en que la victoria contra los blancos fue lograda sin comunizar la sociedad, y terminó en un nuevo poder estatal. En su texto de 1939 *Fascismo pardo, fascismo rojo*, Otto Rühle señaló como la Revolución Francesa había dado a luz a una estructura y estrategia militar adecuadas a su contenido social. Unificó a la burguesía con el pueblo, mientras la Revolución Rusa falló en crear un ejército basado en principios proletarios. El

Ejército Rojo que Polonia derrotó en 1920 a duras penas conservaba alguna significancia revolucionaria. A mediados de 1918, Trotsky lo resumía en tres palabras: “trabajo, disciplina, orden”.

Muy lógicamente y, al menos en principio, con toda buena fe, el Estado soviético se perpetuó a sí mismo a cualquier costo, primero en la perspectiva de la revolución mundial, luego por sí mismo, siendo la prioridad absoluta preservar la unidad de una sociedad que se deshacía en sus costuras. Esto explica, por un lado, las concesiones a la pequeña propiedad campesina, seguida de requisiciones, ambas de las cuales causaron una consecuente revelación de cualquier vida comunal o producción. Esto explica, por otro lado, la represión contra los obreros y contra cualquier oposición dentro del partido.

En 1921, la rueda había girado del todo. La ola revolucionaria de 1917 surgida de motines y demandas democráticas básicas terminó igual que como empezó, - excepto que esta vez los proles estaban siendo reprimidos por un Estado “proletario”. Un poder que llega al punto de masacrar a los amotinados de Kronstadt en el nombre de un socialismo que no podía llevar a cabo, y que continúa justificando sus acciones con mentiras y calumnias, sólo demuestra que ya carece de cualquier carácter comunista. Lenin murió físicamente en 1924, pero el Lenin revolucionario había muerto como jefe de Estado en 1921, si no antes. Los bolcheviques no tenían ninguna opción más que convertirse en los gerentes del capitalismo.

Al mismo tiempo que la hipertrofia de una perspectiva política infernal se inclinó por eliminar los obstáculos que no podía subvertir, la Revolución de Octubre se disolvió en una guerra civil caníbal. Su destino fue el de un poder que, incapaz de transformar la sociedad, degeneró en una fuerza contrarrevolucionaria.

En la tragedia española, los proletarios, porque habían abandonado su propio terreno, terminaron prisioneros de un conflicto en el cual la burguesía y su Estado estaban presentes detrás de ambas trincheras. En 1936-37, los proletarios de España no luchaban sólo contra Franco, sino también contra los países fascistas, contra las democracias y la farsa

de la “no intervención”, contra su propio Estado, contra la Unión Soviética, contra....

La izquierda comunista “italiana” y “germano-holandesa” (incluyendo a Mattick en los EEUU) estuvieron entre los muy pocos que definieron el periodo pos-1933 como profundamente antirevolucionario, mientras muchos grupos (los troskistas, por ejemplo) eran propensos a ver potenciales subversivos en Francia, en España, en EEUU, etc.

1936-37 cerró el momento histórico abierto por 1917. Desde entonces, el capital no aceptaría ninguna otra comunidad más que la suya, lo que significaba que ya no podía haber grupos proletarios radicales permanentes de cualquier tamaño significativo. La caída del POUM fue equivalente al fin del viejo movimiento obrero.

En un futuro período revolucionario, los defensores más sutiles y más peligrosos del capitalismo no serán los que griten consignas pro-capitalistas y pro-estadistas, sino aquellos que han encontrado el punto posible de una ruptura total. Lejos de elogiar los comerciales televisivos y la sumisión social, ellos propondrán cambiar la vida... pero, para tal efecto, llamarán primero a construir un verdadero poder democrático. Si tienen éxito en dominar la situación, la creación de esta nueva forma política consumirá las energías del pueblo, malgastará las aspiraciones radicales y, con los medios convirtiéndose en fin, convertirán otra vez la revolución en una ideología. Contra ellos, y por supuesto contra la reacción abiertamente capitalista, el único camino al éxito de los proletarios será la multiplicación de iniciativas comunistas concretas, que serán naturalmente a menudo denunciadas como antidemocráticas o incluso como... "fascistas". La lucha por establecer lugares y momentos para la deliberación y la decisión, haciendo posible la autonomía del movimiento, se demostrará inseparable de las medidas prácticas que apunten a cambiar la vida.

*"(...) todas las anteriores revoluciones dejaban intacto el modo de actividad y sólo trataban de lograr otra distribución de ésta, una nueva distribución del trabajo entre otras personas, al paso que la revolución comunista va dirigida contra el modo de actividad que ha existido hasta ahora, elimina el trabajo y suprime la dominación de todas las*

*clases suprimiendo a las clases mismas, ya que esta revolución es llevada a cabo por la clase a la que la sociedad no considera como tal, no reconoce como clase y que expresa ya de por sí la disolución de todas las clases, nacionalidades, etc., dentro de la misma sociedad (...) (Marx, la Ideología alemana, 1845-46)*

\*\*\*

# Apéndices





**EN ESTE MUNDO  
PERO NO DE ESTE MUNDO**



*Nota de los traductores AyC: Este escrito de Gilles Dauvé fue escrito para unos compañeros de Lituania que deseaban publicar el ensayo Capitalismo & Comunismo (1972). Algunos aspectos de este texto, podría ser de especial interés para las personas que vivieron en los antiguos Estados “socialistas” (como Lituania), pero los temas mencionados aquí conciernen a todos los que se preocupan de la crítica radical de este mundo dominado por el capital.*

*El texto original puede ser encontrado en el sitio web de Troploin ([www.troploin.fr](http://www.troploin.fr)) tanto como en Libcom ([libcom.org](http://libcom.org)). Alentamos la lectura del material contenido en ambos sitios.*

*Sobre Gilles Dauvé y Troploin hay varios textos disponibles en español. Entre ellos, recomendamos Cuando las insurrecciones mueren, Comunización (2011) y Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista.*

\*\*\*

## **Para los vencedores, el botín**

La historia está escrita por los vencedores. En 1970, la palabra comunismo era un sinónimo para aquello que existía en la URSS y en otros regímenes similares. Ahora no tiene otro significado socialmente aceptable que designar aquello que solía existir en la URSS y en otros regímenes similares. Para las personas que viven en los países antiguamente burocráticos, el comunismo se ha convertido en una palabra odiada, un símbolo de opresión (lo cual es suficientemente malo) en el nombre de la libertad (lo que lo hace aún peor).

Sin embargo, hay una confusión igual de grande en los países que nunca formaron parte del bloque “socialista”. En Francia, por ejemplo, donde aún existe el llamado Partido Comunista (aunque en decadencia), o en Inglaterra donde el CPGB se disolvió después de 1991, es tan difícil como en Li-

tuania plantear la cuestión comunista. Las miradas críticas del capitalismo son algo cotidiano, tanto en los medios como en el discurso académico, pero el comunismo ya no se aborda seriamente ni como amenaza, ni como promesa. La confusión se ha complementado con la oscuridad.

## **Volver a la URSS**

Como casi ningún país se considera a sí mismo socialista, la mayoría de las personas, incluidos algunos radicales, tienden a considerar los debates sobre la naturaleza de la URSS como obsoletos.

Están equivocados. El sistema que dominó Lituania por 45 años y Rusia por 70 años, fue efectivamente un régimen burocrático, policial y totalitario, pero fue también una variante del capitalismo, y debemos comprender por qué lo fue, si es que deseamos comprender en qué podría consistir una revolución futura en Lituania y Rusia tanto como en Gran Bretaña o en los Estados Unidos.

El capitalismo no es solamente un sistema de dominación en el cual fuerzas minoritarias fuerzan a las personas a trabajar para su propio beneficio. En 1950, tanto en Vilna como en Pittsburgh, el dinero era un medio para comprar trabajo, el cual fue puesto a trabajar para valorizar sumas de dinero acumulado en polos de valor denominados compañías o corporaciones. Estas empresas no podrían continuar existiendo a menos que acumularan valor a una tasa socialmente aceptable. Esta tasa no era la misma en Vilna que en Pittsburgh. Al igual que las empresas con sede en Pittsburgh, las empresas lituanas se administraron como unidades separadas, pero (a diferencia de Pittsburgh), ningún propietario privado podía venderlas o comprarlas a voluntad. Aun así, una empresa lituana que fabricaba zapatos no solo producía zapatos como objetos que se supone cumplen una función: tenían que hacer el mejor uso rentable de todo el dinero que se ha invertido para producir los zapatos. La “formación del valor” importó tanto en Vilna como en Pittsburgh. Esos zapatos no fueron entregados gratis al peatón de Pittsburgh o

Vilna que luego se los pondría y se iría. En ambas ciudades, el peatón o pagó por sus zapatos o continuó descalzo.

Por supuesto, el Estado lituano podía decidir subsidiar zapatos y venderlos a bajo precio, es decir, por debajo del costo de producción. Pero en cada país, el valor tenía que finalmente realizarse en el mercado. Los planificadores de Rusia, de Alemania Oriental y de Lituania seguían doblando las reglas de la rentabilidad, pero no podían jugar ese juego para siempre. Estas reglas se hicieron valer al final, a través de la mala calidad, la escasez, el mercado negro, la depuración de los gerentes, etc. El Estado protegió a las empresas de Vilna contra la bancarrota. Pero eso fue artificial. Nadie puede evadir la lógica de la valorización durante demasiado tiempo. Una empresa, diez empresas, mil podían salvarse del cierre, hasta que un día fue la sociedad entera la que se declaró en bancarrota. Si el Estado Británico, Belga o Francés hubiese rescatado permanentemente a todas las empresas no rentables desde los primeros días de la industrialización, el capitalismo ya habría muerto en Gran Bretaña, Bélgica o Francia. En resumen, la «ley del valor» funcionaba de maneras muy diferentes en el capitalismo «burocrático» y en el capitalismo «mercado», pero se aplicaba a ambos sistemas. (Nadie niega la naturaleza capitalista de Bahrein o del Congo, donde las formas capitalistas son bastante diferentes de las canadienses o italianas. Sobre la formación de valores y la implosión en la URSS, ver Aufheben, n<sup>o</sup> 9, 2000).

Tal como en sus versiones Occidentales, el auge y declive del capitalismo de estado dependía de los conflictos de clases y los compromisos, en el centro de los cuales estaba la necesidad de convertir el trabajo en trabajo rentable. En la URSS y en la Europa Oriental después de 1945, esta necesidad tomó la forma de una constante política de represión que iba de la mano con la protección del trabajo (tanto en la fábrica como en las granjas colectivas), lo que permitía acumulación de valor incluso a despecho de una baja productividad. Después de todo, el capitalismo burocrático Ruso funcionó por un largo tiempo.

La totalidad del sistema no colapsó por ser demasiado represivo hasta el punto de terminar por agotar a las personas, sino que lo hizo cuando los compromisos de clase dejaron de ser socialmente productivo —especialmente cuando no pudo

soportar la presión de un mercado mundial dominado por un Occidente mucho más dinámico.

## **La Megamáquina**

Desde que escribimos la primera versión de Capitalismo & Comunismo en 1972, la crítica ecológica (convencional o “profunda”) del capitalismo se ha vuelto bastante común. El “Anti-industrialismo” nace en los países “ricos” de Occidente donde el exceso de consumo y desperdicio es evidente a simple vista. Pero está destinado a desarrollarse en los países de Europa del Este, a menudo empobrecidos, donde el “crecimiento de las fuerzas productivas” sin trabas también resulta en una catástrofe: Tchernobyl sucedió antes de Fukushima.

La crítica anti-industrial apunta hacia elementos esenciales del capitalismo, pero eventualmente pierde de vista la totalidad del problema.

La industria está en el corazón del mundo en el que actualmente vivimos y es difícil imaginar un capitalismo no-industrial. La sociedad “post-industrial” hoy en un mito tanto como lo era en 1970. Sin embargo, la industria no es el corazón del capitalismo. No nos estamos enfrentado a una megamáquina libremente autopropulsada, sino a una relación entre el capital y el trabajo, la cual es tanto la causa como el efecto de un escape (runaway) burocrático-tecnológico-industrial en rumbo de colisión con el futuro. Sin embargo, esta escalada ilimitada no es autosuficiente (no más de lo que lo es el espectáculo en el sentido situacionista). El principal motor de la megamáquina es la relación capital/trabajo). Incluso antes que fuera privatizada y convertida en una multinacional, la francesa EDF, una de las mejores (es decir, peores) ilustraciones de la tecnoestructura burocrática y un exitoso grupo de presión a favor de la energía nuclear, tenía que subordinarse a los criterios de la productividad del trabajo y la rentabilidad del trabajo. Los grandes hombres de negocios solamente desean más fábricas y máquinas si esto les permite apropiarse de más valor: de lo contrario, las mueven a otra parte o las dejan pudrirse en la

inactividad. El capitalismo necesita de inventores, pero las decisiones las toman los inversores.

(Del mismo modo, sería igualmente incorrecto considerar el dinero como el motor principal del mundo actual. El dinero está en todas partes, pero no es el núcleo del sistema. Lo esencial es la creación y la acumulación de valor a través del trabajo productivo. El dinero viene desde (y va hacia) donde se domina directa o indirectamente a los proletarios en el trabajo. Los banqueros viven de los albañiles, y no al revés).

La tendencia a la ilimitación se remonta hace mucho tiempo atrás en la historia humana, y para bien o para mal se manifestó en todo tipo de formas: construcción de pirámides e imperios, religión, arte, etc. La industria y el trabajo asalariado le dieron un impulso sin precedentes: con la existencia del trabajo como una mercancía -lo que implica un mercado relativamente libre- vino la obsesión por la máxima productividad, el ahorro de tiempo de trabajo, el dinero como un flujo sin fin, el consumo masivo y la obsolescencia planificada. Hoy es el capital lo que estructura la ilimitación. No desmantelaremos el complejo burocrático-militar-industrial asumiendo el monstruo industrial, la hiperproducción y el consumo excesivo como tales. Solo nos desharemos de ellos librándonos del mundo del dinero y del sistema de valores basado en el trabajo asalariado.

Un capitalismo ecológicamente reformado es imposible. No nos hagamos ilusiones sobre el des-crecimiento, el no-crecimiento o el sub-crecimiento. El capitalismo es escalada: no des-escalada. El autocontrol no es un hábito o virtud capitalista.

## **Clase & lucha de clases**

La relación entre capital y trabajo domina el mundo actualmente existente, no obstante a menudo otros soberanos ocupan el escenario central, tanto en el corazón de África como en Nueva York. En cualquier caso, el énfasis en la clase o la lucha de clases no es nuestro punto focal. A. Smith (1776) y D. Ricardo (1817) reconocieron la coexistencia de las clases. A principios del siglo XIX, lúcidos historiadores bur-

gueses interpretaron la revolución francesa como un núcleo de conflictos de clase (véase la carta de Marx a J. Weydemeyer, 5 de marzo de 1852). La persistencia de la lucha de clases (o su exacerbación) no depende de nosotros. No sirve de nada demostrar incesantemente la permanencia de una confrontación que es fácil de ver. Nuestro “problema” no es que exista o no, sino que podría acabar mediante una revolución comunista que tiene que surgir en una sociedad formada y desgarrada por la interacción de proletarios y burgueses. Nuestra preocupación es una lucha de clases que sea capaz de producir algo más que su propia continuación.

¿Hay una contradicción aquí, y una mayor?

SI. Pero la verdadera pregunta es si esta contradicción puede ser resuelta... o si no puede serlo.

## **Entonces, ¿dónde están esos proletarios?**

¿No hay cada vez menos trabajadores industriales?

En Europa Occidental, Norteamérica y Japón, el declive es innegable. En la década de 1950, los trabajadores manuales comprendían no menos que el 70% de la fuerza de trabajo en Inglaterra: cuarenta años después, hay más profesores universitarios que mineros. (M. Savage & A. Miles, *The Re-Making of the English Working Class 1840-1940*, Routledge, 1994). En gran parte, este cambio se debe a la relocación de la manufactura hacia América Latina (aunque en una extensión menor) y Asia. Sin embargo, esto no nos lleva a creer que actualmente en los viejos países industrializados todos están enseñando, tipeando sobre un teclado, comunicando, programando... o viviendo del subsidio. La sociedad moderna contemporánea no está dividida entre una cada vez más grande clase media y una siempre más pobre y decreciente ex-clase trabajadora. No es casualidad que la noción de subclase se volviera popular al mismo tiempo que la noción sociedad de clases pasaba de moda: mientras que la clase trabajadora era temida como (y de hecho era) un agente del cambio histórico, la subclase puede ser tranquilamente considerada como un triste remanente de un pasado difunto que debe ser atendido por el bienestar y la acción policial. La

desaparición de los proletarios no está documentada por los hechos. En Francia, el trabajo manual y el trabajo de oficina de baja categoría -trabajos ocupados por lo que se podría llamar “proles”- alcanza aproximadamente el 60% de la población trabajadora. Además, en el pasado, muy pocos países (Gran Bretaña y Alemania, por ejemplo) alguna vez tuvieron una mayoría de trabajadores industriales.

Las estadísticas, sin embargo, no nos cuentan toda la historia. Tan pronto como el proletariado industrial apareció en la escena histórica, puso en marcha un programa propio.

Ya en la década de 1840, a pesar de su pequeño número (excepto en Inglaterra), la perspectiva comunista ya estaba allí: supresión del trabajo asalariado, del capital, del dinero, del Estado. Desde ese punto de vista, no existe una diferencia fundamental entre el minero Inglés o el artesano proletarizado de París en 1845, y tampoco entre el empleado en un call center en la India y un camionero de California en 2011.

Todas las condiciones “objetivas” y “subjetivas” que llevaron al minero o al artesano hacia la acción comunista, y también todo aquello que entorpecía esa acción en 1845, puede también encontrarse, en diferentes formas pero con los mismos efectos, en el caso del empleado de call center y el camionero en el año 2011. En términos de oportunidades históricas, como en términos de inercia social, aquello que tienen los cuatro casos en común es mayor que aquello que los diferencia. Ninguna nueva teoría podría probarlo o refutarlo, y nada nos garantiza que los proles de hoy podría actuar como revolucionarios más y mejor que los del pasado.

La proporción de trabajadores no es un factor que deba ser descartado, pero el gran cambio reside en otra parte. Durante los últimos treinta años, la mano de obra de Europa Occidental, Estados Unidos y Japón ha dejado de ejercer una gran presión sobre el capital. Esto no se debe a que perdieran su función económica, sino porque fueron derrotados después de su no-revolucionaria, pero militante, lucha entre 1960 y 1980. De hecho, es porque fueron derrotados (en las empresas y en la calle) que la burguesía fue capaz de externalizar y transferir gran parte de la manufactura. Los capitalistas de Hong Kong y los burócratas de China continental no forzaron su entrada en los mercados occidentales: Asia se



convirtió en (uno de) los talleres del mundo solamente después de que los trabajadores Occidentales y Japoneses fueron derrotados entre los años 1960s-70s. Pero el juego no ha terminado.

El problema no es que en Canadá o en Italia los proles ahora tengan algo más que perder “aparte de sus cadenas” porque fueron atrapados por el consumo y el crédito y, por consiguiente, “integrados” dentro del capitalismo, mientras que en Bangladesh o en China los proles solamente tienen cadenas para perder y por lo tanto se ajustan con la definición del proletariado revolucionario del Manifiesto Comunista. Los trabajadores metalúrgicos de Berlín en 1919 disfrutaban de una vida mejor que la de los trabajadores textiles de Lancashire en 1850, y sin embargo se rebelaron contra sus jefes y el Estado. Actualmente, tanto en Europa y Estados Unidos como en Asia, el problema es la posible combinación entre trabajo protegido y trabajo precario, entre trabajadores “privilegiados” y trabajadores sobreexplotados. La revolución solamente puede suceder como la combinación de una reacción contra la miseria inducida por la sociedad capitalista y de una reacción contra las riquezas que nos vende ese mismo capitalismo. La revolución comunista es un rechazo combinado contra lo peor que actualmente nos impone el capitalismo y lo mejor que nos ofrece y desea que soñemos. Esta fusión supone un contexto social donde ambas realidad, miseria y riqueza, coexista cara a cara, así los proletarios podrán atacar ambas.

Es más probable que esta fusión ocurra en Denver que en Kinshasa o Dubái, o en Shanghái más que en el remoto rincón de una provincia china donde los productos básicos y el trabajo asalariado aún no se han convertido en relaciones capitalistas de plenamente capitalistas. (Eso no significa que las áreas rurales o también denominadas como “atrasadas” estén más alejadas del comunismo que las “modernas”. En algunos aspectos, podrían estar incluso más cerca: como el mundo del dinero los ha penetrado menos, tendrán menos cadenas de las cuales liberarse. El punto que estamos planteando es que estas áreas no iniciarán un levantamiento comunista, pero desempeñarán su parte, y una parte necesaria, en el proceso revolucionario).

## Desde Marx hacia el Marxismo

Hay un problema que no se puede eludir, y que no fue abordado adecuadamente en nuestro texto de 1972. Tomamos prestado mucho de Marx y de personas que se autodenominaban marxistas. ¿Cómo se relaciona la visión de personas como Marx con las monstruosidades que se autodenominaron “comunistas” en el siglo XX?

El Leninismo y el Stalinismo fueron absolutamente diferentes de aquello que Marx estaba intentando lograr, pero hay efectivamente una conexión entre ambos. El capitalismo organizado por el Estado es indudablemente contrario al espíritu de la actividad y de la escritura que Marx desarrolló durante su vida, pero podría afirmarse que es fiel a algunos de sus aspectos. Por ejemplo, *El Capital* volumen I (el único que terminó), una de las principales obras de Marx, no finaliza con una conclusión comunista (como realizar un mundo sin mercancía, Estado ni trabajo), sino con la expropiación de los expropiadores a través de la socialización del capitalismo provocada por la necesidad histórica. Esto está lejos de la afirmación del comunismo que podemos leer en los primeros textos de Marx y en sus numerosos cuadernos de anotaciones sobre el mir y las sociedades “primitivas” que estudió en sus últimos años (ninguno de los cuales, como sabemos, hizo públicos).

A fines de los años 60 y principios de los 70, era necesario “volver a Marx” para comprender mejor lo que estábamos experimentando. (Para una mejor comprensión de ese período y de nuestros antecedentes, véase *La historia de nuestros orígenes* (de *La Banquise*, 1983), y nuestro *¿De qué va todo esto?*, 2007.)

Esto significaba volver hacia la totalidad de la historia y el pensamiento revolucionario, incluyendo la oposición de Izquierda a la Tercera Internacional (las Izquierdas “Italiana” y “Germano-Holandesa”), pero también al anarquismo anterior y posterior a 1914. Al contrario de lo que Marx afirmaba en su panfleto anti-Bakunin de 1872 (una de sus obras más débiles), a mediados del siglo XIX ocurrió una verdadera escisión dentro del movimiento revolucionario, que después

sería anquilosaba en lo que conocemos como Marxismo y anarquismo. Más tarde la escisión, por supuesto, empeoró.

El lector de Capitalismo & comunismo se dará cuenta de que no estamos agregando pequeñas porciones de Bakunin a grandes porciones de Marx (o viceversa). Solo intentamos evaluar tanto a Marx como a Bakunin, puesto que en su época Marx y Bakunin también tuvieron que evaluar, por ejemplo, a Babeuf o Fourier.

Hay una dimensión progresista en Marx: él compartía la creencia decimonónica de que hoy es “mejor” que ayer, y que mañana seguramente será mejor hoy. Marx sostenía una visión lineal de la historia, y construía una continuidad determinística desde la comunidad primitiva hacia el comunismo. Contribuyó a una visión de los comienzos de la historia en la cual, cuando los grupos humanos fueron capaces de producir más de lo que era necesario para su supervivencia inmediata, este excedente crea la posibilidad de la explotación, de allí su necesidad histórica. Una minoría forzó a la mayoría a trabajar y crear riquezas. Miles de años después, gracias al capitalismo, la gran expansión de la productividad crea otra posibilidad: el fin de la explotación. Bienes de todas las especies son tan abundantes que se vuelve absurda la existencia de una minoría que los monopoliza. Y la organización de la producción está tan socializada que se vuelve inútil (e incluso contraproducente) tenerla dirigida por un puñado de explotadores, cada uno de los cuales administra su propio negocio privado. La burguesía fue históricamente necesario: luego, su propio éxito histórico (el auge de la economía moderna) los convierte en parásitos. El capitalismo se vuelve a sí mismo inútil. La historia se mueve así desde la escasez hacia la abundancia.

Es cierto que un patrón intelectual tal nunca fue escrito realmente por Marx, pero es la lógica que subyace por debajo de muchos de sus textos y (lo que es más importante) una gran parte de su actividad política. No fue un accidente o un error si él apoyó a la burguesía nacional alemana y claramente a la unión reformista o los líderes del partido: los consideraba como agentes del cambio positivo que eventualmente produciría el comunismo. Por el contrario, despreciaba a los insurrectos como Bakunin a quienes él consideraba fuera del movimiento real de la historia.

De la misma forma, importantes pensadores anarquistas como Kropotkin y Elisée Reclus (ambos reconocidos geógrafos profesionales) también apoyaron puntos de vista deterministas, pero con un énfasis más en la organización social que en la producción. Para ellos, la expansión mundial de la industria y el comercio creó una sociedad humana universal y abierta en la que las diferencias étnicas, las fronteras y los Estados carecían de sentido. En gran parte del pensamiento anarquista, y también del pensamiento Marxista, la sociedad dejaba de verse como el resultado de las relaciones entre los seres y las clases, y se suponía que la revolución iba a suceder debido a un impulso universal hacia una humanidad unificada. Esta era más una explicación tecnológica de la historia que una explicación social.

El Marx determinista, sin embargo, no era el Marx completo, quien mostró un profundo y prolongado interés por lo que no encajaba en la sucesión lineal de las fases históricas. Escribió extensamente sobre las comunas campesinas auto-organizadas con propiedad colectiva de la tierra, y concibió claramente la posibilidad de saltarse la etapa capitalista en Rusia. Sea lo que fuere lo que Kropotkin pensó de Marx, bastantes ideas del anarquista ruso hacen eco a las del famoso exiliado londinense.

Sin embargo, como sabemos, esos puntos de vista más tarde fueron descartados tanto por marxistas reformistas y revolucionarios por igual. El marxismo se convirtió en la ideología del desarrollo económico. Si el capitalismo se socializa cada vez más, hay poca necesidad de revolución: las masas organizadas eventualmente pondrán un final (principalmente pacífico) a la anarquía burguesa. Para resumir, el socialismo no rompe con el capitalismo: lo realiza. Los socialistas radicales solo diferían de los gradualistas en que incluían la necesidad de violencia en este proceso. En *El Imperialismo, fase suprema del Capitalismo* (1916), Lenin hizo mucho énfasis en el hecho de que los grandes konzerns y carteles alemanes ya estaban organizados y centralizados desde arriba: si los administradores burgueses eran reemplazados por la propia clase trabajadora, y esta planificación racional se extendía desde cada trust privado hacia toda la industria, la totalidad del tejido social se vería alterado. Esta

no era, ni quería ser, una ruptura con mercancía y la economía.

Cualquier definición económica del comunismo permanece dentro del ámbito de la economía, es decir, de la separación del tiempo y el espacio productivo del resto de la vida. El comunismo no se basa en la satisfacción de las necesidades tal como existen ahora o incluso como podríamos imaginarlas en el futuro. Es un mundo en el que las personas establecen relaciones y se involucran en actos que les permiten alimentarse, cuidarse, alojarse y enseñarse... a sí mismos. El comunismo no es una organización social. Es una actividad. Es una comunidad humana.

## **Capital & trabajo hoy**

El corazón del problema es la interacción entre dos componentes básicos del capitalismo: capital y trabajo asalariado. No sirve de nada preguntarse cuál de los dos determina el otro. No hay una sola variable pueda dar cuenta de la evolución del todo. Aun así, si los salarios aumentan demasiado en relación con la productividad, hay disfunciones en el capital. Por el contrario, si los salarios son demasiado bajos, el capital también se desequilibra. Es innecesario decir que el umbral de rentabilidad óptima, deseable, aceptable o insuficiente difiere entre 1851 y 2011, así como en Turín y Harbin en 2011. El nivel de los salarios debe ser capaz de pagar la reproducción de la fuerza de trabajo, es decir, ser suficiente para la mantención del trabajador y de su familia. Un parámetro importante es hasta qué punto el ciclo económico depende del consumo de los trabajadores, y obviamente esta extensión es mucho mayor en Turín que en Harbin.

Después de 1980, el contraataque de la burguesía fue exitoso... incluso demasiado. La negación sistemática del papel del trabajo (es decir, la reducción sistemática de la mano de obra y la reducción de los costes laborales) genera beneficios a corto plazo, pero en detrimento de las ganancias a largo plazo. Las cifras globales de crecimiento del comercio y de la producción mundial en los últimos treinta años oscurecen lo esencial: todavía no hay suficientes ganancias para todos.

Los cambios realmente sorprendentes provocados por el neoliberalismo conciernen principalmente al control, la información y la gestión, y no han generado una “tercera revolución tecnológica” de alcance social e impacto histórico comparable al taylorismo, el fordismo y el keynesianismo (véase Gopal Balakrishnan, “Especulaciones sobre el Estado estacionario”, *New Left Review*, n.º 59, septiembre-octubre de 2009). En 2004, varias empresas francesas aumentaron sus ganancias anuales en un 55%, principalmente porque se liberaron a sí mismos de sus sectores menos rentables. La pregunta es hasta qué punto la rentabilidad insuficiente puede ser compensada por una estrategia que beneficie a una minoría arraigada en nichos estratégicos (el creciente negocio de alta tecnología, las empresas con fuertes vínculos con el gasto público y, por último, pero no menos importante, las finanzas). No hay nada nuevo aquí. Aquello que se denominaba economía mixta o capitalismo monopólico de Estado en el periodo que va de 1950 a 1980, estaba fundando sobre una constante transferencia de dinero desde la totalidad de los negocios hacia unas pocas compañías. Pero el funcionamiento de un sistema de este tipo implicaba un mínimo de dinamismo: las empresas más poderosas no habrían sido capaces de atraer y acumular ganancias si la rentabilidad general hubiera sido insuficiente.

La actual dificultad de la burguesía no consiste en volver al equilibrio anterior a 1970. No más de lo que era en 1930 volver a un capitalismo de libre comercio que había terminado a fines del siglo XIX. El dilema burgués de hoy es inventar un nuevo contrato social por medio del cual el trabajo pueda ser tratado y conducido de tal forma que impulse el sistema. Los medios para lograr esto diferirán en Turín y en Harbin, pero el objetivo será el mismo en ambas ciudades.

Como sucedió en la década de 1920, lo que ahora falta es una sólida base social: el trabajo asalariado se ha extendido sin el correspondiente consumo masivo. En 1960, los trabajadores de la empresa Ford podían comprar automóviles (a menudo un modelo de Ford) y los trabajadores franceses de Renault comprarían un Renault barato. Hoy en día, el símbolo del crecimiento mundial es la fabricación de productos hechos en China que la mayoría de los trabajadores chinos no pueden pagar y que los clientes estadounidenses compran

a crédito. A diferencia de 1950, el capitalismo del siglo XXI no puede desenvolverse con una acumulación de dinero en un polo (capital) y una reducción absoluta de los costos en el otro polo (trabajo). Y menos aún a partir de extraordinarias ganancias especulativas hechas a expensas de la economía “real”. Si hay una lección que aprender de Keynes, es que el trabajo asalariado es tanto un costo como una inversión.

## **No existe un capitalismo ecológicamente reformado**

Hay una diferencia entre el capitalismo de principios del siglo XXI y el capitalismo de los años 30s y 40s. El capitalismo contemporáneo no puede evadir la cuestión de su entorno natural. El valor no se produce fuera de una capa de aire respirable (de hecho, el aire “puro” está escaseando). La virtualidad puede ser un emocionante mito de la ciencia ficción, pero no hay capitalismo sin fabricación (y mucha), es decir, sin mucho desperdicio. La necesidad de que cada empresa independiente maximice su productividad implica una indiferencia por lo que se encuentra fuera de la puerta de la fábrica, y una tendencia a tratar a la naturaleza como materia prima para procesarla y utilizarla. (ver *Asesinando a los muertos*. Amadeo Bordiga sobre el capitalismo y otros desastres, Antagonism, Londres, 2001.) Los ecologistas tienen razón cuando repiten que la forma de vida occidental no se puede extender a 6 o 9 mil millones de personas.

Esto no quiere decir que el capitalismo hoy está enfrentando un límite natural insuperable debido a factores ecológicos que finalmente obligarían a la humanidad a deshacerse del capitalismo, y billones de terrícolas podrían hacer, y lo harían, una revolución ecológica (allí donde la clase trabajadora no logró hacer una revolución comunista). Desafortunadamente, la historia no conoce tales límites insuperables. Las civilizaciones, de hecho, cambian por razones sociales. El capitalismo solo puede ser detenido por la voluntad y la capacidad de los proletarios para transformarlo en algo totalmente distinto. De lo contrario, el sistema encontrará nuevas formas y nuevos medios para seguir adelante. Tal vez algún día una central nuclear explotará y matará a la mitad de los habitantes de Nueva York o Tokio, mientras que la otra mi-

tad tendrá que sobrevivir bajo tierra. Ninguna “crisis mortal” o “crisis final” ha destruido al capitalismo. Las catástrofes ecológicas tampoco lo harán.

## **El proletariado como contradicción**

Hasta ahora, la mayoría de las veces, incluso de manera militante, los proletarios han luchado para mejorar su suerte dentro de esta sociedad: el trabajo intenta sacar el máximo provecho del capital, no abolir la relación capital/trabajo. Reconocer esto es una condición primaria para entender lo que el movimiento comunista tiene enfrentar.

Sin embargo, tampoco entenderemos nada si no lo ponemos en perspectiva. La innegable tendencia reformista profunda que ha prevalecido durante más de 150 años se ha afirmado en relación con -y de hecho alimentada con- esfuerzos radicales presionados por pequeñas (y a veces grandes) minorías proletarias que apuntan a lo que podríamos llamar comunismo. Ningún otro grupo social ha actuado tan persistentemente de esa manera.

Esto ha sido y es así porque los proletarios están ubicados al mismo tiempo dentro y fuera del capitalismo, y actúan en consecuencia. Están en este mundo pero no son de este mundo. Los burgueses viven, prosperan y permanecen dentro de una lógica social que les beneficia. En el otro extremo del espectro social, muchos grupos sufren el actual orden de las cosas, pero están tan excluidos que tienen poco potencial para destruirlo: pueden participar en su supresión, pero es poco probable que la comiencen. . Sólo los proletarios pueden ...

... lo que no significa que lo harán. No pretendamos que cualquier conflicto de base en la tienda o en la calle, especialmente si se vuelve violento, podría contener las semillas del cambio comunista: la evidencia histórica apunta a lo contrario. Pero la capacidad del trabajo para defenderse “contra las intrusiones del capital”, como dijo Marx, es una condición de su capacidad para atacarlo. Resistir la opresión y la explotación no es lo mismo que eliminar por completo la opresión y la explotación. Sin embargo, la incapacidad de



defenderse es un signo seguro de impotencia general. Es un error ser completamente reacio acerca de aquello que se denomina demandas de pan y mantequilla.

Lo cierto es que las demandas de pan y mantequilla no lograrán unir a los proletarios. A lo sumo, unirán a los proletarios de un país, y solo por un tiempo. Los intereses a corto plazo (pedir más dinero, menos trabajo o luchar para salvar puestos de trabajo) rara vez coinciden, y de hecho generalmente son divisivos. La convergencia solo tendrá lugar contra el trabajo asalariado y la sociedad que se fundamenta en él.

La contradicción entre organizaciones reformistas (que a menudo se vuelven derechamente contrarrevolucionarias, como lo demostró la socialdemocracia Alemana en 1919 y después el Stalinismo) y minorías radicales es también una contradicción dentro de los proletarios, e incluso dentro de cada proletario entre reformismo y radicalidad.

\*\*\*



# CRISIS DE CIVILIZACIÓN



Todas las crisis históricas son crisis de reproducción social. Intentaremos investigar cómo la crisis actual, al igual que otras del pasado y a diferencia de ellas, obliga a la sociedad a enfrentarse a las contradicciones que antes estimulaban su dinámica pero que ahora la llevan a una coyuntura crítica<sup>19</sup>.

Toda gran crisis obliga a los grupos sociales a enfrentarse a las profundas contradicciones de la sociedad. En el capitalismo, la confrontación de clases es el motor principal que hace avanzar a la sociedad: obliga a la burguesía a adaptarse a la presión laboral, a «modernizarse». La crisis se produce cuando estas presiones, antes positivas, tensan el tejido social y amenazan con desgarrarlo.

Contradicción no significa imposibilidad. Hasta ahora, todas las grandes crisis han terminado con el sistema logrando salir adelante y volviéndose finalmente más adaptable y pro-teico. Ninguna crisis «definitiva» está automáticamente contenida en las contradicciones más agudas.

## **1: ¿Por qué la «civilización»?**

El capitalismo está impulsado por un dinamismo social y productivo, y por una capacidad regenerativa inaudita, pero tiene esta debilidad: por su misma fuerza, por la energía humana y la potencia técnica que pone en marcha, desgasta lo que explota, y su intensidad productiva sólo es paralela a su potencial destructivo, como demostró la primera crisis de civilización que atravesó en el siglo XX.

No hay aquí ningún juicio de valor implícito. No oponemos los pueblos civilizados a los salvajes (incluso a los buenos o nobles) o a los bárbaros. No celebramos las «grandes civilizaciones» que habrían sido testigos del progreso de la humanidad. Por otra parte, no utilizamos la palabra en el

---

<sup>19</sup> Este es el cuarto capítulo de un libro que será publicado por PM Press, *From Crisis to Communitisation*. Otros capítulos tratan del «Legado» (los años 60-70), el «Nacimiento de una noción», «El trabajo deshecho», «Problemas en la clase», «Insurrección creativa» y «Una verdadera escisión» (una crítica a algunos exponentes de la comunicación).

sentido despectivo que tiene con escritores como Charles Fourier, que llamaba «civilización» a la sociedad moderna plagada de pobreza, comercio, competencia y sistema de fábricas. Tampoco nos referimos a esas enormes construcciones socio-culturales geo-históricas conocidas como civilizaciones occidentales, judeo-cristianas, chinas o islámicas.

La civilización de la que hablamos no sustituye la noción de modo de producción. Simplemente pone de relieve el alcance y la profundidad de un sistema mundial que tiende a ser universal, y que también es capaz de trastornar y luego remodelar todo tipo de sociedades y modos de vida. El dominio del trabajo asalariado y de la mercancía sobre nuestra vida les confiere una realidad y una dinámica desconocidas en el pasado. El capitalismo es hoy la única red global de relaciones sociales capaz de expandirse geográficamente y, teniendo en cuenta las respectivas diferencias, de impactar tanto en Yakarta como en Vilnius. La difusión de un modo de vida capitalista mundial es visible en hábitos de consumo (McDonald's) y arquitectura (rascacielos) similares, pero tiene su causa profunda en el dominio de la producción de valor, de la productividad, de la pareja capital-salario.

El concepto de modo de producción es contemporáneo del capitalismo. Independientemente de que Marx haya inventado o no la expresión, se ha hecho común desde el siglo XIX porque el capitalismo nos impone la imagen de factores de producción combinados para dar lugar a un producto o un servicio comprado o vendido en un mercado, y de una sociedad regida por la oferta/demanda y la productividad.

Luego el concepto se aplicó retrospectivamente (a menudo de forma inadecuada) a otros sistemas, pasados y presentes: el modo de producción asiático o el doméstico<sup>20</sup>. Sea cual sea

---

<sup>20</sup> Marshall Sahlins sugirió la existencia de un modo de producción doméstico, basado en una economía campesina centrada en el hogar, con poco intercambio y apenas dinero.

Desde un ángulo muy diferente, la feminista materialista Christine Delphy retoma el concepto de Marx y lo duplica. El trabajo doméstico (realizado en el seno de la familia por mujeres no remuneradas en beneficio de los hombres) se teoriza como lo suficientemente específico como para ser la base de un modo de producción doméstico o

la relevancia de estas derivaciones, rinden homenaje a la presencia abrumadora del modo de producción capitalista.

La civilización capitalista difiere del imperio, que tiene un corazón, un núcleo, y cuando el núcleo se marchita y muere, todo el sistema a su alrededor también lo hace. Por el contrario, el capitalismo es un sistema mundial policéntrico con varias hegemonías rivales, que continúa como una red global si una de las hegemonías expira. Ya no hay un interior y un exterior como en los imperios mesopotámico, romano, persa, de los Habsburgo o el chino.

Una crisis de civilización se produce cuando las tensiones que antes ayudaban a la sociedad a desarrollarse amenazan ahora sus fundamentos: siguen manteniéndose, pero se tambalean y su legitimidad se debilita.

Como es sabido, la tensión y el conflicto son un signo de salud en un sistema que se nutre de sus propias contradicciones, pero la situación cambia cuando sus principales componentes crecen en exceso como células cancerosas.

Hace un siglo, el capitalismo experimentó una crisis tan larga, de la que la «crisis de 1929» no fue sino el clímax, y el capitalismo sólo salió de ella después de 1945. Repasar ese período ayudará a entender el nuestro.

## **2: Una guerra civil europea**

A finales del siglo XIX, el capitalismo tal y como existía ya no era viable, a ambos lados de la «pareja» capital-trabajo: las fuerzas productivas de la industria eran demasiado grandes para ser gestionadas por propietarios privados, y el movimiento obrero demasiado poderoso para que se le negara persistentemente un papel social y político. El capitalismo afrontó la cuestión de diversas maneras. No se volvió «socialista», sino que se socializó a sí mismo, lo que llevó décadas e incluyó resistencias, contragolpes y reacciones directas. (El

---

patriarcal, que según Ch. Delphy coexiste con el modo capitalista en las sociedades capitalistas.

fascismo fue una de ellas, una socialización nacional forzada desde arriba, como lo fue el estalinismo de otra manera). La evolución comenzó con el trade-unionismo inglés a finales del siglo XIX y culminó en la sociedad de consumo posterior a 1945.

Para llegar a esa etapa se necesitó nada menos que una guerra civil europea.

Los años 1914-18 y 1939-45 fueron mucho más que conflictos interestatales, y su violencia paroxística no se debió únicamente a la capacidad de exterminio de la industria. La arrogancia política y militar desencadenada por la II Guerra Mundial sigue siendo un misterio si descuidamos el enfrentamiento de los años 20 y 30 entre una clase obrera militante e inquieta, y una burguesía que vacilaba entre la represión y la integración, combinando ambas sin optar por una u otra. La Alemania imperial y luego Weimar fueron ejemplos perfectos de esta situación, pero también lo fueron Gran Bretaña, donde los burgueses libraron una guerra de clases en los años 20, especialmente contra los mineros, y EEUU, donde la sindicalización se hizo imposible de facto para millones de trabajadores no cualificados.

En los años 1914-18, la matanza mutua estuvo a punto de provocar la autodestrucción de los beligerantes, al menos hasta la intervención estadounidense en 1917. La limitación militar ilustró el poder explosivo de la contradicción de un sistema dedicado a eliminar los restos del pasado, al tiempo que intentaba reunir en las trincheras a las clases de cada país. 1918 apenas resolvió nada. El país más avanzado, Estados Unidos, exportó sus capitales a Europa al mismo tiempo que se retiraba políticamente del continente. Cuatro imperios caducos se desmoronaron y la democracia parlamentaria avanzó, pero careció de medios para actuar como mediadora social. Las dos clases estructurantes de la sociedad moderna permanecieron en un punto muerto.

El período 1917-39 rompió la economía internacional nacida a finales del siglo XIX (la «primera globalización»). Fue una época de dislocación, de auge nacionalista, de conflictos entre los Estados y dentro de ellos, con la creación de nuevos Estados-nación sin verdadera base «nacional», por falta de un mercado interno que hubiera podido ayudar a crear una

unidad popular. (Dos de ellos, Checoslovaquia y Yugoslavia, se desintegrarían en el momento de la «segunda globalización»). La dependencia mutua de las economías nacionales del mercado mundial es esencial para el capitalismo (incluso la URSS nunca estuvo totalmente amurallada), pero este proceso se logra con una sucesión y combinación de apertura (liberalismo) y cierre (nazismo y estalinismo). En medio de estas fallas, la crisis de 1929 añadió más colisiones de clase.

En Alemania, no fue la enorme tasa de desempleo lo que provocó el ascenso de los nazis: fue la situación alemana en su conjunto desde 1918. El crack del 29 aceleró el ascenso de Hitler al agravar los factores políticos que habían minado Weimar desde 1918. A partir de 1930, el crack facilitó el advenimiento de un Estado autoritario, que gobernaba mediante decretos gubernamentales que privaban al parlamento de poder real. Redujo a la nada la capacidad reformista del SPD y del Centrum, marginó aún más al KPD y aumentó la discrepancia entre una fachada democrática y una deriva reaccionaria hacia el pasado, ilustrada por la difusión de la nostalgia *völkisch*, que transmitía un estado de ánimo y una cultura nacionalista-racista crecientes. (Desgraciadamente, idealistas como Ernst Bloch estaban mejor equipados para entender este giro temporal -cuando el pasado se superponía al presente- que la mayoría de los materialistas cautivos de una visión lineal de la historia<sup>21</sup>). El año 1929 significó finalmente la desunión de Alemania y reclamó fuerzas políticas capaces de reunificar el país (las clases) mediante la violencia. Las fortunas se arruinaron y las creencias también. Había que llenar un vacío político, y no se hizo de forma pacífica. Hasta 1929, la «revolución conservadora» seguía siendo una contradicción en las palabras: en los años 30, el oxímoron se hizo realidad. Al tiempo que militarizaba Alemania, el nazismo volvió a forjar una comunidad popular forzada y encerrada en la raza alemana<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Sobre el progreso/retroceso histórico: Detlev J.K. Peukert, *La República de Weimar: La crisis de la modernidad clásica*, 1992 (edición alemana, 1987).

<sup>22</sup> Conan Fisher, *The Rise of the Nazis*, 2002. Para un buen libro sobre la Alemania de Hitler: Adam Tooze, *Wages of Destruction. The*



La guerra nazi era una persecución frontal en una lucha a todo o nada, que implicaba un genocidio planificado y suponía la autoinmolación final del país: el régimen sacrificaba la unidad alemana antes que ceder ante enemigos claramente superiores. El hecho de que los nazis se enfrentaran militarmente a tres grandes potencias al mismo tiempo era absurdo desde un punto de vista pragmático, pero coherente con el ascenso al poder de los nazis y la lógica del régimen. No se trataba de una guerra al estilo de Clausewitz que pretendía alcanzar una superioridad decisiva y detenerse cuando se alcanzara ese objetivo: para Hitler, aniquilar a los judíos y esclavizar a los polacos y a los rusos era una prioridad.

En ambas conflagraciones mundiales, Alemania se situó en el epicentro, con una industria pesada en el centro, constreñida por un marco geopolítico que le impedía exportar todo lo que su poder productivo requería.

Varios autores han sugerido la idea de una «guerra civil europea» de 1917 a 1945, pero los archiconservadores, como Ernst Nolte, son los que mejor han destacado el trasfondo de clase de ese periodo por su «reacción de clase» y su sesgo político<sup>23</sup>. Independientemente de lo que pensemos de la revolución rusa y de su desaparición, la toma del poder por parte de los bolcheviques fue una amenaza de muerte para la burguesía en todo el mundo. Es imposible entender a Mussolini y a Hitler si olvidamos el miedo (que combina hechos y fantasía) de la clase obrera entre los burgueses, un miedo compartido por una gran parte de los pequeños burgueses.

Aunque la clase obrera nunca intentó seriamente derrocar el dominio burgués en Europa Occidental después de 1918, lo que importaba era que los sindicatos y los partidos socialistas fueran percibidos como un desafío al que había que hacer frente. El fascismo se diferenciaba de las variantes anteriores de la reacción a lo largo del siglo XIX: tenía raíces

---

*Making & Breaking of the Nazi Economy*, 2006. Sobre el periodo 1917-37, G. Dauvé, *When Insurrections Die* (1999), en el sitio de Troploin.

<sup>23</sup> La guerra civil europea 1917-45 de E. Nolte (publicada en Alemania en 1987) no ha sido traducida al inglés. Es más ideología que historia.

en el mundo industrial, atraía a las multitudes, alababa la técnica tanto como elogiaba la tradición, en ese sentido participaba de la modernidad. Contra el fascismo, Roosevelt y los Frentes Populares reunieron al movimiento obrero y a los burgueses dispuestos a dejar que el trabajo desempeñara su papel político junto al capital. En esa contienda, el movimiento obrero burocratizado dirigido por el estalinismo era a la vez aliado y rival de las burguesías occidentales. Por tanto, era lógico que la resistencia nacional contra la ocupación alemana adoptara a menudo un aspecto y un discurso anti-burgués contra las élites tradicionales asociadas al fascismo, en Yugoslavia, en Grecia y en Italia, donde la guerra patriótica, la guerra civil y la guerra de clases se mezclaron contra el enemigo nazifascista.

En 1939-45, en lugar de una lucha entre proletariado y burguesía, pero como subproducto de esa lucha antes inconclusa, se enfrentaron tres formas de capitalismo: la versión estatista burocrática rusa aliada temporalmente a la variante liberal anglosajona, contra el intento alemán (y en menor medida japonés) de crear imperios autosuficientes.

Después de 1945, en Europa occidental y en Japón, el parlamentarismo y el Estado constitucional cumplieron por fin su función: reunir a un «pueblo» como nación que integrara a la clase trabajadora. En 1943, un político tory, Quintin Hogg, dijo sobre los trabajadores ingleses: «Debemos darles reformas o ellos nos darán la revolución». La frase era excesiva, pero significativa.

1945 iba a ser diferente de 1918. Al final de la Primera Guerra Mundial, el país capitalista más poderoso se apartó de la política europea: Estados Unidos se negó a formar parte de la Sociedad de Naciones y mostró poco interés por el ascenso de la Alemania nazi. Mientras Roosevelt estaba ocupado con el New Deal, apenas se preocupó por la guerra en España. En 1945, las dos grandes potencias, EE.UU. y la URSS, no se limitaban a gobernar sus propios países: cada una tenía la capacidad y el proyecto de extender su dominio sobre otras partes del mundo. Del mismo modo, los burgueses no se contentaban con tener la sartén por el mango sobre los trabajadores: la clase dominante organizaba la relación capital-trabajo de manera que se consolidara y perpetuara.

### 3: Cómo el capitalismo globalizó su crisis de los años 60 y 70

La «paz social» posterior a los años 45 se limitó a unos pocos países dominantes, e incluso allí «el trabajador acomodado» era un mito<sup>24</sup>. Aun así, Europa Occidental desarrolló varias formas de Estado de Bienestar para pacificar a las masas trabajadoras que preocupaban a Q. Hogg, y los gobiernos fuertemente endeudados (respaldados por el crédito estadounidense y canadiense) consiguieron producir la financiación. Se llegó a un acuerdo tácito.

En las últimas décadas del siglo XX, la presión de los trabajadores desestabilizó esta consolidación. Se sabe mucho sobre una crisis que comenzó hace cuarenta años. Sólo señalaremos dos puntos. Los burgueses lograron sofocar el malestar obrero en los años 60 y 70, pero (a) no abordaron el verdadero problema, y (b) la forma en que se obtuvo esta «victoria» y sus consecuencias han llevado a un mayor desequilibrio social. Este § 3 analiza el punto a. Los siguientes párrafos tratarán el punto b.

A principios de los años 70, la producción capitalista se encontraba con su inevitable apuro periódico: la sobreacumulación crea una masa de valor tan grande que el capital es incapaz de valorizarla al mismo ritmo que antes. Las formas demasiado visibles de sobrecapacidad y sobreproducción, por no hablar de la «crisis fiscal» del Estado, revelaban la desaceleración de las ganancias<sup>25</sup>.

Se suponía que la reingeniería empresarial y la globalización lo habían remediado.

Como sugiere la palabra, la globalización se percibe como la creación de un mercado planetario abierto en el que las inversiones, los bienes y las personas podrían (o deberían) moverse libremente a su antojo.

---

<sup>24</sup> E. Hopkins, *The Rise & Decline of the English Working Class 1918-90: A Social History*, 1991.

<sup>25</sup> J. O'Connor, *La crisis fiscal del Estado*, 1973.

Esto es engañoso.

En primer lugar, los monopolios y oligopolios no han acabado con el dominio del Estado, que de hecho se está fortaleciendo en términos de ley y orden, y el proteccionismo no ha terminado.

En segundo lugar, ¿cuál es el fondo de la globalización?

Reducción de personal, precarización, sustitución del contrato individual por la negociación colectiva, externalización de la fabricación de un continente a otro, promoción del sector servicios en detrimento de la industria... toda la «reestructuración» de los años 80 y 90 se basó en un factor privilegiado: la reducción sistemática de los costes laborales.

La reducción de los salarios es una constante burguesa. «El alma secreta más íntima del capitalismo inglés [es] el forzamiento de los salarios ingleses al nivel de los franceses y holandeses. [...] Hoy, gracias a la competencia en el mercado mundial [...] hemos avanzado mucho más». Marx cita a un diputado inglés diciendo que «Si China se convirtiera en un gran país manufacturero, no veo cómo la población manufacturera de Europa podría sostener la contienda sin descender al nivel de sus competidores.» Marx concluye: «El objetivo deseado por el capital inglés ya no son los salarios continentales sino los chinos». (El Capital, vol. I, cap. 24, § 4)

Los salarios, sin embargo, aunque son la variable más importante del capitalismo, no son la única.

Un remedio puede resultar peor que la cura.

Los aumentos de productividad volvieron a ser elevados en la década de 1990, especialmente en Estados Unidos, gracias a la informatización, la eliminación de las industrias de chimeneas y la inversión en la fabricación de bajo coste laboral en Asia. Pero, por mucho que los ordenadores y los contenedores ayuden a comprimir y transferir la mano de obra, sólo parchean las causas del descenso de los beneficios. Todas las características críticas de los años 70 siguen presentes cuarenta años después, enmascaradas por los beneficios obtenidos por una minoría de empresas y por los beneficios inesperados del sector financiero.

Los enormes cambios técnicos actuales, en particular la informatización de la producción y de la vida cotidiana, se malinterpretan como una tercera «revolución tecnológica» de magnitud comparable a las provocadas por la máquina de vapor a principios del siglo XIX, y por la electricidad y el motor de combustión interna a finales del XIX y principios del XX. Se olvida así que las fuerzas productivas no son meros instrumentos técnicos. Por sí solas, la gasolina y la química no habrían bastado para generar una expansión industrial entre 1870 y 1914, y el taylorismo-fordismo fue mucho más que la cinta transportadora.

El dilema social del periodo de entreguerras (acumulación intensiva sin consumo de masas) se había resuelto en el boom posterior al 45: acumulación intensiva con consumo de masas al transformar parte de las ganancias de productividad en salarios más altos. Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos exportaría bienes diferentes a los entonces conocidos en Europa, fabricados por otro tipo de gestión, y precursores de un estilo de vida innovador. Por el contrario, a finales del siglo XX, los tigres y dragones asiáticos, los «países de la nueva industria», como se les llamó, y ahora China, etiquetada con demasiada rapidez como «el taller del mundo», aprovechan las técnicas existentes y fabrican los mismos objetos que se fabrican en Occidente, aunque a menor coste. Como la oferta supera a la demanda, los precios se ven presionados a la baja... y también los beneficios. La «larga decadencia» iniciada a mediados de los años 70 se ha compensado, pero no se ha resuelto. Una nueva fase de acumulación implicaría algo más que la tecnología, y requeriría nada menos que la puesta en marcha de nuevas formas de producción y de trabajo, es decir, otro régimen de acumulación y otro modo de regulación. Por el contrario, las economías emergentes se apoyan en un neotaylorismo sin fordismo<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Parece que hay dos tendencias entre los críticos del capitalismo en su fase neoliberal. Una escuela de pensamiento, la más conocida con diferencia, insiste en el papel depredador de las finanzas sobre la economía «real». Otra escuela, sin negar el impacto del capital financiero, duda de la realidad actual de esta economía real. Aunque no pretendamos zanjar una cuestión difícil en unas pocas líneas, esa se-

La burguesía ha intentado una vez más cortocircuitar a su socio-oponente mediante un arreglo tecnológico indirecto, esta vez mediante un salto hacia adelante en MTC (Medios de Transporte y Comunicación): esto es tan exitoso como el crecimiento dosificado puede durar.

Además, la economía china no se centra en sí misma y, por el momento, ningún indicador muestra que vaya a dejar de ser excesivamente dependiente de las exportaciones.

Además, a medida que se traslada de las antiguas metrópolis industriales a Asia, la mano de obra se organiza, presiona las reivindicaciones y las subidas salariales en China empiezan a obligar a las empresas a invertir en países con una mano de obra supuestamente más dócil.

Globalizar un problema no es suficiente para resolverlo. Los costes internos de producción, así como los costes externos y sociales (para remediar los daños medioambientales) no pueden ser compensados por los aumentos de productividad en la empresa, especialmente en los países que han optado por una economía de servicios. La revolución de la rentabilidad experimentada en la agricultura y la industria nunca tendrá la misma escala en el sector de los servicios: algunos son idóneos para la normalización (telecomunicaciones), otros no (sanidad).

No es necesario insistir en el hecho de que, desde 2008, las clases dirigentes han tratado la crisis con medios que la perpetúan. Disminuir las rentas del trabajo en aras de reducir el déficit de las empresas y de los gobiernos, e inyectar más dinero en efectivo en los bancos, no abordará la cuestión de fondo: la insuficiencia de la creación de valor y de la inversión, que ninguna expansión comercial puede compen-

---

gunda tendencia tiene el mérito de cuestionar no tanto la parte de los beneficios que se apropia una ínfima minoría, sino la materialidad de esos beneficios. Según autores como G. Balakrishnan (*Especulaciones sobre el Estado estacionario*, en *New Left Review*, nº 59, 2009), el desarrollo tecnológico y social ha sido considerable -sobre todo, en el control del trabajo-, pero «no ha conseguido liberar una revolución de la productividad que reduzca los costes y libere ingresos para una expansión general» (Balakrishnan). Véase también W. Streeck, *How Will Capitalism End ?*, en *New Left Review*, # 87, 2014.

sar, en particular una expansión soplada por el crédito. La burguesía va por el camino opuesto al que ayudó a salir de la Depresión de los años 30: apoyo a la demanda, regulación pública, inversión a largo plazo.

Así que, si el capitalismo empezó de nuevo en la caída del siglo XX, su victoria no fue lo que parecía. La crisis actual revela que el auge de los 80 y los 90 no superó el predicamento de los 70: exceso de capacidad, sobreproducción, sobreacumulación, rentabilidad decreciente. El crecimiento mundial de los últimos treinta años es innegable y poco sólido. Su éxito se basa en causas que contradicen la lógica del sistema: el capitalismo no puede tratar de forma duradera el trabajo sólo como un coste que hay que reducir a toda costa, priorizar el sector financiero, vivir de la deuda, ni extender el *american way of life* en todos los continentes. Cada terrícola, o incluso un par de miles de millones, no poseerá su propio coche, piscina y césped regado.

#### **4: Falacia del neoliberalismo**

Mientras que a cada uno de nosotros se le anima a vivir a crédito, se supone que los Estados se rigen cada vez más por el principio del «hombre prudente» de la gestión responsable: «No gastemos más dinero público del que tenemos».

De hecho, el neoliberalismo de finales del siglo XX tiene poco que ver con el liberalismo del siglo XIX, cuando los burgueses solían recortar el gasto público, argumentando que esas sumas mermarían su propio dinero ganado con esfuerzo y disminuirían la inversión. El papel del Estado y su presupuesto debían reducirse al mínimo.

Esto no es en absoluto lo que iniciaron Thatcher y Reagan. Cuando aumentaron el gasto público mediante la financiación de la deuda, no ayudó a resolver la crisis fiscal del Estado, ni era el objetivo de esa política: su doble propósito era reducir la carga fiscal de las empresas y la capacidad de los trabajadores de presionar sobre los beneficios. La privatización y la desregulación de la industria y de la banca (proceso inaugurado en Estados Unidos por J. Carter y continuado por B. Clinton después de 1993) tenían como objetivo rom-

per el marco institucional que proporcionaba a los trabajadores medios para defenderse (el famoso «compromiso fordista»). El neoliberalismo acababa con las mediaciones que daban un poco de protección individual y colectiva frente a las fuerzas del mercado.

Esto tenía que ocurrir en el núcleo del sistema: la industria manufacturera, el transporte, la energía, es decir, los sectores que eran (y siguen siendo) vitales y en los que la organización y el malestar de los trabajadores eran mayores. Así que el ataque se dirigió naturalmente a los trabajadores de las grandes fábricas y de la siderurgia, a los mineros, a los estibadores, a los controladores aéreos... Como esos sectores clave fueron derrotados, las finanzas aprovecharon la oportunidad para impulsar su propio interés a expensas de la industria: esto fue un efecto secundario de la evolución, no su causa.

El ascenso de Asia fue otra consecuencia de la derrota laboral. Los burgueses estadounidenses, europeos y japoneses empezaron a tener productos fabricados en Asia o América Latina, y luego abrieron sus mercados a las importaciones chinas, sólo después de haber aplastado la militancia obrera en sus propios países.

## **5: Salarios, precios y beneficios**

Se están escribiendo una serie de artículos para explicar cómo los burgueses (normalmente llamados ricos) han estado robando a los pobres durante las últimas décadas. Muy cierto, pero la cuestión relevante es si después de 1980, el contraataque burgués al trabajo tuvo éxito... o demasiado. La negación sistemática del papel del trabajo (es decir, la reducción sistemática de la mano de obra y el recorte de los costes laborales) aporta beneficios a corto plazo, pero resulta perjudicial a largo plazo. Las cifras de crecimiento global del comercio y la producción mundiales de los últimos treinta años ocultan lo esencial: todavía no hay suficientes beneficios para todos. Una circulación de capitales más rápida no coincide necesariamente con una mejora de los beneficios. En 2004, varias empresas francesas aumentaron sus benefi-



cios anuales en un 55%, principalmente porque se liberaron de sus sectores menos rentables. La cuestión es hasta qué punto una rentabilidad insuficiente puede ser compensada por una estrategia que beneficia a una minoría atrincherada en nichos estratégicos (el negocio de alta tecnología en expansión, las empresas con fuertes vínculos con el gasto público y, por último, las finanzas). Aquí no hay nada nuevo. Lo que se denominó economía mixta o capitalismo monopolista de Estado en el período 1950-80 también se basaba en una transferencia constante de dinero desde el conjunto de las empresas hacia unas pocas empresas felices<sup>27</sup>. Pero el funcionamiento de un sistema así implicaba un mínimo de dinamismo: las empresas más poderosas no habrían podido llevarse más que su parte de beneficios si la rentabilidad global hubiera sido escasa.

El capitalismo no es simplemente una acumulación de dinero en un polo (el capital) y un abaratamiento de los costes en el otro (el trabajo). Y menos aún una acumulación de beneficios especulativos obtenidos a costa de la economía «real», es decir, de las empresas que fabrican y venden artículos (ya sean teléfonos móviles o películas compradas en línea). El capitalismo no puede ser sólo dinero vendido por dinero.

Desde mediados del siglo XIX, el capital siempre ha tenido que tener en cuenta el trabajo, incluso bajo Stalin y Hitler<sup>28</sup>. Si hay una lección que aprender de Keynes, es que el trabajo es tanto un coste como una inversión.

Hay un límite a lo que el capitalismo puede excluir sin llegar a un estadio altamente crítico: en un mundo en el que reinan la economía y el trabajo, la continuidad y la estabilidad del orden social existente dependen de su capacidad para poner al menos una cantidad justa de proletarios a trabajar productivamente.

Productivo en más de un sentido: productivo de valor para que las empresas lo acumulen e inviertan; productivo de

---

<sup>27</sup> Paul Mattick, *Marx & Keynes. The Limits of the Mixed Economy*, 1969.

<sup>28</sup> Tim Mason, *Nazism, Fascism & the Working Class*, 1995.

riqueza para las clases dominantes y de dinero para los impuestos; productivo de lo necesario para el mantenimiento y la reproducción de los desposeídos como grupo diferenciado y como reserva de mano de obra potencial; productivo del mantenimiento necesario de lo que queda de otras clases; y productivo de «sentido», de ideas colectivas, imágenes y mitos capaces de unir a las clases y llevarlas hacia algún objetivo común: una sociedad, y esto se aplica también a la sociedad capitalista, no es una suma de trabajadores pasivos y consumidores atomizados.

El nexo de unión aquí es lo mucho que afecta el tratamiento del trabajo por parte del capital a la reproducción de la sociedad. La renovación de la fuerza de trabajo tiene que ser global, tanto social como política.

Por el contrario, la reingeniería funciona desde los años 80 como si la mano de obra estuviera abierta a la explotación despiadada. La mano de obra parece inagotable (los empresarios siempre pueden esperar sustituir a los proletarios insumisos o envejecidos por otros nuevos), pero no lo es.

En las fábricas europeas del siglo XIX (al igual que en muchas fábricas de los países emergentes de hoy), los burgueses explotaban al trabajador hasta agotarlo. Esto dio muchos beneficios durante años, pero cuando el ejército llamó a filas a millones de hombres adultos en 1914, los militares se dieron cuenta de que las clases bajas estaban plagadas de desnutrición, morbilidad, raquitismo y discapacidad. Está bien que el jefe individual se preocupe sólo del valor producido en su empresa. Los jefes como clase tienen que tener en cuenta la reproducción de la clase trabajadora. La miseria y el beneficio no siempre se llevan bien: la mano de obra suele ser más productiva cuando está mejor pagada, alojada, alimentada, con buena salud e incluso tratada con un mínimo de respeto.

Socialmente, los países «ricos» han abandonado a su suerte a su 20% más pobre (la quinta parte inferior). La parte relativa del trabajo asalariado en la renta nacional ha bajado (a veces un 10%) en Estados Unidos y en la mayoría de los viejos países industriales. Millones de jóvenes adultos viven en la pobreza, cada vez hay más trabajadores pobres y nuevos pobres, los trabajadores de cuello azul y de pequeñas

oficinas (el 60% de la población activa en Francia) se están nivelando hacia abajo, etc., pero la victoria de la clase alta tiene su precio. La tendencia a la ultraproductividad provoca estrés laboral, pérdida de horas de trabajo y otros gastos, cuya carga acaba pesando sobre el capital colectivo. Asimismo, la reducción del salario «social» es una política miope: el dinero gastado en educación, sanidad y pensiones es una inversión que beneficia al ciclo del capital. Un recorte excesivo de los costes ha permitido obtener beneficios rápidos, pero habrá que pagar los gastos accesorios de la globalización.

El reparto cada vez más desigual de los beneficios entre el capital y el trabajo es un aspecto de la falta de rentabilidad, causada no por la avaricia de los financieros (los burgueses no son ni más ni menos avaros hoy que ayer), sino por la escasez de beneficios obtenidos en la industria y el comercio. Si se deja de lado a Estados Unidos, «la economía mundial se muestra incapaz de sostener una demanda que mantenga ocupadas sus capacidades productivas (y particularmente) industriales». Así lo señalaba en 2005 un economista francés sin inclinaciones marxistas ni izquierdistas, Jean-Luc Gréau<sup>29</sup>. Sostuvo que la reducción sistemática de los costes laborales en todo el mundo es parte del problema, no la solución: «¿Cómo consiguen los economistas ignorar públicamente los efectos de la deflación salarial en la situación mundial? [...] La deflación salarial significa la deflación de la creación de valor».

Dado que el consumo de masas es ahora una piedra angular del capitalismo, la reducción sistemática y la subcontratación acaban por reducir el poder adquisitivo de los asalariados y los desempleados. Lejos de ser una mera ficción, el dinero es trabajo sustanciado, y la relevancia del dinero se deriva del trabajo vivo que representa. Cuando el trabajo se degrada, ni los ricos ni los pobres pueden comprar indefinidamente a plazos, y tarde o temprano la economía de la deuda encuentra sus límites. El subconsumo es un efecto, no una causa, pero intensifica la crisis.

---

<sup>29</sup> Jean-Luc Gréau, *L'Avenir du capitalisme*, 2005. Fue experto económico de la principal confederación empresarial francesa.

Políticamente, la burguesía necesita trabajadores que trabajen y que se callen cuando no tienen trabajo. Mientras exista el trabajo asalariado, nunca habrá suficiente trabajo para todos. Pero tiene que haber suficiente para que la sociedad siga siendo estable, o al menos manejable.

La lógica del capitalismo nunca ha sido incluir a todo el mundo como capitalista o asalariado, ni convertir todo el planeta en un suburbio de clase media. Sin embargo, las relaciones entre el capital y el trabajo requieren un cierto equilibrio entre el desarrollo y el subdesarrollo, la riqueza y la pobreza, el trabajo oficial y el no oficial, la seguridad laboral y el trabajo ocasional, la estabilidad y la flexibilidad. De lo contrario, los residentes privilegiados de los suburbios tendrán miedo de ir a comprar al centro de la ciudad ante el riesgo de encontrarse con bandas de la clase baja, atracadores o saqueadores. Demasiadas comunidades cerradas que coexisten con demasiados barrios marginales constituyen un cóctel socialmente explosivo. Una sociedad no puede ser pacificada sólo por la policía.

Para reproducirse, el capitalismo no sólo debe alimentar y alojar al trabajador asalariado, sino reproducir lo que constituye su vida, su familia, su educación, su salud, etc., por tanto, el conjunto de la vida cotidiana. El curso supuestamente normal del capitalismo dista mucho de ser pacífico, y las tensiones sociales son diferentes en Turín, 2000, que en Manchester, 1850: ahora raramente se ven disturbios por alimentos en los países «ricos», aunque millones de ciudadanos estadounidenses tienen que comer con cupones de alimentos. La pobreza y la necesidad cambian con los tiempos. Si la vida cotidiana contemporánea se ha convertido con éxito en una sucesión de compras (millones de personas comercian en eBay y sitios similares), eso no impide que se repitan los disturbios en los viejos centros capitalistas como en los nuevos. El saqueo no es una revolución, pero cuando los pobres salen a la calle a saquear, como en Londres, en 2011, demuestra que el mercado desata fuerzas que no puede controlar.

Cuando los burgueses se preguntan cómo devolver la solvencia no sólo a las grandes masas, sino a países enteros, es porque la relación salarial corre el riesgo de no proporcionar más las condiciones adecuadas para la reproducción social.

## **6: La imposibilidad de reducir todo al tiempo**

Cuando se lleva al extremo, la búsqueda permanente del ahorro de tiempo se vuelve contraproducente. Acortar el tiempo tiene como consecuencia que todo sea tratado a corto plazo. En 1960, el éxito del modo de vida estadounidense quedó demostrado por su capacidad para convencer al automovilista de que comprara un nuevo modelo de coche cada dos años: cincuenta años después, nuestro ordenador doméstico nos recomienda actualizar el software cada dos semanas. La obsolescencia incorporada entra en conflicto con el crecimiento sostenible y la energía renovable: la esencia del tiempo es que no puede almacenarse ni renovarse.

Llega un momento en que las presiones sociales ya no impulsan el sistema, sino que lo tensan. Lo que antes lo hacía fuerte – separar, cuantificar y hacer circular todo a la máxima velocidad posible – se vuelve en su contra.

El tiempo es una obsesión contemporánea, en el trabajo, en casa, en la calle, en todas partes. Cuando las empresas intentan producir y hacer circular todo en tiempo real, lo que realmente pretenden es el tiempo cero. El hombre moderno no soporta estar haciendo una sola cosa a la vez. Un visitante marciano podría pensar que no fabricamos y consumimos tanto objetos como velocidad. La competencia obliga a cada empresa a minimizar los costes de mano de obra, y la contribución de cada trabajador debe contabilizarse en tiempo, por muy discutible que sea la cifra resultante. Los ordenadores y los expertos están ahí para economizar el tiempo, para absorberlo, eventualmente para anularlo: «El tiempo y el espacio ya no existen», dice el CD de su impresora HP Photosmart. Sin embargo, esto nunca va lo suficientemente rápido como para que el tiempo sea lo suficientemente rentable.

El capitalismo siempre da lo mejor de sí en el corto plazo, pero hoy en día le falta algo de visión de futuro y alguna regulación pública que sólo funciona en plazos largos.

## **7: Una clase fuera de juego**

Cuando se le deja a su aire, el burgués busca su propio beneficio máximo, y sigue su inclinación natural a combinar la destreza técnica con el acaparamiento de dinero.

Una de sus formas favoritas en los últimos tiempos ha sido promover el dominio del capital a interés sobre el capital industrial y comercial.

Desde la Revolución Industrial, la hipertrofia de las finanzas suele ser un signo de exceso de capital. El bajo punto de equilibrio en la manufactura y el comercio engendra una tendencia a buscar una mayor eficiencia del capital en la circulación del dinero, lo que inevitablemente resulta en una burda y sofisticada especulación. Esto funciona bien - mientras dura- para los pocos felices de Wall Street y la City, pero da lugar a un desequilibrio entre los distintos estratos burgueses.

Hay una conexión entre la derrota del trabajo a finales de los años 70 y las sacudidas que se han producido en las finanzas desde entonces. El desenfreno financiero es uno de los métodos preferidos del capital para negar lo que lo crea: el trabajo. El crédito significa gastar el dinero que no se tiene pero que se espera obtener, por ejemplo, convirtiendo la subida (esperada) de la vivienda en el mercado inmobiliario en una mayor capacidad de préstamo. Sin embargo, el dinero no está dotado de un poder infinito de autocreación: sólo hace girar el mundo en la medida en que es trabajo cristalizado. El crack financiero es una prueba de realidad: entre el trabajo y el capital, la relación causa-efecto no es la que los burgueses quisieran pensar. El trabajo pone en movimiento al capital (y al dinero), no al revés.

La especulación es una característica natural, e incluso indispensable, del capitalismo: el exceso de especulación anuncia tormentas financieras.

Cuando la lucha de clases se inclinó a favor de los burgueses después de 1980, éstos sacaron el máximo provecho de la situación, por supuesto a expensas de los proletarios, pero

también con un cambio de poder dentro de la clase dominante, y el ascenso de los capitalistas financieros que exigen beneficios de dos cifras cuando el beneficio industrial rara vez supera el 3-4% anual a largo plazo. La renta, antes ganancias excedentes obtenidas por el monopolio del acceso a los recursos o a las tecnologías, ha tendido a convertirse en la forma dominante de los ingresos burgueses: titulización (transformación de la deuda en mercancías), mercados de derivados (literalmente, venta y compra del futuro: seguros, opciones, riesgos, derivados de los activos existentes), especulación sobre las mercancías, burbujas especulativas (en particular en el mercado inmobiliario), opciones sobre acciones, etc. La alta tecnología y la cibereconomía reviven una clase rentista que Keynes deseaba ver eutanasiada en interés del sistema en su conjunto. La escalada financiera y la creación de dinero sin precedentes por parte de los bancos son demasiado conocidas como para entrar en detalles aquí.

Hay que encontrar alguna sinergia entre el financiero y el ingeniero, el accionista y el gestor. El precio de las acciones no es el único criterio para decidir la relación óptima entre costes y beneficios. Los productos financieros son tan «reales» como la ferretería, pero sólo en la medida en que se desarrollan paralelamente a los objetos y servicios fabricados y vendidos que son algo más que meros flujos de dinero.

Todos los burgueses comparten una posición común como clase. Son los aspirantes a reformistas (a menudo intelectuales arrepentidos y familiarizados con los pasillos del poder, como J. Stiglitz, responsable político del Banco Mundial y de la administración Clinton) los que teorizan sobre la economía «real» y esperan enrolar a los verdaderos empresarios en oposición a los fabricantes de dinero. Los burgueses están divididos, pero se mantienen unidos contra el trabajo para defender sus intereses entrelazados. La clase dominante alemana no estaba cohesionada en los años 20, hasta que se unió detrás de Hitler. Mucho dependerá de si los sectores financiero, industrial y comercial siguen desunidos o convergen en una política de reformas, lo que no ha ocurrido hasta ahora.

## 8: El dios del dinero que fracasa

Cuando las luchas obreras de los años 60-70 fueron contenidas, el capitalismo sin control actuó como si fuera libre de capitalizar todo, el aire que respiramos, el genoma humano o el puente de Rialto. Cualquier cosa es susceptible de convertirse en un complemento de la producción de valor o en un objeto de comercio.

Aunque esta tendencia a la mercantilización universal es una prueba más de la omnipresencia del capital, el capitalismo no puede conformarse con una sociedad enteramente capitalizada: necesita instituciones y normas que se le subordinen, pero también necesita que no cumplan directamente con el imperativo del beneficio. Las escuelas no deben añadir valor a un capital. Los funcionarios no son empresarios. La «Investigación y Desarrollo» requiere investigación básica. La contabilidad requiere cifras fiables. La misma empresa que manipula su propio libro espera que se le proporcionen estadísticas gubernamentales honestas. Los servicios públicos tienen que someterse a las normas capitalistas y, sin embargo, conservar un cierto grado de autonomía.

Si ahora se debaten los límites del *homo economicus*, si se pone de moda Karl Polanyi y su crítica (La gran transformación, publicada en 1944) a la ilusión de un mercado autorregulado, se demuestra que incluso los liberales tienen que admitir la necesidad de frenar el dominio del lucro sobre la sociedad. Polanyi sostenía que la propensión humana hacia el mercado era histórica, no natural: el capitalismo había desvinculado la producción de los medios de existencia tanto de la vida social como de la naturaleza. Sin ser marxista y ciertamente no comunista, Polanyi no se oponía a la existencia de un mercado: su remedio a la autonomización de la economía era volver a integrar la actividad productiva dentro de los vínculos mutuos. Escrita tras la Gran Depresión, esta crítica coincidió con un esfuerzo capitalista por regular las fuerzas del mercado. En las últimas décadas, se ha renovado el interés por el énfasis de Polanyi en el «arraigo»: los reformistas querrían que la economía quedara bajo control social, para crear una relación sostenible con la naturaleza...



Polanyi tenía razón: el intercambio de dinero individualista erosiona el tejido social. Sólo le faltó ver que no podemos esperar que el capitalismo se limite a sí mismo: el mercado siempre tiende a desarrollarse en exceso. Como señalan con razón los liberales, las ventajas del capitalismo vienen acompañadas de sus defectos. En las universidades donde se enseña *La Gran Transformación*, los directivos sueñan con vincular la remuneración de los profesores a los resultados de los alumnos en los exámenes estandarizados. Polanyi era un ingenuo creyente en la autocritica del capitalismo.

## **9: Cuantificar lo cualitativo (Cuando la enfermedad se convierte en medicina)**

¿Cómo reacciona un sistema basado en la medición universal ante el exceso de cuantitativismo? Cuantificando la calidad. Ya se puede hacer un doctorado en Estudios de la Felicidad: El Producto Interior Bruto (PIB) está bien cuando se complementa con la Felicidad Nacional Bruta (FNB).

En un momento en el que Occidente duda de sus propios valores y mira a Oriente en busca de alimento para el alma, no es casualidad que la FNB se haya originado en Bután, el primer país donde se utilizó oficialmente por primera vez. El concepto no nació de la pura tradición: lo inventaron los gobernantes locales cuando Bután atravesaba un proceso de modernización, una frase en clave para entrar en la era capitalista. La FNB debía servir de puente entre las presiones mercantiles y la mentalidad budista imperante, y proporcionar a la sociedad butanesa una ideología que presentara el trabajo asalariado y la economía monetaria como adecuados para el bienestar de las personas. En los países «modernos» siguieron encuestas similares, y en la actualidad los sondeos de opinión recogen datos sobre el bienestar<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> Tanto en Bután como en el extranjero, los críticos han señalado que la sociedad butanesa dista mucho de ser el exótico paraíso de paz y armonía que su élite pretende gobernar. La explotación laboral es feroz, las tradiciones opresivas y las minorías discriminadas. Sólo los crédulos creen que Shangri-La es real. Pero incluso si Bután fuera un

Es una «ley» sociológica bien conocida que en una encuesta las preguntas determinan las respuestas: los sofisticados indicadores utilizados en las entrevistas para medir el bienestar de la población sirvieron para meter en la cabeza de los butaneses la idea de que la evolución de Bután era buena para ellos.

La FNB es tan manipuladora como el PIB, pero también igual de engañosa para sus usuarios, ya sean expertos o los gobernantes que pagan a los expertos. Aunque pretende ser una guía para planificar adecuadamente el futuro, y tener en cuenta factores no estrictamente económicos, la FNB funciona con la misma lógica que el valor: lo pone todo junto, desde la tabla de agua hasta la asistencia de las niñas a la escuela, y lo sintetiza (o pretende hacerlo) para llegar a cifras y gráficos que reducen la realidad a rasgos comunes. La aplicación de la econometría a la vida cotidiana no puede compensar la falta de una visión general que el actual mundo competitivo de los Estados y las empresas es, por su naturaleza, incapaz de alcanzar, como todo el mundo sabe. Es un secreto a voces que las compilaciones de la FNB apenas ayudan a mejorar el desarrollo sostenible, la integridad cultural, la conservación de los ecosistemas y la buena gobernanza. Pero no importa. Como la FNB no logra cuantificar el bienestar y la felicidad, ven la luz nuevas construcciones, como el Indicador de Progreso Genuino. Como la salud mental no es suficiente, ahora se considera que la salud emocional se puede medir métricamente. Cuando los datos fácticos resultan insuficientes, los especialistas elaboran memorias. Cuando la salud no alcanza las normas requeridas, se confecciona una larga lista de diversos tipos de bienestar y se redactan nuevos documentos.

La sociedad de las cifras es también una sociedad de informes. En 2005, las Naciones Unidas patrocinaron un proyecto de Evaluación del Medio Ambiente del Milenio (MEA), para evaluar la naturaleza en función de lo que nos da, y conocer el coste si la perdemos: su contribución para 1982-2002 se estimó en 180.000 millones de dólares. La cifra ha

---

lugar tolerante, no sexista y respetuoso con los trabajadores, o si la Felicidad Nacional Bruta se hubiera inventado, por ejemplo, en Dinamarca o Islandia, la FNB seguiría siendo tan engañosa como el PIB.

sido impugnada, lo que requiere más estudios de la MEA. El productivismo puede estar desacreditado en la fabricación, pero no en la investigación.

Los maestros de la felicidad son los predicadores laicos contemporáneos que remiendan las insuficiencias y monstruosidades de los tiempos actuales. Es muy natural que la investigación sobre la felicidad obedezca a la lógica reduccionista obsesionada por las cifras que prevalece en la vida intelectual y política, o en la educación, donde se evalúa a los niños en la escuela marcando casillas: ahora todos estamos evaluados. Pero los críticos no se oponen a esto. Denuncian el hecho de que los gobiernos definan la FNB según les convenga: ¿no es así con todas las estadísticas? Deploran los criterios no científicos: ¿cómo podría encajar el bienestar con cualquier estándar objetivo? Sólo una mente científicista puede considerar la felicidad como un objeto de la ciencia, o la emoción como un análogo del progreso económico. Se lamentan del sesgo nacional, pero era inevitable que Bután encontrara consuelo en su propia versión de la FNB. Un FNB estadounidense del siglo XXI validaría el modo de vida estadounidense tal y como le gusta imaginarse a sí mismo ahora, una sociedad multicultural, consciente de la ecología y respetuosa con las minorías, ciertamente no como era en 1950.

La FNB es un producto de una época en la que un mundo dirigido por el PIB está en crisis, y trata ideológicamente su crisis. La sabiduría zen va bien con la FNB.

## **10 : ¿Planeta prohibido?**

Un sistema empeñado en tratar el trabajo como un bien infinitamente explotable actúa igual con la naturaleza. Ya en los años 50 y 60, observadores clarividentes advirtieron de los riesgos ecológicos<sup>31</sup>. Sin embargo, en su conjunto, el crecimiento posterior a 1980 ha supuesto más producción, más consumo de energía (incluida la nuclear) y más obsolescencia planificada.

---

<sup>31</sup> Por ejemplo, ya en 1956, Günther Anders escribía sobre *La obsolescencia de la especie humana*.

Una contradicción capitalista se ha hecho más visible y más aguda que hace un siglo: si este modo de producción está destinado a mercantilizarlo todo, este proceso incluye su entorno («la naturaleza»), que nunca puede convertirse completamente en mercancía. Resulta económicamente razonable que un frigorífico o un vídeo a la carta sean indefinidamente intercambiables y renovables. La misma lógica no se aplica a los árboles, los peces, el agua o los combustibles fósiles. Va a ser más difícil hacer algo con el CO-2 de lo que fue en los años 30s remediar los daños causados por el tazón de polvo. Aunque Estados Unidos se beneficie del petróleo y el gas de esquisto (lo que está por ver), para la mayoría de los países el coste de la energía fósil seguirá aumentando y será cada vez más antieconómico, lo que no significa que esto bloquee el sistema: siempre hay una salida a un grave dilema de rentabilidad, una salida calamitosa.

El capitalismo debe encontrar un cierto equilibrio entre sí mismo y aquello de lo que se alimenta, con su entorno tanto social como natural: La «naturaleza» es uno de esos elementos indispensables que no hay que capitalizar del todo.

De lo que se trata aquí es, en primer lugar, de la cuestión del salario frente al beneficio, pero también de todo lo que implica. La empresa, el trabajo asalariado y la mercancía son, en efecto, el corazón del sistema, pero ese corazón sólo late bombeando lo que lo alimenta, la humanidad y en primer lugar la fuerza de trabajo, y también la naturaleza.

No hace falta ser un catastrofista ecológico para darse cuenta del contraste entre el comienzo del siglo XXI y la situación de 1850 o 1920. Una enorme diferencia con la crisis de 1914-45 es que la acumulación se encuentra ahora con límites ecológicos además de sociales: la sobreexplotación de los combustibles fósiles, la sobreurbanización, la sobreutilización del agua, los riesgos climáticos... se combinan para que el modo de producción agote su capital natural, mientras que el declive del keynesianismo priva al Estado de sus antiguas capacidades de regulación.

Cuando las fuerzas privadas del mercado ya no son controladas por el contrapoder público, se da rienda suelta a la limitación inherente al capital. La desregulación, la privatización y la comercialización han contribuido a agotar las

condiciones naturales que no pueden renovarse infinitamente. En 50 años, la química y la agroindustria han multiplicado por 4 ó 5 el rendimiento de las tierras de cultivo de trigo... proporcionando al agricultor 10 calorías para obtener un rendimiento de 1. El día en que el capital tenga que tener en cuenta todos los elementos necesarios para la producción, la sobreexplotación empezará a no ser económicamente rentable.

Hasta ahora, las empresas podían considerar los insumos energéticos, las materias primas y el medio ambiente como fuentes de riqueza prescindibles que se daban por supuestas. Mientras el coste de la contaminación del agua por parte de la fábrica de aluminio para el resto de la sociedad no fuera pagado ni por los productores ni por los compradores, las empresas podían ignorarlo. Esta «externalidad negativa» debe integrarse ahora en los costes de producción: esto, el capital lo encuentra difícil de hacer, y hasta ahora ha habido menos acción que palabras, con el «pensamiento sistémico» y el «enfoque sistémico» convirtiéndose en palabras de moda. El «decrecimiento», el «no crecimiento» o el «crecimiento cero» son incompatibles con un sistema que todavía se basa en la fabricación y compra masiva de artículos grandes (coches) o pequeños (lectores electrónicos), en la obsolescencia planificada y en las enormes centrales eléctricas de carbón o nucleares. El smartphone es tan productivista como el coche Cadillac.

La ecología es ahora parte de la ideología de la clase dominante. Incluso ha dado lugar a un nuevo género popular: el catastrofismo, que al estilo religioso se nutre del miedo y la culpa: la culpa es de la codicia humana, de nuestro arraigado hedonismo materialista y estúpido.

Sin embargo, el mundo no está determinado por la oposición entre el hombre y la naturaleza, entre la técnica y la naturaleza, entre una megamáquina destructiva y la continuación de la vida. La biosfera es, en efecto, uno de los límites contra los que choca el capitalismo, pero la conexión entre la especie humana y la biosfera está mediada por las relaciones sociales. La «naturaleza» de la que hablamos no es exterior al actual modo de producción: las materias primas y la energía forman parte del marco en el que el trabajo produce el capital.

La electricidad, por ejemplo (una forma y no una fuente de energía), se adapta perfectamente al capitalismo: existe como un mero flujo que no es fácil de almacenar y, por tanto, debe seguir circulando. Si sus costes de producción superan su beneficio, ¿qué pueden hacer las empresas sino pasar la pelota al Estado, pero de dónde sale el dinero público? Nos encontramos ante la paradoja de un sistema asombrosamente móvil y adaptable que se ha ido construyendo sobre una base material cada vez más irreproducible.

La capacidad de adaptación humana, social y natural, para bien o para mal, es sin duda mayor de lo que pensamos. Pronto tendremos que acostumbrarnos a vivir en un entorno altamente peligroso. Los japoneses empiezan a preguntarse qué es peor para un niño: ¿tener que jugar en un entorno irradiado o que se le prohíba jugar al aire libre? La energía nuclear crea una situación en la que la inversión capitalista podría dejar de ser rentable. Para su propia reproducción, un sistema social se alimenta de energía (humana y natural) y de materias primas. Si un sistema gasta más recursos (= dinero) en preservar sus condiciones ambientales que lo que obtiene de ellas, si la entrada social supera la salida social, la sociedad se rompe.

Como la sociedad actual es incapaz de abordar la cuestión a una escala parecida a la necesaria, se combinan dos opciones: una leve acomodación y hacer de aprendiz de brujo. La ciencia, las empresas y los gobiernos están preparando soluciones de geoingeniería imaginativas y (supuestamente) rentables: retirar el dióxido de carbono de la atmósfera y depositarlo en otro lugar (como los países «avanzados» que envían sus residuos tóxicos industriales a África), gestionar la radiación solar para enfriar el planeta reflejando la radiación en el espacio, fertilizar los océanos con hierro, aclarar las nubes, etc. Si el clima va mal, hagamos un control meteorológico, y si la industria pone en peligro el medio ambiente, cambiemos la naturaleza<sup>32</sup>.

---

<sup>32</sup> Clive Hamilton, *Earth Masters. The Dawn of the Age of Climate Engineering*, 2013.

Esquivar el obstáculo con los mismos medios que lo crean: uno se pregunta qué es peor, el fracaso o el éxito de tales proyectos de ciencia-ficción.

## **11: No hay autorreforma capitalista**

No faltan mentes lúcidas y perspicaces en el capitalismo. De hecho, algunos de sus primeros teóricos sugirieron moderación (A. Smith) o reformas (Sismondi)<sup>33</sup>. Sin embargo, esa influencia moderadora cayó en saco roto, a no ser que estuviera respaldada por la acción de las masas, la huelga, los disturbios, el cartismo, la Comuna de París, el miedo a la revolución o, en Estados Unidos, la violencia narrada por *Dynamite* (1931) de Louis Adamic. Siempre hace falta algo más que libros y discursos para que una clase se dé cuenta de dónde están sus intereses a largo plazo.

Sólo el trabajo organizado impuso dosis de regulación a los burgueses reacios: no hay New Deal sin las huelgas de brazos caídos.

Por el contrario, en el reflujó de las luchas, el capitalismo libre actúa como si pudiera sacar el máximo provecho de cualquier cosa.

Hoy en día, cuanto más datos se recogen, cuanto más sofisticados se vuelven los programas informáticos y las matemáticas aplicadas (comercio de alta frecuencia), menos autocontrol parece haber. Un ejemplo es la reticencia a separar la inversión de la banca comercial, en comparación con el alcance de la Ley *Glass-Steagall* de 1933. En su lugar, los gobernantes buscan un mayor control sobre el trabajo y sobre el pueblo. Al neoliberalismo no le importa el gobierno cuando éste se ocupa de la ley y el orden, y es bastante compatible con la burocracia. Las leyes, los reglamentos, las directrices,

---

<sup>33</sup> Sismondi (1773-1842) fue uno de los primeros teóricos del subconsumo. Al observar las crisis económicas de principios del siglo XIX en Inglaterra, pensó que la competencia conducía a una excesiva reducción de costes, lo que bajaba los salarios e impedía a los trabajadores comprar lo que producían. El remedio de Sismondi era pagarles más para que tuvieran suficiente poder adquisitivo.

los protocolos y los códigos éticos han proliferado con la estandarización informática de todos los ámbitos, desde la atención médica hasta la educación o la bolsa. El principio de precaución es exagerado por la misma sociedad que sigue jugando con fuego (el riesgo nuclear es sólo un ejemplo). Los alimentos industrializados potencialmente insalubres son servidos por dependientes con guantes. El consenso es que cuanta más información leamos en los paquetes o en la web, más seguros estaremos. La falacia «Saber es hacer» es típica de un mundo en desorden.

El autocontrol nunca ha sido el punto fuerte del capitalismo. El burgués sobresale en el aprovechamiento de los recursos humanos y naturales para producir y acumular, pero, a pesar de los miles de laboratorios de ideas, es incapaz de pensar en el capitalismo como una totalidad porque no es su negocio, literario. Cuando una empresa invierte en una fábrica o en una mina, los gestores aprovechan al máximo la mano de obra, las materias primas y la tecnología, y sólo se ocupan del resto (accidentes laborales, residuos tóxicos, contaminación del agua, etc.) cuando reciben la presión de la mano de obra, de la ley, de las autoridades locales o de los denunciantes. La prioridad burguesa es aumentar la productividad del trabajo y del capital: para eso son burgueses y demuestran ser buenos en ello. El largo plazo y el pensamiento «holístico» pasan a un segundo plano.

Paradójicamente, la abundancia de «hojas de ruta» de la reforma es un signo de dilación. La mayoría de los planes se ajustan a la tendencia actual de mayor individualización. Siempre que se plantea la posibilidad de un salario directo o social más elevado, se suele condicionar a que el asalariado se someta personalmente a las horas extraordinarias, a la recualificación obligatoria, a un seguro privado, etc. Se olvida así el hecho de que un pacto social sólo es viable si se suscribe y se respeta colectivamente: es decir, la negociación colectiva. Sin embargo, la burguesía persiste en tratar a la sociedad como una suma de átomos individuales libres de asociarse o de permanecer separados. Las respuestas históricas a las cuestiones sociales no pueden ser individuales.

El reto del capitalismo hoy en día es hacer más rentable el trabajo, y también restablecer un equilibrio funcional entre



la acumulación y las condiciones naturales. Las clases dominantes eluden ambas cuestiones.

La política europea es un claro ejemplo de ello. La carrera hacia la unidad siguió casi inmediatamente a la derrota proletaria de los años 70. Al mismo tiempo que China se ocupaba de acumular dólares gracias al déficit comercial estadounidense, nació el euro. Esta moneda única carecía de fundamento: no surgió de ninguna coherencia socioeconómica, y mucho menos política. Lo que a veces se llama el mayor mercado único mundial no es más que eso: la Unión Europea es un mercado de 500 millones de personas carente de propósito común y de liderazgo político. La construcción de la nación llevó siglos en Europa. El Estado se declara ahora superado, mientras que el comercio se considera un pacificador, un equalizador y unificador. Se ha impuesto una moneda única a economías desiguales, rivales y todavía nacionales, como si Grecia pudiera coexistir tranquilamente con Alemania (2/3 del superávit comercial alemán procede de la zona euro), mientras que el presupuesto europeo es una cantidad insignificante en comparación con el presupuesto federal de Estados Unidos. Esto equivale a diluir la cuestión social extendiéndola a una zona geográfica cada vez más amplia.

## **12: Punto muerto**

Los proletarios no son sólo víctimas de las contradicciones capitalistas: su resistencia profundiza estas contradicciones. Los trabajadores chinos plantean reivindicaciones salariales. A miles de kilómetros de distancia, las limpiadoras de los hoteles Accor luchan por mejores condiciones de trabajo. Incluso cuando son derrotados, y a menudo lo son, los disturbios laborales agravan la crisis y contribuyen a un estancamiento social en el que hasta ahora participan todas las clases, como entre las dos guerras mundiales.

Sin embargo, a diferencia de los años 30, no hay ningún New Deal a la vista. Una reforma de gran alcance es imposible sin un gran movimiento social profundo: privados de la

presión de las masas en el suelo y en la calle, los reformistas siguen siendo impotentes.

A mediados del siglo XX, a pesar de las derrotas proletarias y a causa de ellas, el enfrentamiento trabajo/capital supuso finalmente un ajuste de la explotación del trabajo y comenzó a regularse, con la asociación «capital + trabajo + Estado».

Hoy, las clases opuestas se contraponen sin ninguna perspectiva reformista ni (todavía) revolucionaria. Hasta ahora, el capital desbarata y rompe el trabajo mucho más que el trabajo desafía prácticamente su propia realidad. Como veremos en el próximo capítulo, pocos actos podrían calificarse de antiobreros o antiproletarios.

Aunque el pasado nunca se reedita, el periodo de entreguerras ofreció un panorama no muy distinto, en el que la burguesía se mostró incapaz de reformar el capitalismo y la clase obrera de derrocarlo, hasta que la violencia política y militar desbloqueó la evolución histórica.

Como se ha recordado en el § 2, en los años 30 y 40 coexistieron y lucharon tres formas de capitalismo: un tipo «de mercado» dirigido por EEUU y Gran Bretaña; un tipo «burocrático de Estado» en la URSS; y un tipo alemán muy diferente pero también dirigido por el Estado, en el que bajo el dominio nazi los burgueses mantuvieron su propiedad y riqueza pero perdieron el liderazgo político.

Ahora sabemos lo que pasó en 1945 y después en 1989, pero en 1930 o 1950 muy pocos (burgueses o revolucionarios) eran capaces de decir cómo se desarrollaría todo. Hoy es fácil explicar por qué la variante más adecuada a la naturaleza interna del capitalismo saldría vencedora, pero las otras variantes demostraron ser bastante resistentes, por no decir otra cosa. Los caprichos de la lucha de clases del siglo XX trajeron lo inesperado: aunque eran efectivamente capitalistas (y era esencial para la crítica radical tener clara esa cuestión, como lo sigue siendo ahora), el estalinismo y el nazismo no encajaban bien con el capitalismo tal y como la teoría comunista era capaz de entenderlo en ese momento.

Dado que el Estado absorbe y concentra la violencia potencial de la sociedad, las contradicciones intra e interestata-

les, lejos de neutralizarse, generan múltiples tensiones y conflictos, incluidos los ahora llamados étnicos. La globalización contemporánea viene inevitablemente acompañada de perspectivas de guerra. La época de 1914-45 nos recuerda que, en ausencia de revolución, el desorden y el cataclismo pueden sumir a un sistema social en la confusión sin acabar con él.

### **13: No hay «destrucción creativa»... todavía**

Todos los componentes de la crisis que hemos resumido se refieren al grado de explotación, a la relación entre las dos clases que estructuran el mundo moderno.

Cuando la presión del trabajo es incapaz de moderar al capital privado e influir en las políticas públicas, los salarios tienden a bajar, el consumo a depender de la compra a plazos, las finanzas a dominar la industria, la privatización a desarrollarse en detrimento de los servicios públicos, el dinero a colonizar la sociedad, el mercado a eludir la regulación y el cortoplacismo a prevalecer sobre la inversión y la planificación a largo plazo. En la época victoriana, más tarde a finales del siglo XIX, y después de la guerra civil europea de 1917-45, cada vez la agitación obrera, a pesar de su carácter no revolucionario, amenazó los beneficios, hasta que obligó a los burgueses a adoptar formas de explotación mejor adaptadas. La acción compensatoria del trabajo impulsa periódicamente al capital y suaviza y empeora su dominación: La «domesticación» del capital lo refuerza.

La transición del compromiso nacional keynesiano-fordista a la dominación burguesa desenfundada globalizada fue el resultado de un cambio en la relación social de fuerzas. Después de 1945, el acuerdo empresa-sindicato-Estado dependía de la capacidad de los trabajadores para imponer alguna forma de acuerdo. Las luchas de los años sesenta y setenta pusieron fin al toma y daca. La clase dominante ganó.

La lucha de clases actual en Occidente combina la resistencia de los trabajadores y la negativa de la burguesía a ceder incluso una parte de sus intereses creados. El entrela-

zamamiento de ambas fuerzas da lugar a un estancamiento que no puede durar eternamente.

El capital ha actuado como si pudiera desintegrar el trabajo, o incluso borrarlo, como dijo sin rodeos el profesor M. Hammer en 1990, mientras que el trabajo es la materia de la que está hecho el capital. Es una buena estrategia capitalista reducir el coste del trabajo en Denver haciendo que los trabajadores locales compren productos importados más baratos. Esto es lo que hizo Gran Bretaña en 1846 con la derogación de las Leyes del Maíz que limitaban las importaciones de alimentos: el pan más barato redujo el coste de la vida de la mano de obra, y por tanto los salarios. Pero cuando el capital de Estados Unidos da a la mano de obra de Denver el salario mínimo más estricto para comprar principalmente productos fabricados en China, hay un fallo: ¿qué se fabricará en Denver, y qué hacer con los proles locales? No todo el mundo tiene la oportunidad de convertirse en informático, ni la posibilidad de vivir con unas prestaciones sociales cada vez más reducidas: ¿el trabajo en el futuro será (en el mejor de los casos) ocasional, o (más probablemente) una sucesión de trabajos ocasionales y periodos en el paro? La respuesta burguesa es que sí: seguirá habiendo muchos parados y trabajadores pobres en Denver durante bastante tiempo, pero no importa porque pueden seguir comiendo comida basura y permitirse teléfonos móviles fabricados en Asia. Es lógico, pero la lógica está deformada.

Priorizar lo global sobre lo local, desvincular los ingresos del asalariado de la sociedad y el mercado donde vive, sería factible si el trabajo fuera tan flexible, fluido, separable y expandible como las cifras, es más... como el dinero, es decir, una sustancia transferible, intercambiable y prescindible a voluntad. Y este es precisamente el sueño capitalista. La condición actual del mundo y la crisis actual demuestran lo fuerte que es esta utopía, y lo equivocada que está: la virtualidad es una falacia. La economía «real» puede no ser tan tangible como parece, pero tiene un grado de realidad del que carece el universo financiero. Puede jugar con el dinero, «licuar» los bancos y lanzar líneas de crédito a voluntad durante años. Por el contrario, el trabajo no es virtual ni virtualizable.

El capitalismo nunca supera sus contradicciones: las desplaza, las adapta a su lógica mientras se adapta a ellas.

«La producción capitalista busca continuamente superar estas barreras inmanentes, pero las supera sólo con medios que vuelven a poner estas barreras en su camino y en una escala más formidable». (El Capital, vol. III, cap. 15)

El capitalismo se basa en su capacidad de proporcionar al trabajo asalariado medios de existencia. Puede seguir adelante con miles de millones de personas hambrientas, siempre que el núcleo -la producción de valor- se perpetúe a una escala constantemente ampliada (como exige la dinámica competitiva: hoy Shangai forma parte del centro del sistema tanto como Berlín). Manchester era próspera mientras «los huesos de los tejedores de algodón [blanqueaban] las llanuras de la India», como escribió el Gobernador General de la India en 1834. La miseria extrema no es una gran noticia.

El problema burgués es doble:

(a) El propio núcleo está en graves problemas. Un sistema social puede arreglárselas con masas hambrientas, siempre y cuando su corazón proporcione suficiente acción de bombeo: el «corazón» capitalista es una bomba de valor, y durante cuarenta años la bomba no ha proporcionado suficiente, por mucho beneficio que obtenga una minoría de empresas, y por mucho dinero que se cree y circule.

(b) El corazón no es todo el asunto. El capitalismo estadounidense, europeo, chino, etc., no puede continuar en un mundo explosivo y eruptivo. Aunque erupción no significa revolución (por poner sólo un ejemplo, la violencia social en Bangladesh está tan relacionada con la religión como con la clase social), pero el negocio necesita un mínimo de ley y orden, así como estabilidad política.

No estamos hablando de países o partes del mundo (Norte/Sur, Occidente/Asia), sino de «desarrollo desigual» dentro de casi todos los países. A las clases dominantes no les preocupa especialmente lo que ocurre en una provincia boliviana atrasada, en una urbanización londinense miserable o en un barrio deprimido de Islamabad, y se limitan a solucionarlo con dosis adecuadas de palizas policiales y desagravio público. Una situación muy diferente se produce cuando los

aldeanos bolivianos, los jóvenes ingleses rebeldes o los pa-kistaníes urbanos amotinados crean una confusión política inmanejable, perturban el flujo de capital nacional, perturban el comercio mundial e indirectamente provocan la guerra y el caos geopolítico. La lucha de clases en sentido estricto (es decir, la que sólo implica a burgueses contra proletarios) no es el único factor que desvía al capitalismo.

El capitalismo se basa en condiciones que deben reproducirse en su conjunto: el trabajo en primer lugar, también todo lo que mantiene unida a la sociedad, sin olvidar sus bases naturales. La «crisis de civilización» se produce cuando el sistema social sólo lo consigue a través de violentos temblores y sacudidas, que acaban por conducirlo a un nuevo umbral de gestión de las contradicciones.

En nuestro tiempo, si el capitalismo encuentra la forma de salir de la crisis, la recuperación no será suave e irrenunciable. Los terremotos sociales, los reajustes políticos, la guerra, el empobrecimiento se unirán al individualismo consumista a la sombra de un Estado dominante, en una mezcla de modernidad y arcaísmo, permisividad y fundamentalismo religioso, autonomía y vigilancia, desorden y orden moral, democracia y dictadura. El Estado niñera y la policía militarizada van de la mano. En el emblemático país capitalista, Nueva Orleans, tras el huracán Katrina de 2005, nos proporcionó atisbos de un futuro posible: colapso de las infraestructuras, servicios públicos sobrecargados, autoayuda popular eficaz pero insuficiente, ley y orden restaurados por vehículos blindados.

Definir una crisis no es decir cómo se resolverá. Ningún país europeo o norteamericano se acerca ahora al punto en el que la desunión de clases, la confrontación política, la ruina del Estado y la pérdida de control por parte de la clase dominante impidan el funcionamiento de la relación social fundamental -capital/trabajo-, pero se están dando las condiciones para crear una situación así.

Una cosa es cierta. El contexto histórico exige una respuesta aún más profunda que en los años 30s, y no hay ninguna solución en camino, ninguna «destrucción creativa», para usar una frase acuñada por Schumpeter en medio de una guerra mundial.

## 14: La reproducción social, hasta ahora...

A diferencia de una bicicleta que puede guardarse en su cobertizo durante un tiempo, el capitalismo nunca está en reposo: sólo existe si se expande.

La reproducción social depende de la relación entre los componentes fundamentales de la sociedad capitalista. No hay un límite objetivo. El trabajo puede seguir aceptando su suerte con un 10% de parados como con un 1%, y el burgués puede seguir siendo burgués aunque la tasa de beneficio «media» baje al 1%, porque las cifras globales o medias tienen sentido para el estadístico, no para los grupos sociales. La guerra trae fortunas a algunos, enormes pérdidas a otros. Hay momentos en los que el burgués aceptará un beneficio del 1% o del 0% si con ello espera seguir siendo un burgués, y momentos en los que el 10% no es suficiente, y arriesgará su dinero y su posición para conseguir un insostenible 15%: entonces el punto de equilibrio se convierte en un punto de ruptura. El capitalismo se rige por la ley del beneficio, y sus crisis por los «rendimientos decrecientes», pero este decrecimiento apenas se puede cuantificar. Por eso son muy pocas las cifras de un estudio que quiera evaluar la ruptura del equilibrio social, es decir, las contradicciones capaces de conformar y sacudir toda una época.

(a) ¿De qué irreproducibilidad hablamos? El capitalismo no anula sus propias relaciones de producción. Ninguna contradicción estructural interna será suficiente para acabar con el capitalismo. Para hablar como Marx, sus «barreras inmanentes» no detienen su curso, lo obligan a ajustarse: lo rejuvenecen. La reproducción social del sistema sigue siendo posible si burgueses y proletarios la dejan seguir.

(b) Sólo la revolución comunista puede lograr la irreproducibilidad del capitalismo, siempre y cuando los proletarios (los que tienen trabajo y los que no) se supriman como trabajadores.

(c) Hasta ahora nada muestra que las múltiples acciones proletarias actuales (defensivas y ofensivas) apunten o conduzcan a un cuestionamiento y derrocamiento de la relación capital/trabajo.

(d) Por lo tanto, el capitalismo tiene hoy en día los medios para reproducirse. Pero como su déficit de rentabilidad a largo plazo se combina con la creciente desestabilización geopolítica agravada por la globalización, su reproducción sólo puede ocurrir a través de la perturbación, la violencia y más pobreza. El estancamiento crea una situación cada vez más explosiva, y la austeridad actual impuesta a países como Grecia es un leve indicador de los tiempos difíciles que se avecinan.

\*\*\*

«El movimiento obrero no debe esperar una catástrofe final, sino muchas catástrofes, políticas -como las guerras-, y económicas, como las crisis que estallan repetidamente, a veces con regularidad, a veces con irregularidad, pero que en general, con el crecimiento del capitalismo, se vuelven cada vez más devastadoras. Y si la crisis actual disminuye, surgirán nuevas crisis y nuevas luchas», escribió Anton Pannekoek en 1934, antes de llegar a su conclusión: «La autoemancipación del proletariado es el colapso del capitalismo». Hoy en día, a menos que la revolución acabe con un sistema que se reactiva por automutilación periódica, nos esperan soluciones más extremas y devastadoras<sup>34</sup>.

**Gilles Dauvé**

<https://www.troploin.fr>

---

<sup>34</sup> Anton Pannekoek, *La teoría del colapso del capitalismo*, 1934.





## Índice

Cuando las  
insurrecciones mueren (1979) ..... 5

### Apéndices

En este mundo,  
pero no de este mundo (2012) ..... 55

Crisis de civilización (2015).....73



*La dictadura no es un arma del capital; la dictadura es una de sus tendencias. Un "regreso" a la democracia parlamentaria, como ocurrió (por ejemplo) en Alemania después de 1945, indica que la dictadura es inútil para integrar a las masas en el Estado (al menos hasta la próxima vez). El problema no es por lo tanto el hecho que la democracia asegura una dominación más flexible que la dictadura; cualquiera preferiría ser explotado al modo sueco a ser secuestrado por los ezbirros de Pinochet. ¿Pero acaso uno tiene opción? Incluso la suave democracia escandinava sería transformada en dictadura si las circunstancias lo exigieran. El Estado sólo puede tener una función, que puede ser llevada a cabo democráticamente o dictatorialmente. El hecho de que la primera es menos áspera no significa que es posible reorientar al Estado para prescindir de la última. Las formas del capitalismo no dependen de las preferencias de los obreros asalariados más que de las intenciones de la burguesía. Weimar capituló ante Hitler con los brazos abiertos. El Frente Popular de Leon Blum no "detuvo al fascismo", porque en 1936 Francia no requirió ni una unificación autoritaria del capital ni un encogimiento de sus clases medias.*

*No hay ninguna "opción" política a la cual los proletarios podrían ser atraídos o que ellos podrían imponer por la fuerza. La democracia no es la dictadura, pero la democracia prepara el terreno para la dictadura, y se prepara a sí misma para la dictadura.*



Gilles Dauvé (nacido en 1947 en Francia), cuyo nombre de pluma ha sido también Jean Barrot, es aún bastante ignorado en el ámbito revolucionario de estas latitudes. Pese a que viene realizando importantes aportes desde los 70s la gran mayoría de sus textos no han sido traducidos a nuestro idioma. Solo hemos podido conseguir tres textos en español: el texto aquí publicado, el artículo: El

“renegado” Kautsky y su discípulo Lenin y Declive y Resurgimiento del movimiento Comunista.

Este autor intenta fusionar, criticar y desarrollar diversas tendencias del comunismo, mas notablemente de la corriente italiana asociada con Amadeo Bordiga y su periódico Invarianza, la corriente Germano-Holandesa del comunismo consejista, y las corrientes francesas asociadas con "Socialismo y Barbarie" y la Internacional Situacionista.

Actualmente sus textos están siendo publicados en su francés original y algunos traducidos al inglés en su sitio web: <http://troploin0.free.fr>.

Editamos hoy, tres décadas después de su lanzamiento en 1979, este texto por su vigencia en la crítica y el aporte en el desarrollo de las formas y el contenido de las insurrecciones proletarias, porque si de algo tenemos para aprender es de nuestras derrotas históricas como clase, para poder alguna vez agudizar esta lucha de clases hasta tal punto en que se haga imposible toda vuelta hacia atrás